



LA GUERRA NUESTRA

Colectivo Guadalquivir



La Guerra Nuestra

Reyes García-Doncel, María Ruiz-Pau, Rafael
Téllez, Santiago Melcón y Julio Antonio García
López

Copyright © 2016 de cada relato por su autor
Todos los derechos reservados.
ISBN-13:978-1530000371
ISBN-10:1530000378

A nuestros mayores que, aun con el miedo y el dolor en el cuerpo, nos contaron historias de la guerra.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PAQUITA LA MAESTRA

SAGRARITO GÓMEZ

CHATO EL FURTIVO

EL CAMARERO DEL CAFÉ MODELO

BUENAVENTURA EL DIOS

MATILDE LA PELIRROJA

ÁNGEL

LA OTRA SAGRARITO GÓMEZ

SOBRE LOS AUTORES

AGRADECIMIENTOS

A todos los autores que hemos leído, que nos han ofrecido más de lo que jamás podremos agradecer. A Pablo Rodríguez Balbontín por descubrirnos el oficio de escritor, y a cada uno de los que hemos formado el grupo, por cómo nos hemos apoyado y alentado unos a otros en los momentos difíciles.

PRÓLOGO

Todo comenzó como un juego, un ejercicio literario que nos propusimos a modo de diversión. Somos viejos conocidos., un grupo de escritores formado en torno a unos talleres de escritura creativa. Los talleres terminaron, pero el grupo se consolidó y, poco a poco, cada uno de sus miembros fue viendo publicada su tan esperada primera novela. Después de esa hornada, empiezan a aparecer las segundas. Y todo al calor de unas reuniones en las que seguimos compartiendo ideas. Entonces alguien propuso... —y aquí comenzó el juego—: ¿Y si además de escribir cada uno lo suyo, hacemos algo en común?

De esta manera empezó el reto "Así vivimos la guerra". Las premisas del ejercicio eran pocas y precisas:

1. Escribir un relato en primera persona.
2. El relato narraría algo ocurrido durante la Guerra Civil Española.
3. Después de terminar los relatos, cada uno de nosotros leería el resto y buscaría algún elemento en común que posibilitara el cruce de las historias.
4. Por último, cada autor reescribiría su relato incluyendo referencias, alusiones y cruces de personajes de los demás.

El trabajo fue duro, hubo que escribir, releer, negociar y reescribir, en ocasiones de manera lúdica, en otras no tanto: la guerra, y sobre todo, nuestra guerra, toca y remueve resortes muy profundos.

El resultado ha sido satisfactorio: tenemos entre manos un texto que recopila historias en minúscula, pero que se entrelazan en la gran trama de la Historia. Son relatos muy diversos, que reflejan el estilo y la personalidad de los autores y que, en ocasiones, recuperan sucesos escuchados una y mil veces de boca de sus mayores en reuniones familiares.

Así fue como el juego inicial "Así vivimos la guerra", pasó a convertirse en "La Guerra Nuestra", como ellos llamaban a aquella terrible experiencia, de modo que las batallas del abuelo se han transformado en esta serie de historias que no hemos vivido, pero en las que, de alguna forma, nos reconocemos.

Sevilla, febrero de 2016.

PAQUITA LA MAESTRA

REYES GARCÍA-DONCEL

Almonte I, 7 tarde. Al saber los vecinos de este pueblo, en la mañana del 9, que había sido quitado el retablo de azulejos que en el salón de actos de este Ayuntamiento había con la imagen de la Virgen del Rocío, venerada Patrona de los almontenses, se dirigieron grupos de vecinos a las Casas Consistoriales, dando vivas a la Virgen, dispuestos a protestar contra la resolución adoptada por el municipio.

ABC. Miércoles 2 de marzo de 1932.

Hasta donde alcanzaba mi vista, el agua verdosa se extendía entre islas de eneas y vuelos de cormoranes. Dejé caer sobre la mesa el comunicado del Ministerio de Instrucción Pública. Ya me lo esperaba: “Estado laico...; sin manifestación externa de símbolos religiosos en edificios públicos...” Era una orden más como otra cualquiera..., como otra cualquiera... Suspiré.

Varias mujeres, que volvían de los campos de arroz, algunas madres de alumnos, me saludaron bajo su sombrero de faena y el pañuelo que les recogía el pelo. Yo también había ido al arroz cuando moza. Recuerdo todavía el dolor de espalda, los ojos cegados, las grietas en las manos...; hasta que decidí no hundirme más en el cieno de la marisma y ser como Doña Josefina, mi maestra, que me preparó para el examen de ingreso, y me ayudó a conseguir la beca de la Escuela Normal de Magisterio en Sevilla. Fueron los mejores años de mi vida. Por primera vez me sentía orgullosa, se me olvidaba que yo era siempre la rara, la que prefería los libros al campo, los cuadernos de escritura a las tertulias de vecinas en la calle. Veía ante mí un futuro plétórico, incluso algo aventurero: pensé en ejercer Magisterio en el protectorado, en un lugar culto con personas interesantes..., un lugar donde poder vivir algo diferente a estos fangos inmensos y esta humedad salitrosa.

Yo sabía que aquellas mujeres de caras quemadas y pieles agrietadas, que quizás habrían votado al partido de la hoz que ahora levantaban para saludarme, se quitaban los pantalones remendados y el delantal, y se vestían los domingos con su mejor traje, negro abotonado, para asistir a misa; y temía que esas mismas buenas cristianas, se enfrentaran a mí cuando retirara el crucifijo y la imagen de la Virgen del Carmen, tal y como ya había sucedido en Almonte. Aunque mi escuela pertenecía a Sevilla, entre los caños de las marismas los límites se deshacen, y a caballo o caminando, con los bueyes y el sin pecado, mis vecinos peregrinaban rigurosamente todos los años hasta la aldea del Rocío.

Las noticias que llegaban desde allí eran confusas pero, sobre todo, muy inquietantes. Solo había oído rumores deslavazados: la gente se ha enfrentado a los concejales, han entrado en las casas de los concejales, la gente se ha manifestado frente al Ayuntamiento, el alcalde ha blasfemado contra la Virgen de Rocío, un concejal ha robado la imagen, abrieron las bodegas y el vino corría, también fueron a la escuela, la guardia civil no pudo hacer nada, la guardia civil estaba con los vecinos...

Conforme pasaban los días aquella carta me quemaba más en las manos. Yo conocía mi obligación, en realidad estaba muy de acuerdo, lo había hablado cientos de veces con Pedro que, con su habitual entusiasmo, lo veía todo clarísimo y necesario:

—Somos piezas muy importantes en la transformación de España, Paquita —su cara se le iluminaba con pasión—. Para luchar contra el atraso nosotros tenemos el arma de la cultura. Un pueblo culto es un pueblo liberado.

Lo que se suponía que era yo, una mujer liberada de la España moderna que había elegido su destino cuando decidió ser maestra, y esta era una orden más del Ministerio, como otra cualquiera... Como otra cualquiera. Pero yo sabía que no, que esta orden chocaba de frente con ese muro de ignorancia y superstición contra el que trabajaba cada día, ni mucho menos derribado.

Desde el poblado de Alfonso XIII, en lo profundo de la marisma, también venían algunos alumnos. Allí el rey ya había puesto la primera piedra para la futura parroquia, pero nadie había pensado construir una escuela. Los niños asistían a clase o no..., el arroz, los caballos, el carboneo... según la temporada de sus padres jornaleros; y mi aula permanecía desesperadamente vacía durante semanas. Pero nunca faltaban a la procesión de la Virgen del Carmen, ni olvidaban peregrinar hasta la aldea del Rocío.

Los carros llenos de haces, los hombres y sus mulas con los serones cargados hasta arriba, seguían pasando por delante de la escuela. Sería una comarca arrocerá, decidieron en Madrid durante la dictadura de Primo de Ribera. Riqueza y alimento: ¡una

gran bendición para todos! Pero las tierras seguían perteneciendo a los mismos, aunque había más espaldas que antes dobladas sobre ellas. Hasta que la República planteó la Reforma agraria y entonces se les movieron las tripas a los propietarios: esto iba en serio.

El domingo siguiente después de misa llegaron hasta mi escuela tres mujeres, pero no vestidas de faena, sino con velo negro y collar de perlas, acompañadas por el párroco. Desde que las distinguí entre los silos de grano y las veredas de enneas, comprendí a lo que venían. Jamás habían puesto un pie antes en mi escuela, sus hijos estudiaban internos en colegios religiosos de Sevilla. “¡Doña Paquita! ¡Doña Paquita!” Así me llamaron. Eso significaba que venían en son de paz, pero oficialista, para hablar con la maestra, una funcionaria de la República, y no con la niña que conocían desde que acompañaba a mi madre a limpiar en sus casas. Esas mujeres votaban a las derechas, y se oponían a todo lo que yo creía que debía ser la futura España, ni siquiera estaban de acuerdo con que una mujer fuera maestra; o tal vez sí, pero solo de niños pequeños; o quizás sí, pero siempre y cuando ella misma estuviera casada.

—¡Doña Paquita!

—Buenos días.

—Buenas días nos de Dios —me contestó el párroco.

—Pasen por favor.

Les hice pasar al aula, la única de la escuela, donde trabajaba con todos los niños de diferentes edades. Observaron en silencio las bancas de madera colocadas en dos hileras, junto a las paredes blanqueadas con gruesas capas de cal; las ventanas en los muros, con las rejas oxidadas y algún cristal roto que yo tapaba con dibujos de mis alumnos, que se abrían a los campos de arroz; el mapa de España y un mural de los órganos vegetales a cada lado de la pizarra. Y cuando sus ojos constataron que el crucifijo seguía colgado todavía, me sonrieron amables.

—Imaginamos que le habrá llegado la orden del Ministerio, pero vemos con satisfacción que no la ha seguido —el párroco comenzó a hablar con una sonrisa.

—He estado ocupada estos días, no he vuelto a pensar en ello —mentí—, pero me disponía a cumplir la orden hoy mismo.

—¿Sabe usted que esa orden, la de retirar los crucifijos y las imágenes de la Virgen, hiere los sentimientos de mucha gente de este pueblo? —la mujer del farmacéutico se adelantó un paso mientras me miraba fijamente.

—No es mi intención herir a nadie —le contesté sin apartar mis ojos.

—Ya sabemos que ahora la Iglesia y el Estado se separan—e hizo un gesto con la mano como si aquello ocurriera muy lejos— dicen ellos, pero la Virgen y nosotros, sus hijos, no tenemos nada que ver con eso.

—El estado puede ser laico, pero los sentimientos religiosos se llevan en la masa de la sangre y tú..., y usted, no es nadie para negárselos al pueblo —esta vez la que se adelantó fue la mujer del sargento de la guardia civil.

—Yo niego nada, señoras, yo solo cumplo la legislación vigente del Ministerio de Instrucción Pública..., de la que soy funcionaria.

—Vamos a ver, querida niña, nosotros te conocemos bien... —el párroco pasó al tuteo y esto hizo que los músculos de mi mandíbula se contrajeran más aún— Tú no eres como ellos, tú has nacido aquí... en este pueblo que tiene el inmenso tesoro de su fe religiosa y de su amor por la Virgen —se amasaba las manos al hablar—. Tú precisamente los conoces bien, cuidas de sus hijos, sabes que ellos son honrados hombres y mujeres, trabajadores sencillos que no saben de manipulaciones políticas.

—Precisamente porque los conozco bien debo cumplir esta orden, para que la neutralidad y la ley prevalezcan por encima de los intereses personales —tras decir aquella frase agradecí enormemente lo aprendido en las tertulias con maestros de las misiones pedagógicas, a las que Pedro y yo solíamos asistir.

—¿Intereses personales? Aquí no hay intereses personales de nadie —la mujer del antiguo alcalde, el dueño de las tierras que nos rodeaban, saltó como un resorte.

—La propiedad, la religión, la familia y la patria van unidas en las personas decentes.

—Eso no es política: ¡es tradición y fe!

Las tres mujeres, unas por encima de las otras, se atropellaron para hablar.

—La religión es una opción personal y privada; y ésta es una escuela pública —les contesté, agarrándome a la banca que tenía más cerca, pero satisfecha de que mi voz sonara mucho más fuerte de lo que me había imaginado.

—Tú ya te habrás enterado de lo que ha pasado en Almonte ¿no? —Por primera vez utilizaron el tuteo de forma evidente y me pareció advertir un tono de amenaza—. Pues no nos gustaría que aquí ocurriera lo mismo...

—Los concejales también son gente del pueblo... —comencé a decir, pero ya sabía que aquellas señoras no habían ido hasta allí para escuchar mis argumentos sobre tolerancia.

—Eso es verdad, no es que sean socialmente inferiores pero... ¡Entiéndelo! No están preparados, no como nosotros que hemos recibido una educación —la mujer del farmacéutico hizo un gesto de condescendencia piadosa hacía esa falta insalvable de competencia.

—¡Masones! ¡Socialistas! ¡Comunistas! —Gritó el cura—. Son los que nos gobiernan en esta República indecente.

—¡Los niños, pobrecitos, educados bajo la hoz y el martillo y no bajo el manto protector de la Virgen! —Sollozó la mujer del terrateniente.

—Yo trato de transmitir cultura a los vecinos de este pueblo —se me ocurrió contestar viendo que sus comentarios eran cada vez más disparatados.

—Lo mismo que ha pasado en Almonte puede suceder aquí...

—Cuando a la gente se le hiere en lo más profundo....

—Avisada quedas.

Aquella tarde me llegaron aires salobres, de esos que entran por las rendijas y corroen los goznes de las puertas. Las aguas remansadas, siempre esperando, desde hace miles de años esperando, relleniéndose de cieno. Blandas masas orgánicas que dibujan círculos dentro de círculos, donde se atrapa el sonido del tiempo. No importa quienes las naveguen, seguirán recogiendo las mareas que suben y al Guadalquivir que baja.

A la mañana siguiente retiré el crucifijo del aula y el cuadro de la Virgen del Carmen que presidía el patio de recreo.

Un hervidero de rumores sobre los sucesos de Almonte, como dieron en llamarlos, se había extendido por todos los pueblos de la comarca. Los vecinos de Manzanilla respondieron igual cuando les fueron quitadas las imágenes de su patrona, la Virgen de la Soledad, de los edificios públicos, y en la misma Sanlúcar se alzaron voces contra la retirada de la Virgen del Carmen.

Durante aquellos días me desayunaba una ración de miradas hostiles de mis vecinos, seguidas de noticias alarmantes en los periódicos. Cada uno recogía los sucesos con diferentes comentarios según su sesgo político. En La Unión se llegó a publicar una carta escrita por la Virgen del Carmen a la Virgen del Rocío, que decía lo siguiente:

“Vencida por manos pecadoras y acuerdos desenfrenados, me hallo desplazada de aquel sitio donde mi pueblo me puso lleno de fervor y entusiasmo.

Solo pienso en el “delito” que pudiera haber cometido para, martirizada y triturada por el vil martillo y el punzante cincel, que mejor que servir para modelar y esculpir imágenes, destruyó para siempre la ilusión y la fe de un pueblo.

Tú, Virgen bendita del Rocío, digna de mejor suerte, ampárame y dame guardia; guía a este pueblo, líbralo dándole libertad, pues prisionero de sus ideas y vencido por falsas

predicaciones, han tratado de olvidarme, pero siempre con la esperanza, que Sanlúcar y los sanluqueños jamás me olvidaran”

La Virgen del Rocío, amantísima madre, estaba muy triste, incluso se había enfadado con sus hijos. Por el aire parecía extenderse la certeza de que tarde o temprano algo profundo, procedente de una fuerza desconocida y sobrenatural, se tomaría la revancha de aquellos sucesos. Algo, que alcanzaría mucho más lejos de lo que todos podíamos imaginar, se estaba gestando.

El necesario desagravio fue organizado por el párroco de Almonte el 2 de marzo de 1932. Ese día los cielos se unieron a la procesión llorando todas las lágrimas de la Blanca Paloma sobre sus amados hijos, que aguantaron devotos la lluvia y los barro durante el recorrido entre la ermita y el pueblo. La imagen fue colocada de nuevo en el Ayuntamiento, tras lo que el alcalde socialista desapareció durante días.

Respecto a mí, el primer día que trabajé sin el crucifijo sobre la pizarra presidiendo la clase, me temblaba la voz. La sombra de su silueta se marcaba sobre la cal blanca en la pared, como si todavía permaneciera, y aunque estaba guardado dentro del cajón, me parecía que gritaba, como los cientos de voces que recorrían la marisma pidiendo justicia y venganza para la Blanca Paloma. Los alumnos pequeños en las primeras bancas parecían más inquietos, mientras los mayores en las de atrás, me miraban serios.

Elegí el poema “Quisiera estar solo en el sur” de Luis Cernuda como texto para el dictado, con la íntima intención de que su recuerdo me diera fuerzas:

*Quizá mis lentos ojos no verán más el sur
de ligeros paisajes dormidos en el aire,
con cuerpos a la sombra de ramas como flores
o huyendo en un galope de caballos furiosos.
El sur es un desierto que llora mientras canta,
y esa voz no se extingue como pájaro muerto;
hacia el mar encamina sus deseos amargos
abriendo un eco débil que vive lentamente.
En el sur tan distante quiero estar confundido.
La lluvia allí no es más que una rosa entreabierta;
su niebla misma ríe, risa blanca en el viento.
Su oscuridad, su luz son bellezas iguales.*

Se lo escuché recitar al él mismo, durante una reunión de las misiones pedagógicas. Era un hombre muy sensible, ¡y tan culto!..., aunque a sus ojos asomaba una mirada de extrañamiento, como si no perteneciera a este mundo, o como si fuera consciente de que en cualquier momento sería expulsado de él. Se mostraba entusiasmado como responsable del servicio de bibliotecas:

—No os imagináis las caras de asombro en los niños al ver el cine —nos explicaba—: los aplausos son espontáneos, de auténtica emoción, y las exclamaciones ¡oh! ¡Ah! —el poeta escenificaba sus caritas—, al escuchar los textos recitados en el teatro....

Durante aquella reunión, organizada por Pedro en el local de las Juventudes Socialistas, se evaluó mi propuesta de llevar las misiones pedagógicas al poblado de Alfonso XIII, dependiente de Isla Mayor, que reunía todas las condiciones necesarias. Yo había elaborado, tal y como era preceptivo, un informe con los datos sobre geografía, economía, población, situación escolar y cultural, comunicaciones... Estaba muy ilusionada con la posibilidad de llevar hasta allí gramófonos, libros, proyectores, teatros, incluso un pequeño museo con obras maestras copiadas... Además la biblioteca luego se quedaría a mi cuidado, así como los discos, y me encargaría de

organizar audiciones... ¡Algo de progreso a ese lugar perdido entre los caños, repleto solo de historias antiguas!

Pero yo sabía que no era fácil. La necesaria paz y colaboración entre las partes, la ayuda de mis vecinos, parecían cada vez más lejanas entre ánimos que se encendían por momentos. Mis ansias de llevar la cultura hasta aquel rincón de la marisma (“zona económicamente deprimida, sin escuela, con un número de habitantes menor a 5.000”) se diluyeron, igual que la sal de las mareas al mezclarse con el agua del río, tras aquel día en que retiré el crucifijo y la imagen de la Virgen de la escuela: mira la mosquita muerta; ¡quien lo iba a decir!; la niña que parecía tan formal...; eso es lo que pasa cuando las mujeres estudian...; se les sube a la cabeza, se creen que son otra cosa...

—A nadie se le escapa la relación que los sucesos de Almonte tienen con la Reforma Agraria —Pedro tenía en esos momentos la palabra en calidad de coordinador de proyectos—. Las tierras de dicha comarca están siendo mal trabajadas por una nobleza propietaria, a la que solo le interesa mantenerlos como cotos de caza para disfrute personal. Son elementos reaccionarios que utilizan como instrumento a su favor la incultura de la clase campesina, que explotando sus creencias religiosas, ha ido contra el Ayuntamiento de Almonte, republicanos y socialistas. Ahora más que nunca nuestro trabajo es tan importante, debemos erradicar la incultura, somos escultores de las mentes del mañana, somos los hacedores de las nuevas generaciones que vivirán más libres, y no serán sometidos ni por los fascistas ni por ellos mismos.

Durante aquellos días yo abría la escuela, ordenaba los cuadernos de los alumnos y me sentaba mientras iban llegando. Algunos padres se asomaban y me arengaban: “¡Ánimo en la lucha contra estos fascistas!”; otros dejaban a sus hijos sin mirarme, como si tuvieran vergüenza; y otros directamente dejaron de traerlos.

Hasta que llegó la mañana en que Rafaelito, uno de los mayores, dijo en voz alta:

—Maestra, mi padre dice que usted no tiene derecho a enseñarnos sus ideas políticas, que solo tiene que enseñarnos a leer y a escribir.

—Por el mismo motivo, tu padre tampoco tiene derecho a imponerle a los demás sus propias ideas ¿no crees?

—Mi madre dice que usted debería casarse y quedarse en su casa, que le está quitando el trabajo a un hombre —continuó Carmencita, la hermana menor del anterior, entrecerrando los ojos y torciendo la boca, como si me castigara.

—Mi madre dice que la Virgen no tiene la culpa —dijo él.

Me sentí muy cansada para luchar contra tanta ignorancia y no les contesté, además esos dos hermanos eran especialmente irracionales cuando se les contrariaba. Las cosas cambiarían poco a poco en los años venideros. Cuando mi trabajo, y el de otros como yo, dieran fruto, España sería un país libre y culto, más abierto de mente, en el que los derechos y las libertades de las mujeres se habrían conquistado como en el resto de Europa. No necesitaba responderles, eran niños que repetían lo que habían escuchado: ideas de otra generación. Poco a poco España cambiaría, solo hacía falta tiempo... y mucho trabajo.

Pero al domingo siguiente ocurrió algo que quizás no cambiaría el futuro del país, pero sí el mío en aquel pueblo. Durante la misa, Carmencita empezó a babear y a temblar con fuertes sacudidas, sus ojos se volvieron blancos y se tiró en el suelo con la espalda rígida. El cura la roció frenéticamente con agua bendita mientras recitaba frases en latín, y la madre gritaba, con la respiración entrecortada, como si también ella fuera a ahogarse entre sus propios gritos. Yo le levanté la barbilla y le metí un pañuelo entre los dientes:

—Es un ataque de histeria —dije; pero los demás me apartaron con brusquedad.

—Está en trance, la Virgen hablará por ella —contestó el cura mientras la volvía a rociar con agua bendita.

—¡Mi hija ha visto a la Virgen!

La frase se extendió por la iglesia como un reguero. Carmencita se levantó y empezó a recorrer el pasillo entre los bancos con la mirada en los cielos y las manos extendidas, imitando la postura de la Inmaculada Concepción, hasta llegar al altar donde se situó, blanca y pálida, junto a su estatua.

—¿Qué es lo que has visto? ¿Qué te ha dicho la Virgen? —le apremiaba su madre.

—Sí, la Virgen, la he visto... Tenía una espada ensangrentada.

—¡Habrà escarmiento divino por la retirada de los crucifijos! —tradujo el cura.

—¿Qué he hecho yo, hijos míos, para que me tratéis así? —Carmencita elevaba los ojos al cielo y se abrazaba el corazón.

—Una mano criminal acecha a la Virgen... —completó el cura.

—¡Maresita mía! —gritó la niña cayendo de rodillas en el suelo.

—¡Pero triunfará el reinado del Corazón de Jesús! —El cura comenzó a rezar las letanías y el coro de vecinos a seguirle—: Mater puríssima..., mater castíssima..., mater inviolata...

Entonces Carmencita paseó la mirada sobre los que la rodeaban con caras de fervor, y comprobó que yo me había apartado, sin besar sus manos como hacían otros. Incluso en mis ojos tenía la expresión, que ella conocía muy bien, de reprobación y disgusto que suelo adoptar en clase cuando se portan de forma caprichosa. Entonces gritó de nuevo, pero ahora señalándome:

—Ella es, ella ha sido, ella...

—¿Ella qué?

—¡Ella quitó a la Virgen de la escuela!

Comenzó a chillar como si estuviera poseída, pero esta vez por el demonio. La rabia le había encendido la cara, la furia le daba rigidez a la boca que babeaba, y con el brazo extendido me señalaba como si a través de él fuera a descargarse un rayo divino que me fulminaría. Era uno de sus arrebatos tiránicos y permanecí tranquila, mirándola. Ella me apartó la mirada y se abrazó a su madre, que seguía llorando y rezando al mismo tiempo.

El coro de letanías se enredaba entre mis piernas, cuando salí de la iglesia: virgo veneranda..., virgo potens..., virgo clemens...

Esa noche sueño que las voces de Almonte llegan a través de los caños, mueven las barcas y las redes de pesca, y el arroz paciente en su lecho de cieno. Los graznidos de las gaviotas, el aleteo de las garzas entre la enea se mezclan con los susurros que recorren la marisma. Y por encima de todas vuela la de ella, la de la Señora, dueña del temblor del agua, del olor a fango, de la luna y el sol, buscando a sus hijos. Sube desde las profundidades con la marea, levantando la brisa salitrosa, esparciendo el olor de los barros llenos de vida muerta pudriéndose y fertilizando el arroz... Llega hasta mi escuela envuelta en la niebla, y golpea la puerta, las rejas, los cristales, la pizarra... ¿Dónde están mis hijos?, grita. Me despierto al amanecer bañada en sudor.

Antes de comenzar la procesión del desagravio un cabo de la guardia civil, uno al que llaman el Salivita porque escupe por encima de los dientes inferiores y luego se relame la comisura de los labios, vino a la escuela. Se plantó en la puerta con las piernas abiertas y los pulgares colgados del cinturón:

—Que dice mi sargento, que mejor se venga al cuartelillo.

—Me niego. Yo no tengo por qué salir de la escuela.

—Pues usted verá, pero la procesión pasa por delante.

—Pueden pasar por donde les parezca.

—Pues entonces, que dice mi sargento? que me quede yo aquí para guardarla. —Y sin esperar respuesta se colocó en la misma postura, pero mirando el carril, y soltó un salivazo que fue a caer en las escaleras de entrada al porche.

Dudé si quedarme allí sentada bajo la protección del cabo o salir a enfrentarme con los vecinos. Cualquiera de las dos opciones me desagradaba. Si esperaba tenía que soportar la mirada de los ojos vidriosos del Salivita. Y si iba en su busca, sería solo con el afán de explicarles mi postura, pero era consciente de que no servirían los razonamientos en esos momentos. La Virgen se merece este desagravio y mucho más, nosotros no somos menos que los del Almonte, decían. Además podrían malinterpretar mis intenciones. Finalmente decidí esperarlos trabajando, como era mi obligación, por lo mismo que había retirado las imágenes religiosas de la escuela.

Desde la supuesta aparición de la Virgen, los ánimos estaban mucho más exaltados: por cualquier menudencia saltaban las peleas de hombres en las tabernas, las riñas de mujeres en el mercado, los insultos, repetidos sin sentido, de los niños... Pero lo que más temor me inspiraba eran algunos personajes desconocidos que habían aparecido por el pueblo. Entre ellos un individuo que no era cura pero se comportaba como tal: ayudaba en la iglesia y tenía los mismos gestos pausados, el mismo tono de voz contenido bajo la dureza de las palabras. Su apariencia también resultaba equívoca. Vestía una chaqueta negra, larga y abotonada, por lo que podría confundirse con un sacristán, pero bajo los pantalones aparecían unas botas militares, y sobre la chaqueta un correa de cuero, del que, en algunos momentos, colgaba un arma. Se paseaba con descaro, solo o junto al párroco, observando a la gente detenida su mirada en alguien con fijeza, y repetía su nombre en voz baja, varias veces.

Era una tarde fría y húmeda de marzo. El sonido de los cánticos entre la bruma, se acercaba y yo veía sombras avanzando. Cuatro hombres llevaban en andas a la Virgen. El párroco iba delante recitando el rosario con la casulla dorada y las manos juntas; a su derecha, un monaguillo hacía sonar la campanilla; a la izquierda, otro bailaba el incienso; y junto a ellos el forastero vestido de negro, mirando más a los que no se habían sumado al desagravio que a la propia Virgen, portaba el estandarte. Cerraban la procesión las mujeres, luego los hombres a pie, y finalmente los caballistas, entre ellos el dueño de las tierras y las bodegas. Iban vestidos de corto con las chaquetillas blancas de gala, como el día grande de la Virgen en julio. Dos guardias civiles, con una actitud relajada, como si aquello no tuviera que ver con ellos, cerraban la procesión.

Por fin llegaron a la escuela y el párroco junto a la mujer del antiguo alcalde se acercaron. Llevaban un crucifijo en la mano. Entraron en el porche y abrieron la puerta de la escuela. El Salivita no les dijo nada.

—Hija mía, venimos a ayudarte. Reconsidera tu postura y devuelve el crucifijo al lugar que le corresponde.

—Les repito que yo solo cumplo la legislación, no puedo hacer otra cosa. Si ustedes lo ven necesario, vayan al gobierno civil, pidan una dispensa y los símbolos religiosos volverán a estar colgados.

Pero mi voz ya no se oía entre los gritos de la multitud que había dejado de rezar el rosario para vociferar vivas exaltadas a la Blanca Paloma, el Corazón de Jesús y la Virgen del Carmen. Yo sabía que no tenía nada que hacer, que mis argumentos no servían ante esa multitud repleta de razones para lincharme. Empujaron a la casulla blanca y a la mantilla negra hacia un lado entrando a borbotones en el aula.

Por primera vez me alegré de tener allí al Salivita. Estaba sonriendo de medio lado, con los ojos entrecerrados. Se relamió los labios mirándome los pechos, luego se acercó lentamente y se puso delante de mí. Los demás comprendieron.

El mapa de España, la bola del mundo, los dibujos infantiles colgados, la pequeña biblioteca de aula les parecieron poca cosa, así que pasaron directamente a mis objetos personales, donde ahí sí, ahí rompieron platos y cristalería, rajaron mi sillón de lectura, tiraron todos mis libros al suelo mientras gritaban: comunista, masona, hija de perra..

El hombre de negro y los caballos, se quedaron esperando en la puerta.

Ese sábado de julio subía un viento fresco de poniente, pero no había nada que pudiera apagar el calor de las iras desatadas. Las columnas de sublevados que habían venido desde Cádiz ya estaban en Sevilla, y algunas de ellas, comandadas por propietarios de tierras, imponían la sublevación a la fuerza en las aldeas y los pueblos de la marisma.

La noche anterior ya se rumoreaba que en África se habían levantado:

—Si ahora no tienes que trabajar..., vente conmigo a Sevilla —me insistía Pedro con aprensión—, o si no quieres estar aquí, coge el tren para Málaga... ¡pero sal de ahí!
—Me insistía a pesar de mis protestas—. Las noticias son muy alarmantes. ¿No comprendes que estás muy señalada?

Esa fue la última vez que lo vi. Me contaron que mi novio murió dos días después, el 20 de julio de 1936, en la plaza del Pelicano defendiendo con valentía el barrio de San Julián, su barrio, de los fascistas.

Yo tampoco llegué a Málaga. Tuve que esconderme en los montes de Ronda donde conviví varios meses con el maquis, ayudando en lo que sabía, intentando olvidar lo que podía... Y antes de que todo terminara, conseguí huir a Argelia. Pero esa es otra historia.

También me contaron que mi alumno Rafaelito con una camisa azul, un fusil y 17 años, se dirigió hasta la escuela ese sábado de julio. La encontró vacía. Entonces sacó fuera los libros, los discos, una foto donde yo aparecía sonriente junto a Luis Cernuda y la camioneta de las misiones pedagógicas, y un cartel de Pablo Iglesias bajo las siglas de las Juventudes Socialistas. Apiló todo en una mesa delante de la puerta y la cubrió con la bandera republicana.

“¡Apunten! ¡Fuego!”, se arengó mientras la fusilaba.

SAGRARITO GÓMEZ

MARÍA RUIZ-PAU

"Exodus from La Línea. A number of wounded were brought to Gibraltar on Sunday evening and admitted to the colonial hospital...one of the pathetic features of the influx of the poor refugees is their complete ignorance of the political significance of the terrible events enacted at La Línea. The arrival of the Moroccan troops struck terror in their hearts and many, not realising that the Arabs were the allies on one of the conflicting parties..."

"Éxodo desde la Línea: un grupo de heridos fueron traídos a Gibraltar el domingo por la tarde y admitidos en el hospital colonial...Uno de los aspectos más trágicos de la llegada a Gibraltar de los pobres refugiados es su completa ignorancia del significado político de los terribles acontecimientos que estaban ocurriendo en La Línea. La aparición de las tropas moras sembró el terror en sus corazones, y muchos de ellos, al no darse cuenta de que los árabes eran aliados de una de las partes en conflicto..."

The Gibraltar Chronicle. Martes, 21 de Julio de 1936.

Caballito blanco llévame de aquí, llévame hasta el pueblo donde yo nací.

La tarde del 17 de julio de 1936, sábado, recogía conchitas en la orilla ajena al revuelo hasta que oí la voz de mi madre llamándome a voces por mi nombre de pila, extraña y agitada.

Me gustaba ir a la playa de poniente, coger conchas y ordenarlas por tamaño para adornar con ellas un gran flan de arena mojada. Me gustaba bañarme donde rompen con escaso brío las olas con las otras niñas que tampoco sabían aún nadar. Las tardes allí siempre andaban cortas de horas para nuestras travesuras: cavábamos estrechos pozos en la arena y arrojábamos al fondo piedrecillas para construir trampas. Cocinábamos flanes de mentira, nos hacíamos pelucas disparatadas con las algas, hacíamos peñoncitos de arena: éramos muy pequeñas y solo queríamos jugar.

Acababa de empezar el verano y mi madre me llevaba algunas tardes a la playa para que jugara mientras ella charlaba con sus conocidas, vigilándome desde lejos. Siempre me llevaba a la playa que había cerca de la zona neutral, a la de poniente, a la piscina enorme de la bahía de Algeciras rodeada de tierra por todos lados. Mi padre nunca me dejó bañarme en el mar abierto que da al levante, el Mediterráneo, donde sí hay olas de verdad; mis padres me protegían en exceso, rodearon de algodones mi infancia mientras pudieron. El mundo fue un lugar maravilloso a los pies de la gran Roca hasta ese día. Tenía nueve años recién cumplidos.

Ya nunca aprendí a nadar. Los sucesivos lutos me prohibieron ir a la playa durante todos los años que duró la guerra y alguno más. Cuando regresé a esas aguas tan cercanas y a la vez tan inaccesibles, era casi una muchachita y me daba vergüenza bracear con torpeza, pendiente de las miradas que a buen seguro no me miraban, pero así es esa edad. Y ya nunca aprendí a nadar.

¿Sabes? Mi madre jamás me llamaba por mi nombre: María Sagrario. Así se llamó mi abuela y así se llamó mi tía, la triste hermana de mi padre. Así me pusieron en mi bautizo, pero mi madre se inventó para mi otro nombre, Aurora, y por él me llamó hasta que murió, para confusión de propios y extraños y para rebote de mi padre; él siempre me decía Sagrario, acentuando mucho la í. La única vez que mi madre me llamó María Sagrario fue el 17 de julio de 1936 a las tres y media de la tarde. Esa tarde luminosa y dorada en la que yo dejé de ser un niña risueña y me escindí en dos.

Eres más bonita niña que la nieve del barranco, que la rosa del rosal, que la amapola en el campo.

Mi madre me decía al oído que mi nombre, el inventado, le sonaba a piar de pájaros, a rosicler de nubes, a brisa templada en la mañanita. El otro, el verdadero, le olía al polvo de la sacristía, a la voz aguda de mi abuela y a su casa húmeda, pero que no se entere papá. Mi madre no se entendía del todo con mi abuela, ni con mi tía, ni siquiera con mi padre. Mi madre era callada y soñadora. Y un punto lunática. Creo que solo quería de verdad, con desgarró, a su hermano Enrique. Y a mí.

Hasta ese día de julio, yo había vivido la dualidad de mis nombres con naturalidad, pero a partir de ese día se abrió una brecha insalvable entre mis dos yos. A veces me inclinaba por una, a veces me estancaba en la otra por días y más días. La vida me ha

hecho el favor de regalarme muchos años para conciliar ambos nombres y hoy, con algunos más de ochenta, reconozco que soy, que hace mucho que soy las dos. Me llamo Aurora del Sagrario Gómez Bello, y soy la niña de Amparito. La hija de Alfonso Gómez, el sastre cojo de la calle Clavel. La única sobrina de Enrique el Bello, el que partió a ese extraño exilio del que ya nunca volvió.

La tarde del 17 de julio mi madre en realidad no me quería llevar a la playa pero me acabó llevando, tales fueron mis llantos y mi berrinche porque quería jugar con las amigas. Ya se había corrido la voz de que los militares de Marruecos se habían levantado en armas y de que en Algeciras había soldados por las calles. Mi madre discutió durante la comida con mi padre que la llamó a voces insensata y que por supuesto se negaba a que saliéramos de casa.

Creo que fue por eso, por miedo, por culpa, por temor a la razón de papá por lo que ese día me llamó María Sagrario.

Eran los días de la feria del pueblo, las fiestas en honor de nuestra Patrona, la Inmaculada Concepción. Tras un par de días de intensa confusión, el domingo 19 se oyeron los tambores de los moros por las calles y el primer cañonazo. La música de los pasodobles definitivamente se apagó. El tiempo se detuvo, como en un reloj roto. No hubo toros, ni buñuelos, ni fuegos artificiales en La Línea durante los tres largos años que duró la guerra y alguno que otro más, pero en cambio hubo otras muchas cosas y casi todas fueron malas.

3

Cuando la mosca se puso a cantar, vino la rana y la hizo callar.

Estuve muchos días sin salir de casa, asustada, mohína, sin mirar ni siquiera por el balcón al que no me dejaban ni acercarme. Oía el amortiguado jaleo de las calles, disparos o lo que yo creí que eran disparos, alguna bomba esporádica. Mis padres discutían más de lo habitual o hablaban en susurros atropellados encerrados en su dormitorio; mi tío Enrique dejó de aparecer por casa. Todo eran sombras.

Yo no entendía nada porque no veía nada: no lo veía con mis propios ojos y por eso tampoco me podía imaginar cómo era una guerra de verdad, tan cerca, en mis calles, entre mi gente. La radio solo daba partes ininteligibles, pocas canciones, me aburría de jugar conmigo misma, harta de cambiarle ropitas a Mariquita.

En mucho tiempo no pude ver a mis amigas de la playa, ni a mis primos, ni siquiera a las gemelas que vivían frente con frente a mi puerta, compartiendo con nosotros el primer piso. A cal y canto tras la puerta, y al otro lado de la puerta, ruido.

Pasadas las dos primeras semanas, Inma y Carmen, mis vecinas, las realquiladas, fueron mi confusa fuente de información. No tenían quién les echara un ojo, porque a su madre, viuda que malvivía fregando escaleras, la llevaron junto a otras mujeres y viudas de rojos para limpiar el cuartel Ballesteros y algunas dependencias del ayuntamiento. Ellas salían de su casa no más amanecía y después, a la caída de la tarde, me contaban en voz baja lo que habían visto por las calles, lo que su madre limpiaba con espanto: la sangre y los destrozos.

Tengo de aquellos días un recuerdo imposible, un recuerdo que sin duda ellas me prestaron: los ojos abiertos de los muertos llenos de moscas. Aún los veo algunas noches, créeme. Todos los horrores me los detallaban sentadas en la escalera que subía a nuestras casas, junto a mi puerta, a oscuras, impostando la voz y quitándose la

palabra la una a la otra. Excitadas e incrédulas, como si hubieran visto en el matiné una película de miedo de Boris Karloff.

Ese verano en las calles de nuestro pueblo, La Línea de la Concepción, no hubo esa cabalgata de feria que tanto te gusta, Aurorita, pero desfilaron los regulares y los requetés. Los regulares, oscuros, viejos, con sus turbantes, sus tambores y sus puñales al cinto, me daban mucho miedo; también algunos falangistas demasiado achulados. En cambio los requetés, jóvenes y apuestos, con sus bonitas boinas rojas ladeadas, me gustaron desde el primer momento. Nos los cruzamos algún domingo de aquel terrible verano, camino de misa, marcando el paso.

4

No quiere que sepamos quién es su novio, el señorito Pepe, que es un Pimpollo.

Mi tío Enrique era muy guapo: sus ojos felinos, verdes y salvajes, su pelo oscuro peinado al agua, su tez aceitunada y su desparpajo lo hicieron famoso y codiciado entre las mujeres de nuestro barrio. Nadie como él tuvo un apellido que le hiciera tanta justicia y que pudiera usarse también como apodo: Bello.

Tenía pose de galán de cine aunque no la buscara, siempre de chaqueta y corbata oscura, elegante pese a su juventud. Cambiaba de novia cada mes hasta que encontró a Matilde. Matilde la pelirroja, la hija de los panaderos comunistas a los que mataron en la misma puerta de su horno la primera semana tras el alzamiento, la descarada Mati a la que mi padre no tragaba.

La misma Matilde a la que los falangistas pelaron en el Círculo Mercantil su larga melena roja y rizada, que se salvó de la muerte por puta, según mi padre y que malvivió en la posguerra limpiando pescado en la plaza, siempre con la mirada baja. Se casó algunos años después del 39 con un estraperlista de poca monta y se marcharon a vivir a la sierra, creo que a Jimena, donde medraron con el contrabando según las vagas noticias que nos llegaron. Pero esa ya es otra historia.

5

Me están haciendo un vestido del color del caramelo, cada vez que me lo pongo, me sale un novio torero.

Mi madre adoraba a su hermano pequeño, el único miembro cercano de su familia que le quedaba. Vivía con nosotros ocupando la habitación del fondo, aunque desde que se ennovió con Matilde no todos los días dormía en casa. Tengo una imagen suya que no se me borra: con la mano izquierda sosteniéndose la cabeza, distraído, fumando su tabaco inglés y hojeando "The Gibraltar Chronicle", el periódico de Gibraltar que siempre leía con uno o dos días de atraso. Con las noticias caducadas y sin enterarse de la mitad, la escrita en inglés, como decía mi padre. Aunque es cierto que por aquella época casi todo el periódico se escribía en español y que por mejor nombre le llamaban "La Crónica".

Esa imagen suya no se me borra, y tampoco cuando llegaba a casa a la hora del almuerzo y se hacía el sorprendido de verme, poniendo la boca de la o; se tanteaba todos los bolsillos hasta que sacaba algún caramelo de anís del interior de la americana y me lo daba con un sonoro beso. El resto de sus gestos los recuerdo de modo vago o quizás me los he inventado. Mi madre, Amparito, también era muy guapa, pero tenía un rictus triste, un aire de lejanía. Se parecía mucho a su hermano pero ella tenía los ojos del color de la almendra tostada, esas almendras tostadas que tanto le gustaban a papá.

Yo saqué la cara redonda de mi padre, sus cejas juntas, sus labios finos. Mi padre conoció a mi madre en el taller de costura que había cerca de la plaza de toros al que él iba muy de vez en cuando a recoger retales para forros. Mi padre era sastre de caballeros y era cojo y no era guapo. Pero era educado y serio y vestía bien, siempre igual pero bien; fuera verano o invierno llevaba chaleco y corbata, se lustraba los zapatos con ahínco aunque uno llevara alza. Nos repetía a todas horas que la publicidad de su sastrería debía ser él y mi madre y yo. Tenía el mismo punto taciturno que todos los miembros de su familia marcado en la mirada, los ojos dormilones de los Gómez. Los ojos que yo heredé.

6

Tiene la Tarara un vestidito blanco que solo se pone en el Jueves Santo.

Mi padre no quiso que mi madre cosiera para la calle en cuanto se casaron, y a mi madre le gustaba coser, así que lo hacía solo para nosotras dos, y en miniatura coquetos vestiditos para mi muñeca Mariquita. También cosía para mi abuela y mi tía, pero esto más bien por obligación que por gusto.

Yo de niña siempre iba bien vestida, y seguí bien vestida durante la guerra y después, en la larga posguerra; con cualquier tela mi madre me hacía un vestido con los modelos que veía en "Moda práctica" y en algunas revistas inglesas en las que salían las hijas del futuro rey y de los que ella sacaba los patrones a ojo.

Mi prima Loli heredaba mis trajes cuando me quedaban pequeños, y eso que era un año mayor que yo, pero era menuda, y feúcha y mi ropa no parecía la misma en su cuerpo. Mi prima era algo envidiosa y creo que me tenía manía por lo de los vestidos y por lo de su padre. Era la hija de mi tío Antonio, el hermano de mi padre que murió al final de la guerra y que según mi tía Dolores, que se quedó viuda con cuatro hijos y una pequeña tienda que tuvo que malatender ella sola, se murió por no ser cojo como su hermano. Su hermano mayor, Alfonso, mi padre, que por cojo tuvo la fortuna de no ir al frente. Mantuve poca relación con mis primos y no tuve hermanos.

Ser hija única fue para mí una desdicha que por otro lado viví con orgullo y un extraño regodeo, como la niña partida que fui.

7

A tapar la calle, que no pase nadie.

El segundo domingo de agosto mis padres por fin me sacaron a la calle para ir a misa de doce a la parroquia, y a pesar de hacer un día caluroso a mí me pareció todo oscuro y caótico y a pesar de las ganas que tenía de salir, yo misma quise regresar pronto a casa.

Mamá iba del brazo de mi padre y me agarraba fuerte con la otra mano y andábamos deprisa apenas sin levantar la vista del suelo, todo lo rápido que nos permitía andar la cojera de mi padre, que sí llevaba la cabeza bien levantada, él por toda la familia.

Mi padre obligó a mi madre a pintarse los labios, a echarse colorete, a lavarse bien los ojos para borrar las lágrimas que no dejaban de brotar desde mitad de julio, desde que desconocía la suerte que había corrido su hermano Enrique.

Recuerdo de ese domingo la suciedad de las calles, que había poca gente y cosas rotas por todos lados, algunas banderas inglesas ondeando en los balcones. Que en la

puerta del bar Cinzano, en la calle Real, corrillos de hombres fumaban haciendo roscos de humo y alzaban la voz envalentonados al paso de los militares. Que mi padre levantó el brazo de un modo extraño cuando nos cruzamos con algunos de sus clientes.

Mi madre anduvo bien sujeta del brazo de mi padre ese domingo y otros domingos y todo el tiempo que duró la guerra y muchos años más, atemorizados ambos por el estigma con el que mi tío nos había marcado a todos no solo por ser el último novio de Matilde, sino por su condición de masón.

Mi tío Enrique era masón y algo rojo, aunque por lo visto no mucho. A mi tío, según mamá, le interesaba poco la política, pero detestaba a los señoritos y sobre todo a los jefes; mi padre decía de él que era un prenda y un flojo, que por eso detestaba a los jefes y que llevaba trazas de ser un mantenido, que ya lo estaba siendo por su hermana y por él, y que lo mismo le venía bien la Matilde esa para espabilarse, que era lo único bueno que de ella iba a aprender.

Yo no sabía lo que era ser masón y me quedé sin saberlo mucho tiempo, nunca pregunté a mis padres y tampoco después a mi marido. Tú te vas a reír, no sé por qué me imaginaba que era algo relacionado con la magia, porque a eso me sonaba la palabra logia debería ser, pero una magia de mayores, triste, que no entendíamos los niños. Nada malo si andaba en ello mi tío. Nada malo pero tampoco bueno.

En cualquier caso algo de lo que era mejor no hablar y de lo que en mi casa de la calle Clavel, que poco después pasaría a llamarse calle Calvo Sotelo, jamás se habló salvo en aquellos días. Y que después olvidé.

8

Al olor de las sardinas, don Gato ha resucitado.

La madrugada de aquel domingo de agosto la puerta de casa se abrió con sigilo a pesar de las dos apretadas vueltas de llave. Yo me desperté al oír las voces: la voz reidora de mi madre, la voz severa de mi padre, la voz casi imperceptible de mi tío.

Di un salto en la cama y de otro llegué al comedor. Enrique estaba demacrado pero bien peinado y me dio tantos besos y tantos achuchones que yo no vi la suciedad de su ropa hasta que me bajé de sus rodillas unos minutos después. Mi madre le preparó café del bueno y en él migo pan y mi tío lo tomó rápido y con ganas pero sin mancharse el bigote que se había dejado por esos días, con la servilleta aferrada a la mano.

Después de los besos mi padre me obligó a irme a la cama y desde allí oí a los tres discutir hasta el amanecer sin levantar la voz, como las tormentas que se oyen de lejos pero sabes que los vientos arrastrarán hasta tu calle más tarde o más temprano.

Por la mañana no había rastro en casa de mi tío, ni lo hubo en muchos días: se había evaporado igual que el vaho humeante de la cacerola.

Yo estaba aprendiendo rápido; supe que no debía preguntar y mi madre me lo confirmó ese jueves cuando no pude esperar más y le pregunté y ella por toda respuesta puso su dedo índice en mis labios.

Pero me sonrió, o eso interpreté leyendo el brillo de sus ojos almendrados y aunque me quedé más tranquila no pude evitar que mi yo más taciturno, mi María del Sagrario más feroz, viniera a instalarse en mí por muchos días. Hasta que encontré un "The Gibraltar Chronicle" arrugado en la mesa del comedor una mañana de finales de agosto y poco a poco até cabos. Los até mal pero los até y ese torpe nudo me devolvió la risa y la aurora y las ganas de jugar.

Mi tío Enrique pasó muchos días escondido en el cuarto que llamábamos la bodega. Lo llamábamos así aunque allí apenas si hubo nunca vino bueno, ni sifón, ni nada que se pudiera beber. Allí solo había media docena de botellas de tinto rancio tirando por lo

alto pero sobre todo había trastos, un par de colchones de lana apelmazada, una máquina de coser que nunca se reparó, mi coche de capota guardado para los hermanos que no vinieron y piezas de tela baratas que al final de la guerra sí se fueron usando, por necesidad, todo tapado con sábanas viejas; fantasmas familiares olvidados e inofensivos. Era un cuarto sin ventilación, grande y desastrado y mi tío vivió allí muchos días sin hablar con nadie, sin dar señales diurnas de vida, otro fantasma él también.

Se ve que solo salía de madrugada a estirar las piernas y fumar algún cigarro, a leer el periódico atrasado que su hermana le traería a hurtadillas. A mirar la luna por la cristalera del patio interior, noctámbulo y sigiloso como algunos gatos.

9

Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué pena. Mambrú se fue a la guerra, sabe Dios cuándo vendrá, do re mi, do re fa.

El novio de mi tía Sagrarito, Federico, era un niño de buena familia, atildado y con bigotillo. A mi madre no le caía ni bien ni mal, decía de él que era soso como un emblanco de tísico, y lo decía poniendo cara de muerta, con los ojos vueltos para que yo me riese, pero lo decía cuando no estaba papá delante. Les llamaba los amantes de papel: lacia ella y lacio él.

Mi abuela Sagrario andaba como loca de contenta con el yerno por el que hizo no menos de cuatro novenas a la Virgen Inmaculada, siempre según mi madre, para que el poco ímpetu de su hija no le espantase el pretendiente. Pero él no se espantó ni mucho menos y empezó a entrar en la antigua casa de mi padre en la calle Teatro y hasta se prometió con mi tía, a la que puso en el dedo anular de la mano izquierda un anillo con perlita la primavera del año 36.

Mi tía Sagrarito no era fea, pero era delgadísima, ojerosa y andaba como medio jorobada, siempre con un bolsito tapándole el pecho cuando salía a la calle.

A principios de la contienda Federico partió al frente y poco tiempo después se fue mi tío Antonio, ambos voluntarios del bando nacional. Y ninguno de ellos volvió porque ambos se murieron en la maldita guerra. Mi tío Antonio se alistó y quiso combatir como tantos otros en el pueblo para borrar su voto de izquierdas en las elecciones del 34, por buscar un pedigrí de buen español que solo le condujo a la larga a la muerte y al olvido. Su mujer nunca le perdonó el haberse muerto ya en las puertas de la famosa victoria, en enero del 39, y quizás y aunque solo fuera por eso, ella sí que nunca lo olvidó. De negro riguroso vivió por los restos, no se alivió el luto la pobre tía Dolores ni con el gris más oscuro. De negro riguroso hasta que ella misma murió más de treinta años después: treinta años de rigor y duelo. Ya te he dicho que nunca lo perdonó.

10

Él era valiente, él era mohíno, él era el alivio de todos los vecinos, que tururú, que tururú.

Federico cayó en una emboscada en la sierra de Ronda pocos meses después de haberse ido, con solo veinticuatro años, novia formal y una prometedor carrera de veterinario municipal en el matadero de La Línea.

La noticia llegó rápida como toda mala noticia que se precie, y papá fue el encargado de llevarla a casa de la abuela con mamá agarrada fuerte de su brazo después de recibir en casa la visita de don Federico, el padre del novio de mi tía, un falangista resentido y huraño que se volvió mucho más huraño y más resentido a partir de ese

día.

Mi madre no fue capaz de contarme la escena de modo fidedigno, lloraba siempre que lo intentaba aún muchos años después. Aunque a ella Federico la verdad es que ni fu ni fa, sintió mucha pena por su muerte, sobre todo pena por mi tía y quiso borrar esa visita de su memoria limpiándola con el agua de las lágrimas, como a tantas otras tristezas que le siguieron.

No hubo navidad ese año ni los siguientes en mi casa, aunque no faltaba para comprar mantecados ni un buen anís, no era cuestión de dinero. Mi abuela empequeñeció de repente y su voz se volvió más aguda y más lejana, venía a vernos con más frecuencia, siempre con mi tía Sagrarito pegada a ella como otro brazo más que le hubiera salido. Mi transparente tía Sagrarito que a partir de ese día solo vivió para buscar un cáncer en algún rincón de su delgado cuerpo, y al que al final acabó encontrando alojado en su páncreas. Ese cáncer se la llevó casi al mismo tiempo que a su madre, mellizas de impostura hasta en eso, cuando ya había acabado la guerra, en los primeros cuarenta. Los lutos se sucedieron en mi familia como gotas pastosas que acaban formando un charco de grasa, un charco espeso y negro, un charco perenne a la misma puerta de tu casa que te ensucia los pies al entrar o al salir y te impide andar con soltura y despejada.

Por culpa de ese charco no pisé la playa en tantos años. Por ese charco llevé un lazo negro en la manga de mis vestidos de domingo. Por ese charco no recogí más conchitas, ni hice más flanes de arena húmeda, ni aprendí a nadar.

Por todo eso yo a veces era taciturna y callada, una niña que guardaba dentro de su propio sagrario, su cuerpo, un pesar al que no sabía poner nombre, pero que sin duda tuvo que ver con la guerra y tantas muertes, con las discusiones veladas y continuas de sus padres, con la fuga de ese tío al que ella tanto quiso y que después de esa madrugada de agosto en la que se sentó en sus rodillas por última vez, no volvió a ver jamás. Porque no lo vi más.

Cuando esa tarde ventosa de mitad de septiembre don Federico vino a casa a darnos la noticia de la muerte de su hijo, mi madre miró por la mirilla y no le quiso abrir.

Don Federico era falangista aun antes de que se inventara la falange y mi tío Enrique estaba escondido en la bodega: mi madre ató cabos y se negó en redondo a abrir la puerta. Fue mi padre quien le abrió. Mamá entró en mi cuarto maullando "ay mi Aurora, ay mi Aurora", me abrazó hasta hacerme daño, y solo se soltó cuando mi padre con semblante demudado se asomó por la puerta y le dijo desabrido que fuera rápido al comedor a oír lo que don Federico les había venido a decir.

Yo escuché después su llanto quedo desde mi habitación, mitad por la pena y mitad por el alivio, y las palabras graves de los hombres que no distinguí abrazada yo también a Mariquita, mi compañera con fríos ojos de cristal que tan poco me consolaba.

Lo mismo te estoy dando de mí una imagen demasiado melancólica y eso no es del todo verdad. Tuve ratos de mucho miedo, sí, días infinitamente tristes, me quedaron recuerdos muy dolorosos, pero yo no era mustia, sobre todo y simplemente porque era una niña.

Los chiquillos se acostumbran a lo malo mejor que los mayores, se acostumbran a no comprender del todo, se inventan mundos mullidos donde tumbarse y fantasean cuanto pueden. Yo tenía el peso de mis genes y el de mi nombre y el de ese tiempo oscuro que me tocó vivir, pero también era soñadora y cantarina, con el piar de pájaros al que sonaba mi otro nombre despertándome cada mañana desde el balcón.

Mi padre tenía tratos con Simón Sicluna, un tipo bajito, sonriente y barrigudo, dueño de una tienda de telas en la calle Real de Gibraltar, Main Street, ya sabes. Antes de la guerra, mi padre me llevó una tarde a ver los monos del Peñón con Simón y Simoncito, un niño gordo y maleducado que aprovechó cualquier descuido mío en las pocas horas que estuvimos juntos para tirarme de las trenzas.

Los monos me gustaron poco y Simoncito menos, y a partir de esa tarde también detesté mis trenzas. Pese a la oposición de mi padre, mi madre aprovechó para llevarme a la peluquera que había detrás de la parroquia, no me acuerdo cómo se llamaba, que me hizo un corte de melenita por debajo de las orejas del que no me desprendí hasta que entré en la escuela de magisterio. Me hacía la cara menos redonda y desde el primer momento tuve la sensación de que mis vértebras cervicales se soltaban, de que con ese peinado podía mover mejor la cabeza, fíjate tú.

Antes de la guerra mi padre iba algunas mañanas muy temprano a Gibraltar a comprarle telas especiales a Simón y casi siempre conseguían ponerse de acuerdo en un precio ventajoso para ambos. A veces, Sicluna recomendaba a algún cliente suyo la sastrería de mi padre. No es que fueran íntimos pero se entendían bien, y sobre todo se convenían el uno al otro. Simón era de origen maltés y según mi padre algo fullero. Por aquel entonces, y me va a perdonar si me escucha alguno, yo creía que fullero y maltés eran sinónimos.

Alrededor de octubre del 36 o quizás fue en noviembre, mi padre entró en otros tratos con Sicluna, negocios que realizó medio a escondidas presionado por mi madre, tratos oscuros en los que mi tío se jugaba el todo por el todo.

12

...Cucú, pidió un ramito, cucú, no le quiso dar, cucú, y se echó a llorar.

La vida en mi casa, sobre todo después del susto por la visita de don Federico, cada vez se parecía menos a la vida.

Mamá andaba muerta de miedo, toda ojos; se quedó muy delgada y el negro de su ropa de luto la adelgazó aún más. No quería ni salir a la plaza a comprar, no quería salir de casa ni estar en ella, desasosegada en todo momento, siempre cerca de la mirilla o con la oreja pegada al aparador viejo que habían puesto tapando la puertecilla de la bodega, donde se pasaba las horas interpretando signos que solo ella creía entender.

Papá andaba muerto de miedo de ver a mamá tan fuera de sí, le gritaba a todas horas con esos gritos sin volumen a los que acabé por acostumbrarme si quería ser ella también una pelona como Matilde, si quería dejar huérfana a Sagarito, rematar a su madre la pobre, con un yerno muerto y un hijo en el frente, que nos estaba exponiendo a todos y que él ya no podía hacer más.

Yo andaba muerta de miedo por ambos, por su palidez compartida, sus disputas, por los ruidos nocturnos, por el rumor sordo de la calle, sin entender casi nada. Lo único que entendí era que mi tío se tenía que ir de mi casa cuanto antes: no solo su vida, las nuestras también corrían peligro.

Tenía que irse de España, de su guerra civil, de las delaciones y las venganzas. Debía irse a Gibraltar, y después, lloraba mamá, Dios diría.

Dios aquí no tiene nada que decir. Papá insistía con vehemencia en que mi tío se tendría que ir también de Gibraltar, que el peñón debía ser solo un primer paso, que estaba lleno de espías, que se tenía que ir muy lejos por su bien y sobre todo por el nuestro.

Cuando acabara la guerra y las cosas hubieran cambiado, ya regresaría. Pero eso lo sabes hasta tú con lo joven que eres, las cosas cambiaron poco, Franco vino para

quedarse y mi tío Enrique el Bello no regresó a su pueblo jamás.

13

Había una vez un barquito chiquitito que no sabí-bí-bía navegar, oé, oé...Entonces Dios mandó el castigo: una terri-rrri-rrible tempestad, oé, oé.

Llegaron las lluvias de otoño feroces ese año y con ellas una gotera en el techo del comedor. La gota hacía clac, clac, clac y mamá la miraba romperse en el fondo del cubo de latón con los brazos cruzados sobre el pecho, minutos, horas, días enteros.

La gota latía como el corazón de Enrique el Bello encerrado en la bodega.

El último día de septiembre papá, tras la cena, dio un fuerte golpe en la mesa. A la mañana siguiente entre los dos enrollaron su colchón y plegaron su colcha, la habitación del fondo se fue vaciando cada noche un poco más de libros y papeles, quemados en el fregadero de madrugada; mamá preparó una pequeña maleta marrón con cosas de mi tío y la escondió.

Pasó muchos días cambiando la maleta de sitio, metiendo y sacando ropa recién planchada en ella, tapando su honda preocupación con la plancha caliente y la radio a media voz. Yo husmeaba por las habitaciones en silencio, vigilaba la maleta que descubrí en su alcoba ahora en penumbras en un doblefondo del viejo baúl, bajo las mantas. Hasta que un día ya no la vi.

14

Don Melitón tenía tres gatos, que les hacía bailar en un plato. Y por las noches les daba turrón. ¡Que vivan los gatos de don Melitón!

Craven "A", Virginia cigarettes. Made in London. El del gato negro. El de la lata roja. Ese era el tabaco que fumaba mi tío.

Cigarros de señoritingos, así los llamaba papá; de damisela, cuando andaba más enfadado de la cuenta.

Mi padre tenía una extraña relación con el tabaco. Quizás por andar siempre rodeado de telas o por su peculiar filosofía acerca del valor del humo, volátil y sin sustancia, fumaba poco y cuando lo hacía prefería picadura de liar que traía de Gibraltar. "El águila Imperial" creo que se llamaba y que tenía una ilustración de un águila con las alas abiertas luchando con una serpiente que a mí me gustaba mucho mirar. A veces, esporádicos ideales sin filtro. Aunque aquellos días sí que fumó, y mucho.

Pero el cuñado tiene alma de señorito, sí señor, por muy masón y muy pinturero que sea, alma de señorito, fumando ese tabaco dulzón inglés al que no le quedó más remedio que renunciar en su escondite.

Al señorito le gusta fumar sus cigarritos y mirarse de reojo en el espejo, sí, pero no le cuaja más de un año un trabajo en condiciones. Y ya la discusión con mi madre estaba servida por horas, la discusión y mi fuga a mi cuarto para cambiarle la ropa con furia a Mariquita.

Acabé por echar de menos estas peleas, créeme, eso también me lo regaló la guerra. Significaban que mi tío estaba cerca y en cualquier momento iba a darme un beso con sabor a caramelo de anís.

Es cierto que a mi tío no le duraban mucho tiempo los trabajos: estuvo una temporada de ayudante en el taller del joyero que había en la trasera del patio, poco menos de un

año de mancebo en la farmacia Ruiz que estaba en nuestra misma calle, de escribiente solo unos meses en el arsenal de Gibraltar o llevándole las cuentas al dueño de algunas tiendas importantes de la calle Real, empleos que le conseguía papá hablando con sus clientes, a regañadientes y siempre a instancias de mamá. Y ninguno le cuajaba a Enrique el Bello, resultón como un galán de cine. Masón desde los veinte años. Miembro de la logia Resurrección nº 3.

15

El patio de mi casa es particular. Cuando llueve se moja como los demás.

Mi casa era grande: tenía tres balcones dando a la calle y por dentro una galería acristalada rodeaba un patio interior. No tenía azotea. Salvo la bodega, todas las habitaciones tenían luz.

Era el primer piso de un patio de dos plantas, una construcción típica de mi pueblo que había pertenecido a mi tío abuelo Alfonso, sastre también, el padrino de mi padre que murió muy viejo: en el dintel de la puerta sus siglas A.G. y 1887, el año en el que la casa se construyó. Alrededor del patio de abajo tenía negocio propio un joyero y había un pequeño almacén de harinas, y dando a la calle estaban una zapatería y el taller de sastre de papá.

A mi casa se subía por una escalera con barandilla y escalones de madera y zócalo con rosetones azules y verdes. En la puerta, un llamador de metal dorado con forma de mano que cogía una bola, y en esa mano un anillo. Tiraron nuestra casa hace muchos años y en su lugar levantaron esos pisos tan feos. Pero esa es otra historia y no me quiero desviar.

Enfrente vivía Carmen con las gemelas, que nos tenía alquiladas dos habitaciones y una pequeña cocina. Al poco tiempo de empezar la guerra, mis vecinas, mis esporádicas compañeras de juegos, tuvieron que acompañar cada día a su madre a fregar casas y las escaleras del cuartel. Sus huesudas rodillas adolescentes se enrojecieron y despellejaron, y definitivamente me quedé sola.

Mi casa tenía suelos de madera blanqueados por la lejía y entre dos tablones un poco separados en una esquina del comedor, se podía ver un trozo de la zapatería de abajo: uno de mis pasatiempos en esos tiempos de encierro.

El suelo de mi casa retumbaba con los zapatos, sobre todo con los de papá, y durante esos meses muchas noches me despertaron sus pasos asimétricos. Mamá me dejaba saltar a la comba en el corredor de la galería, y jugar a la rayuela una y mil veces: pintando los números en la madera con un trozo de tiza y retándome a mí misma, mi única compañera de juegos. Después, la lejía otra vez.

Las copas y los platos tintineaban en el aparador cuando yo saltaba y entonces, con el clin clin del cristal, los pajaritos que sabían mi nombre inventado, piaban.

Mi comba, mis canciones de rueda, y el resto silencio. Un silencio sucio, hecho de cuchicheos. Cuánto silencio hubo por aquel tiempo en mi casa de hija única, mi casa más que cuadrada circular, cerrada sobre sí misma, sin escapatoria, sin un patio ni una azotea y tantos días prohibidos hasta los balcones.

Por la cristalera del patio interior yo vigilaba el vuelo de los vencejos y el de las gaviotas antes de las tormentas, las formas grotescas de las nubes, contaba las poquísimas visitas que le hacían al joyero. Pintaba con el dedo paisajes en el vaho del cristal los días de lluvia.

No tuve escuela en mucho tiempo. Qué distinta fue mi infancia a la de otros niños, la vida de mi pequeña familia a la de otras familias de La Línea durante la guerra civil. La mayoría de la gente del pueblo vivía por aquel entonces en abigarrados patios de vecinos en los que compartían miserias, pero sobre todo las penas y las alegrías.

Nosotros en cambio vivimos nuestra guerra enclaustrados por voluntad propia, sobre todo al principio, meses, incluso años de soledad y de silencio. Nuestras alegrías y sobre todo nuestras penas, también pisaban el suelo blanqueado de lejía. Como nosotros, dando vueltas concéntricas a la galería, ensimismadas.

16

Chocolate, molinillo, corre, corre, que te pillo.

Los frentistas destacados que pudieron se marcharon a Gibraltar el mismo 18 de julio y los que no, lo intentaron más tarde o empezaron a caer muertos a las puertas del cementerio, fusilados, tras verse obligados a cavar su tumba. De los primeros que cayó, el alcalde.

A algunos presos de aquí los llevaron a la tapia del cementerio de San Roque, no sé por qué se tomaron esta molestia de trasladarlos, y allí los mataban de madrugada. La gente que vivía cerca sabía cuántos caían cada noche porque contaban los tiros de gracia.

También hubo fusilamientos cerca de la frontera. En La Línea duró mucho la represión, muchos meses después de julio seguían los disparos, murieron cientos, miles de personas, ni se sabe.

Aquí la guerra apenas si fue guerra, pues no hubo frente. Los nacionales tomaron el poder el 19 de julio. Apenas si hubo guerra pero hubo muchos muertos, mucha represalia y mucho miedo.

Del miedo no puedes esperar nunca un buen consejo, Aurora. Y en mi familia hubo miedo a borbotones. El miedo tiene mucho de irracional, no le preguntes sus razones, porque no te las va a contestar del modo que tú quisieras que te respondiera.

Mi padre ayudó a mi tío a escapar pero puso una única condición a esa ayuda, una única y enorme condición, acogotado por el miedo: no intentes ponerte en contacto con nosotros de ninguna manera. Que no nos lleguen cartas con tu letra, que no tengamos datos tuyos ni sepamos dónde vives. Que tu hermana no tenga la tentación de contactar contigo y eso nos delate. Que Sagrarito no sufra más riesgos por tu culpa. Por tu culpa.

Me imagino que esta última frase selló el corazón de mi tío con un lacre que el tiempo no logró romper. Y cumplió ese mandato con extraordinaria fidelidad, segurísimo que a su pesar y sin duda con el nuestro.

Mi tío se fue me imagino que esperando volver en cuanto acabara la guerra. Pero aunque la guerra acabó un día, sus efectos no se borraron en muchos años; los vencedores, vaya si vencieron y los malditos, malditos quedaron por muchos años. Y peor suerte corrieron los muertos, los muertos de ambos bandos porque ellos nunca regresaron.

Mi tío Enrique se mantuvo para siempre en un estado raro, fue una de las víctimas de la guerra en las que nadie parece haber pensado mucho: ni muerto, ni vivo, ni exiliado con paradero conocido. Un fantasma de él mismo, sin épica ninguna.

A él las circunstancias lo expulsaron al vacío, a un limbo raro. Lo desaparecieron, Aurorita, aunque eso sé que no está bien dicho. Desaparecerte, por obligación de no se sabe quién, por mandato de alguien indeterminado pero inflexible, es un verbo que la Real Academia debería reconocer, pues es la triste realidad que le ha tocado vivir a muchos españoles, entre ellos a mi tío.

¡Y qué pena tan grande trae el no saber!

17

Yo no soy bonita ni lo quiero ser. ¡Arriba la barca! Uno dos y tres.

La suerte que corrieron los dos guapos de mi familia, ese desamparo que marcó a los Bello, no hay barquero que lo quiera en pago. Mi tío, perdido para siempre, y mi madre tan perdida como él, a veces hasta más. Tener unos ojos tan hermosos para no poder verse...los ojos verdes de Enrique, los de Amparito, del color de las almendras tostadas. Pero ojos de Dolorosa, con esa mirada ya para siempre cargada de desgarró y de ausencia.

Aurorita, eso que te dije antes, yo no se lo he dicho nunca a nadie y hasta me da apuro el pensarlo, pero yo creo que mi madre quiso a mi tío como no quiso a su marido, y eso a mí me dolía. Huérfanos desde muy jóvenes y sin parientes cercanos, amó a su hermano pequeño con el amor solícito de una madre y aún más. Papá en cambio la quiso a ella con locura, créetelo. Con locura y toda la cordura que a veces a ella le faltaba.

Esto y otras cosas muchas cosas las he comprendido mucho después, ese inmoderado amor de mamá, los celos de papá. Lo he comprendido aunque fuera tarde, si es verdad que se puede conocer en profundidad el corazón de alguien. Ya bastante difícil es conocer bien el propio.

18

Antón, Antón, Antón Pirulero, cada cuál que atienda su juego, y el que no lo atienda, pagará una prenda.

Algunas mañanas de ese octubre del 36, antes de abrir la puerta de la sastrería, pues debes saber que los falangistas obligaron a abrir las tiendas y a recuperar la normalidad de la vida diaria unos días después del alzamiento, papá salía de casa antes de que amaneciera. Casi jugándose la vida y te diría que sin el casi, fue a ciertas casas, a trastiendas que mamá y yo nunca llegamos a saber dónde estaban, buscando entre las redes clandestinas masonas que por esos días funcionaron por el pueblo, ayuda de los hermanos de Enrique para que este pasara a Gibraltar.

Sería mi propio tío el que dio las claves necesarias a mi padre, no sé, pues papá no quiso dar muchos detalles a mi madre; quiso mantenerla en lo posible al margen de estos movimientos.

A pesar de ello, esas mañanas mamá también se levantaba antes de la aurora, y se sentaba en la mecedora con la bata a medio cerrar, las manos juntas y los ojos cerrados, y así me la encontraba cuando me levantaba yo, petrificada y lívida, como la estatua de una santa. Yo le daba muchos besos, asustada, y a veces hasta preparaba el café de pucherete que me salía muy aguado y muy malo. Se lo llevaba al sillón y lo colocaba entre sus manos inertes para darles calor.

Papá nos dijo un día, se lo dijo a mamá pero yo estaba allí, en el comedor, que no había habido suerte con estos tratos, no, y eso que por lo visto consiguieron pasar a muchos, a veces con ayuda de las logias gibraltareñas que se implicaron con valentía en este humanitario tráfico. Pero con nosotros no hubo suerte, era mucho el riesgo.

Fueron días muy malos esos de principio de otoño, se oyó que iban a fusilar a algunos masones presos en San Roque, aunque al final y gracias a Dios, la mayoría de estos se salvaron. Pero en general, la mayor parte de las abundantes logias de la zona quedaron desmembradas y murieron muchos masones.

Fusilaron por aquellos días también a don Juanito, no sé si te suena, el médico de mi familia que me trató los bronquios de chiquitita, un doctor muy simpático y que siempre me daba un par de caramelos cuando nos veía por la calle. Era muy querido, fue una conmoción en el pueblo.

Cada día los guardias civiles mataban a algunos de los que intentaban cruzar corriendo la frontera, desesperados, o hasta a nado, y hacían patrullas por las carreteras de alrededor del pueblo vigilando las playas, disparando a los que huían en barcas. Muchos consiguieron cruzar así la frontera y otros muchos, pobrecillos, no lo llegaron a conseguir pues fueron abatidos cuando corrían.

Se hablaba en susurros de pescadores que arriesgaban su vida cada noche para pasar gente al Gibraltar neutral. Aunque eso de neutral habría que estudiarlo con detenimiento, porque la actitud de Gran Bretaña fue muy hipócrita, cuando no descaradamente hostil al gobierno de la república, un gobierno de rojos que no les gustaba ni medio pelo a los ingleses, créeme.

Pero no solo hubo gente que ayudó, también hubo gente que hizo negocios con este tránsito de personas, sobre todo algunos comerciantes llanitos, y a los que poco les duró la dicha, ya que después muchos se empobrecieron de repente durante la Segunda Guerra Mundial, cuando fueron ellos los que tuvieron que exiliarse a la fuerza. Pero esa es otra historia.

19

Yo tenía diez perritos...y de los dos que me quedaban, uno se volvió un tuno, no me queda más que uno. ...Y el que me quedaba, un día se fue al campo, y ya no me queda ninguno.

Mucha gente pasó al Gibraltar inglés huyendo de nuestra guerra, muchos miles españoles, sobre todo linenses y otros campogibaltareños.

Allí se refugiaron donde pudieron, por lo visto hasta en las cuevas del monte o en barracas de latas, hacinados. Algunos llegaron a estar allí años, trabajando en lo que podían, malviviendo. Se montó un campo de refugiados con tiendas de campaña a la entrada, a los mismos pies del Peñón; los que pudieron alquilaron casas o habitaciones o vivieron en casas de parientes. Los más ricos ocuparon los hoteles. Muchos de los que escaparon los primeros días, regresaron cuando vieron que a este lado de la frontera la situación se había tranquilizado y a muchos de ellos los fusilaron no más regresar. Fue terrible.

El gobierno inglés facilitó la salida de muchos acogidos en barcos que fletaron a Tánger o a Lisboa. No sé si por solidaridad o más bien porque Gibraltar estaba literalmente colapsado con tantos refugiados y había que desembarazarse de ellos.

Mi tío Enrique cruzó la frontera por aquellos días de otoño y acto seguido mi madre enfermó, un caso práctico de la ley de causa y efecto. Una oscura tarde de noviembre ya no encontré su maleta por más que busqué. No me preguntes cómo y cuándo ocurrió porque no lo sé.

Mamá estuvo más de un mes en la cama, no quería médico que no fuera don Juanito, al que acababan de matar. Apenas si comió ese mes, apenas si habló unas palabras. Solo bebía a pequeños sorbos los caldos acuosos que la abuela le preparó; mirando al techo, me acariciaba la cara prometiéndome que pronto se iba a curar, pero que ahora la dejara dormir un ratito más.

Supimos algún tiempo después que tito había pasado por la playa de levante en una pequeña barca que pagó papá como si fuera un pasaje en primera y que en Gibraltar se hospedó en casa de Simón Sicluna. Que un amigo de un amigo de este le consiguió plaza en un barco maltés que nunca llegó a Gibraltar, bien porque el puerto estaba cerrado esos días, bien porque las autoridades británicas impedían el paso a los que no tenían ciertos papeles, o bien porque el barco fue literalmente una invención, qué sé yo, pero una invención que se llevó el resto del dinero que papá le había dado a mi tío. Lo más seguro es que se fuera al extranjero a través de la zona internacional de

Tánger en un barco fletado por Gran Bretaña, pero eso Simón no nos lo pudo confirmar con certeza algún tiempo después, cuando mi padre lo volvió a ver. Papá también nos dijo que lo había encontrado bastante más delgado, muy envejecido.

20

Al jardín de la alegría quiere mi madre que vaya...

Pasaron muchos meses, meses en los que la casa intentó recuperar su rutina sin conseguirlo, meses taciturnos, de clausura y sopor. Yo andaba con los ojos y las orejas en carne viva, pendiente siempre de las conversaciones de los mayores, pescando palabras de aquí y de allá y sacando mis propias conclusiones.

Los días pasaban lentos, espesos, yo me entretenía como podía, pero sobre todo me aburría horrores, a veces me enrocada en mi nombre más severo, otras andaba cantarina y juguetona, como le correspondían a los nueve años cortos que tenía.

Mamá se recuperó de su enfermedad pero dejó de oír la radio, dejó de coser, dejó de sonreír.

Papá contra todo pronóstico tuvo de pronto mucho trabajo, pues a los gerifaltes falangistas les gustaba vestir bien cuando iban de paisano y también a los jóvenes de la CEDA, con oscuros ternos de estreno acordes con su nueva condición, pese a la guerra y sus rigores.

Después la cosa se estabilizó, pero aquellos primeros meses pasaba muchas horas en la sastrería y subía muy tarde a casa, sus pasos desperejados y lentos por la escalera de madera para encontrar tapada con un plato la cena fría, con los ojos rojos, siempre su primera mirada de reojo para su sombría mujer, su apática y desolada Amparo. Su Amparo que no lo miraba, que solo tenía algún consuelo en peinarme con el cepillo de plata de su boda y en observar el viaje de las nubes al capricho de los vientos, tras la ventana.

21

Dónde están las llaves matarile, ríle, ríle, dónde están las llaves matarile, ríle, ron, chimpón.

El ocho de mayo de 1937 a las ocho y cuarto de la mañana, mi padre encontró un paquete en la puerta de casa, pequeño, bien envuelto en un tosco papel encerado, atado con una cuerdecita de cáñamo y sin nombre.

¿Quién pudo haberlo dejado allí, si la puerta de abajo, la de la calle, seguía cerrada con llave? Alguien que por supuesto también tenía esa llave.

Llevó el paquete con cierta cautela al comedor y allí lo abrió despacio, desplegando con cuidado el papel, ante mi atenta mirada sin palabras y en ausencia de mamá.

En él había una cajita metálica plana y roja: una caja de Craven "A", los cigarrillos del gato negro con ojos y bigotes blancos que fumaba mi tío. También había, plegados sobre sí mismos, una ristra de cromos de muñecas vestidas con vivos colores, y envuelta en un trozo de papel de seda una medalla. Una medalla de estaño, pequeña y ruda en la que a duras penas se distinguían el manto y la corona de la Virgen de los Desamparados. Ni una letra, ni un sello, ninguna señal.

Cuando mamá llegó al comedor con la bandeja del café, papá la vio mirar con ojos desorbitados el paquete abierto. Sus ojos de almendra abiertos como si hasta ese momento hubiera sido ciega y de pronto descubriera el mundo con sus colores y sus formas y no lo comprendiera.

Posó despacio la bandeja en la mesa y después cogió la caja de cigarrillos y la abrazó,

y lloró lágrimas lentas y redondas sobre el rojo reluciente del metal. Me acuerdo como si hubiera pasado esta mañana. Era el día de su santo, y mamá no pudo tener un regalo más deseado pero a la vez más triste.

Papá intentó desentrañar el misterio de la puerta de la calle y el paquete y halló una propuesta verosímil. Solo había dos llaves, la suya y la de tito, ni mi madre ni Carmen la vecina la tuvieron jamás y la suya de seguro que cerró bien la puerta aquella noche como todas las noches, y más aún en aquellos días de violencia sorda y terror.

Se ve que antes de marchar o incluso después de haberse marchado no sabemos dónde, mi tío Enrique hizo llegar su llave del portal a alguien, probablemente a alguno de aquellos extraños hermanos de los que a veces nos hablaba en la cena, de alguna manera que no sabemos le envió a este el paquete y le indicó que tal día a tal hora de la madrugada, con sigilo, lo llevara a casa de su familia, y lo dejara delante de la puerta en un rinconcito, posado en el suelo.

22

La gallina busca el maíz y el trigo, les da de comer, les presta el abrigo.

Mis padres barajaron varios nombres de compañeros de mi tío, aunque la mayoría había huido o estaba en el frente o había muerto fusilado los primeros días del alzamiento, aquí mataron a muchos masones. Decidieron que el que trajo el paquete, lo más seguro es que fuera ese tal Vélez o Tréllez, no recuerdo bien el apellido, el camarero del café Modelo. Ese hombre verdoso y con los ojos saltones que miraba cada uno en una dirección, ese que sabíamos que también había sido miembro de la logia Resurrección nº 3, y que seguro que amparándose en su condición camaleónica, se camufló como pudo durante la guerra pero que nunca dejó su trabajo.

El mismo hombre que agachaba ceremonioso la cabeza cuando mi madre pasaba por la puerta del bar agarrada del brazo de papá todos los domingos después de la misa en la Inmaculada, pero con el que jamás cruzamos ni una sola palabra.

A partir de ese día entró algo de alegría en la casa, poca y rara pero alguna entró, mi madre plantó azucenas en las macetas de mi balcón, volvió a coser en el cuarto de mi tío donde organizó su plancha, sus revistas de moda y su máquina singer, y volvió a cantar bajito alguna tarde; pero seguía mirando las nubes a través de su ventana volar por horas y horas sin acordarse de que existíamos, ausente.

23

Adiós, adiós, adiós, adiós, el viento llevará la despedida, adiós, hasta que nos volvamos a encontrar.

Así pasó nuestra guerra. Tú dirás que menuda suerte a pesar de todo, y no diré que no tienes parte de razón visto lo que pasó en otros lados. Pero nuestro dolor fue nuestro y fue real y amargo y marcó nuestro presente y gran parte de nuestro futuro, también el mío, aunque yo era solo una niña.

Vinieron otros 8 de mayo, y cada año nos llegó puntual una nueva lata de cigarrillos ingleses que papá fumaba despacio, un par por día, sentado en su mecedora. Sus veinte cigarrillos Craven "A" que exhalaban un humo azulón que mamá aspiraba con los ojos cerrados, sentada junto a él, con una sonrisa entristecida.

En el paquete siempre vinieron más cromos o recortables que las niñas de entonces llamábamos "mariquitinas" con unas ropitas de papel preciosas, y pequeñas revistas para señoritas cuando ya fui algo mayor, revistas en inglés que nunca supimos si llegaban de Gran Bretaña, Australia, Canadá o vaya usted a saber de dónde.

Nunca nos llegó una letra suya, nunca supimos dónde y cómo estaba, pues a nuestra casa el paquete siempre llegó desnudo, sin matasellos, sin datos y ni siquiera nuestra dirección.

Desde aquel día mi madre y yo hablábamos bajito de Enrique cuando papá no estaba; mamá me decía que seguro que tito se había casado con una mujer que a veces era muy rubia y otras morena, que seguro que se había hecho joyero, que para eso sí que tenía mano, que tendría hijos tan guapos como él, mis primos inventados a los que llegamos a poner hasta nombre y que nunca se hicieron corpóreos.

Las medallas que mandaba para mi madre cada vez eran más bonitas, mejor trabajadas de año en año la corona con sus estrellitas y el manto. Algunas fueron de plata, las tres últimas de oro.

24

A estirar, a estirar, que el demonio va a pasar. A encoger, a encoger, que el demonio ya se fue.

Enrique el Bello cumplió escrupulosamente su parte del contrato, y no obstante se las apañó para mandarnos su prueba de vida durante muchos años.

Un domingo de muchos años después, de 1958 para ser exactos, no vimos en la puerta al viejo camarero del Modelo. La verdad es que últimamente tenía muy mala cara el hombre, un aspecto más enfermizo de la cuenta, aunque siempre tuvo un color verdoso. Ese año no tuvimos paquete ni lo volvimos a tener nunca más.

No sabemos qué fue del tío Enrique.

Mamá enfermó del corazón a finales del año siguiente y se apagó suave y despacio como el último rescoldo de un fuego que nunca brilló demasiado.

Murió con 53 años, unos meses antes de que naciera tu madre y seguía siendo muy guapa.

El bisabuelo Alfonso sí llegó a conocer a todos sus niñas, murió muy mayor. ¡Parece que eso también lo estoy heredando yo de los Gómez! Os hacía vestiditos para los muñecos pero le quedaban muy feos al pobre, cómo nos reíamos ¿te acuerdas? No, lo suyo era la sastrería de caballeros.

Yo ya sabes, estudié magisterio, me gustó mucho leer y cantar mis coplillas, trabajé toda mi vida en el mismo colegio, frente al mar y me jubilé hace ya un porrón de años.

Me casé jovencita, tuve tres hijas y ahora tengo ocho nietas, todas mujeres, hay que ver la casualidad, y hasta un par de bisnietos. A veces hay mucho jaleo en mi casa, hija, demasiado. Una venganza de la vida por tanto silencio y tanta ausencia como tuve en mi infancia.

De estos temas hablé poco con tu madre y tus tías, poco también con tu abuelo, y ahora has venido tú pidiendo que te cuente cosas de hace tantos años para un trabajo de la facultad, mi nieta más pequeña. La tercera Aurora de la familia.

Las cajitas rojas del gato negro las guardo todas, aunque algunas están algo roñosas. En esas tengo metidos los cromos viejos, pocos, los más bonitos, aunque ahora anden descoloridos. La mayoría se los di a mis hijas cuando eran chiquititas para que jugaran y aunque fuera sin saberlo, quisieran a su tío Enrique.

En las cajas más lustrosas tengo metidas todas las medallas entre algodones. Hay una buena colección de medallitas de la Virgen de los Desamparados, ya vas a ver, esa Virgen que lleva en brazos a su hijo. Pegado a su corazón, amparándolo, como llevó tu bisabuela Amparo siempre a su hermano, junto a su corazón colgado de una cadenita. Son preciosas. Están en el segundo cajón de la cómoda, ve a verlas cuando quieras y quédate con alguna.

CHATO EL FURTIVO

RAFAEL TÉLLEZ

Por el ejército de Andalucía han sido ocupados en Málaga: Jimera de Libar, Gaucín, Algatocín y Cortes de la Frontera. En Jimera se han cogido 50 caballos, armamento variado, un depósito de víveres y 12 cadáveres. En Gaucín se han hecho algunas bajas y cogido víveres y prisioneros, la aviación dejó caer algunas bombas, una de las cuales cayó en la casa donde estaba reunido el Comité de Defensa Rojo...

29 de septiembre de 1936. Parte de Guerra de Queipo de Llano en Unión Radio.

Don José Antonio era un hombre raro, maestro de escuela, un hombre de letras, bueno y pobre, pero tuvo que salir fascista. Un fascista que nunca le hizo mal a nadie, cosa que tampoco se entiende mucho, creo que era fascista más que nada por lo religioso, que siempre defendió a la fe y a los curas. A pesar de lo fascista, le tengo por amigo, siempre se ha portado bien con nosotros, los niños lo quieren mucho, es un buen maestro y nunca les ha pegado, por eso no me gustó cuando le dieron la paliza y me metí por medio, que una cosa es lo que piense una persona y otra es como sea de verdad. Y menos mal que me metí y los paré, que hasta le habían abierto la cabeza. Le metí una hostia a uno y los demás se quedaron fríos. A mí me respetan mucho, saben que soy rojo como el que más y que cuando subimos al cura a Ronda para tirarlo desde arriba del Tajo, yo iba de los primeros. Pero una cosa es una cosa y otra es pegarle a un pobre hombre que no tiene culpa de nada.

Las cosas van muy rápido, los fascistas están entrando a saco desde el Estrecho y los falangistas y requetés se están organizando por los campos y matando a todo el que pillan, pero aquí, en la sierra, mandamos nosotros. Hemos quemado a los santos en la plaza del pueblo: qué bien ardía la madera vieja. Cuando se acabaron los santos quemamos los bancos de la Iglesia, hasta una Virgen que se iban turnando las vecinas y cada año la cuidaba alguna en su casa acabó en el fuego: fue mi tía Anselma quién la tiró, le tocaba a ella tenerla y cuando se acordó, fue a su casa y la trajo. La tiró al fuego gritando: “¡Y tú también por alcahuetona!”. Cosas de la tía Anselma, estaba un poquito borracha, ¡lo que nos pudimos reír aquél día! Después metimos a las vacas de los señoritos en la iglesia, cada día matábamos una y repartíamos la carne para el pueblo, como debe de ser.

Ahora voy camino del calabozo, a recoger a don José Antonio, el maestro. El miliciano de la puerta eleva su puño al verme.

—¡Salud camarada!

—¡Salud! —respondo cerrando mi puño.

La puerta se abre y sacan al maestro, tiene la cabeza envuelta en una venda, con costrones de sangre. Anda despacio, con los ojos casi cerrados porque le duele la luz del sol. Le ofrezco mi brazo para que se agarre, y él me lo agarra, así tiro calle abajo, con el maestro de un brazo y la escopeta del otro. Me dejan hacerlo solo, confían en mí, saben que soy buen tirador. El maestro parece como si fuera creciendo poco a poco, con cada paso que da por la calle, parece que incluso le cambia el color.

—¡Qué bien me viene este paseo!, estar tan encogido y tan frío allí dentro me está matando.

—Bueno, ya verá usted, esto acabará pronto y cuando estén bien las cosas, volverá usted a la escuela.

—Esto no se acaba, esto está empezando, ¿no te das cuenta? y con el odio que hay por todos lados la cosa va para largo. Que nadie mira por ayudar al otro, todo el mundo va sólo a hacer daño. —Había elevado la voz y eso le hizo toser, nos paramos un momentito y yo le golpeé en la espalda, el maestro se serenó, volvió a coger mi brazo y continuamos caminando—. Bueno, todos no, tú estás siendo bueno conmigo.

—¡Qué va!, no es nada, para mí también es un paseo.

—No disimules, que sé que te la juegas por mí. Me han dicho los milicianos que tú eres mi garantía, y que si yo me escapo o pasa algo, a ti te fusilan, por muy rojo que seas.

—Eso son chulerías de ellos, tú sabes, igual que yo, que no te vas a escapar y también sabes que no te voy a dejar ahí, sufriendo y con la brecha en la cabeza sin que te la curen.

Llegamos a la casa del médico, era republicano, y desde que se alzaran los golpistas se había movilizado con nosotros. Era hombre de paz, y su mejor servicio era seguir con la asistencia médica. En el zaguán de su casa había un corrillo de mujeres con sus chiquillos, que estaban malos. Esperaban turno, pero nosotros pasamos para adentro,

yo era miliciano y trasladaba un prisionero, además era un hombre, tenía preferencia. Dentro, el doctor procedió, como cada día, a retirar el vendaje. Sentí una punzada en la nariz, le estaba echando alcohol para intentar facilitar las cosas y despegar la venda. El maestro miraba al suelo no queriendo molestar con sus quejidos.

—¿Te duele?

—Sí, mucho.

—Eso es bueno, si no te doliera sería mala señal. —Pellizcó los carrillos del maestro y le acercó una cerilla encendida a los ojos—. Bien, la herida está cerrando, poquito a poco, y lo bueno es que tus reflejos siguen respondiendo. Ten un poco de paciencia.

—Paciencia, eso nos vendría bien a todos.

—Sí, claro, pero me refiero al dolor. Además de la herida ¿te sigue doliendo la cabeza?

—Sí, es como una punzada pero desde dentro, y los ojos también me duelen cuando miro la claridad, en eso es lo único que me alegro de estar encerrado, que allí hay poca luz. Y luego está el dolor del alma. ¿Cómo hemos podido permitir que pasara esto?

—Amigo mío, y sabes bien que lo somos, en este país reina la barbarie, ya lo comentábamos en el casino aquellas tardes, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, cuando los pocos, muy pocos, que siendo de las derechas o de las izquierdas podíamos discutir sin llegar nunca a las manos. Pero eso ya no volverá, los salvajes de los dos bandos se han hecho con las armas. —Me miró de reojo—. ¡Tú no Alonso!, sabes que no hablo de ti.

—Tranquilo maestro, entiendo lo que usted habla.

El médico me miró y arqueó una ceja.

—¿Hay noticias del frente, Alonso?

—Pocas, pero hay rumores, están desembarcando más tropas por el Estrecho, con oficiales africanistas, gente sin piedad, al mando de legionarios y regulares moros que vienen arrasando, cortándole las orejas a los prisioneros y destrozando a las muchachas.

—Una estrategia para sembrar el terror —me interrumpió el médico, yo miré de reojo al maestro, él había bajado la cabeza, como no queriéndose meter en la conversación, continué.

—Dicen que se están organizando para tomar Ronda, pero la tenemos bien guarnecida, puede que no pasen de ahí.

—Pasarán, ya lo he dicho: la barbarie se impone, es cuestión de días, o de horas.

—No creo, ¡podemos resistir!, y seguro que el gobierno se está organizando contra los golpistas.

—Eso ya lo veremos, bueno, ¡esto ya está! —Había acabado de colocar el nuevo vendaje—. A cuidarse.

—Gracias, Alberto, mañana vengo otra vez, ¿cuánto tardará en curarse?

—Va para largo, tendrás que venir unas pocas semanas más... aunque quizá, para entonces, ya no estemos por aquí.

Y gran razón tenía, a los diez días tuvimos que echarnos al monte. El jaleo empezó un día cualquiera, yo fui a llevar al maestro a donde el médico y no nos pudo atender, había llegado un camión con heridos. Había unos pocos con muy mala pinta, uno se agarraba las tripas, que las tenía fuera, y a otro le habían hecho un torniquete en el muñón de una pierna, que seguía sangrando. El médico me habló con el aliento entrecortado.

—Han llegado, ya están en Ronda, ha habido un bombardeo y después la han tomado luchando contra las barricadas calle a calle. Muchos se han dispersado por todos los pueblos, no pudieron hacer nada, es cuestión de días que vengan aquí, tomarán toda la sierra y despejarán la vía del tren, entonces irán a por Málaga.

—¡Qué va!, en la sierra somos fuertes y de Málaga ni hablemos, allí está todo organizado por el gobierno, se defenderán bien.

Y tuvo razón, nos creíamos fuertes, pero en diez días estaban tomando la estación, que estaba junto al río, tirando un trecho para abajo desde el pueblo. Yo en ese momento estaba de guardia en el calabozo, el Tarugo vino hacia mí con una pistola en la mano.

—¡Ya vienen los fascistas! ¡Vamos a matar a esta gente y nos vamos!

—¡De eso nada, Tarugo!

El Tarugo me apuntó a la cara.

—Quítate de en medio, si tú no quieres, ¡ya lo hago yo!

—No me quito, Tarugo, vámonos al monte.

—¡Son fascistas!, ¡ellos están haciendo lo mismo!, ¡en Ronda una matanza!

—Estos de aquí dentro no son nada Tarugo, lo sabes bien, a los que tenían culpas bien que los ajusticiamos, ¡tú lo sabes mejor que nadie!

Los ojos del Tarugo ardían, como la choza donde él y sus hermanos habían metido a los señoritos de Valdemar, antes de pegarles fuego. Mucha gente se las tenía jurada a los Valdemar, pero el Tarugo y sus hermanos más que nadie. Los habían tenido vallando una finca más de un mes, y cuando fueron a cobrarles no les pagaron, cogieron las escopetas y los echaron de allí a tiros. Después los acusaron ante la Guardia Civil de haber robado. Los tuvieron en el cuartelillo, dos días a base de palos. Desde entonces, el Tarugo y los suyos no habían vuelto a reclamar la deuda, pero aquella noche, en la choza, se las pagaron todas juntas.

Escuchamos llegar unos camiones pegando tiros, además, abajo en la estación, un tren entero había llegado, disparando con una ametralladora y desembarcando tropas.

—¡Venga Tarugo! ¡Vámonos al monte!

Y así nos fuimos, sin despedirnos. A la mujer y los chiquillos los dejé atrás, no había manera, me hubieran matado, y yo era más útil en el monte. El Tarugo y yo nos manejábamos bien, siempre habíamos hecho vida del furtiveo y nos sabíamos los caminos del monte y dónde cazar, además también estaba lo del tabaco, pero eso estaba ahora parado. Con el principio de la guerra, las cosas con Gibraltar habían cambiado.

Nos reagrupamos unos pocos en el monte, siete u ocho y un hermano del Tarugo, al otro lo habían matado en el tiroteo de la estación. El Tarugo no derramó lágrimas cuando se enteró, pero sus ojos se inyectaron de sangre más de lo habitual. Alberto, el médico, no venía, lo habían cogido preso, después de la guerra me enteré que lo habían matado por masón. Tenía muchos libros en su casa y lo culparon de cuando el incendio que hubo en un pueblo de al lado, en la iglesia de Benaoján, porque dicen que en aquel pueblo había hasta una logia de masones, pero yo estoy seguro que Alberto no quemó nada. Él siempre decía que enfrentar a la gente por la religión era mala cosa. Fue una pena que mataran a ese buen médico, pero eso fue después de lo que estoy contando ahora. Eso, ¡que tuvimos que echarnos al monte! y así estuvimos tres meses, por la sierra en lo peor del invierno. Nos reunimos con otras partidas y dimos todo el por culo que pudimos contra la vía del tren, pero poco pudimos hacer, la vía seguía funcionando y cada vez había más tropas, pasaron por allí regulares moros y fascistas italianos. Los pueblos de la sierra fueron cayendo poco a poco y al final acabamos en Cartajima, donde había una partida muy fuerte, al mando de Pedro López, el alcalde de Montejaque. También vinieron otros grupos, unos zagales de Juventudes Socialistas y otros del Partido Comunista. Aguantamos tres días, hasta que nos replegamos al puerto del Madroño, algunos se querían quedar allí y hacer frente al enemigo, pero el Tarugo y yo lo veíamos inútil. Además, Pedro López, el jefe de más peso, nos tenía muy mal mirados, decía que el Tarugo y su hermano no eran trigo limpio, en los pocos días que estuvimos con sus milicianos ya se habían metido en broncas. Así que fui a hablar con López y nos separamos, con otros pocos tiramos para el norte, intentando trazar una vía de comunicación a través de la sierra.

Las pasamos canutas en el monte, menos mal que yo me sabía de unas cuevas donde podíamos dormir, pero todos esos días estuvimos sin poder hacer fuego para calentarnos.

Una noche de luna llena iba yo en cabeza, siempre nos turnábamos el Tarugo y yo, que éramos los que más sabíamos, el resto ya venían detrás para que no hicieran ruido ni metieran la pata. Entonces noté un roce en la pantorrilla y sonaron unas latas. Era una alerta de centinela, escuché una voz, medio adormilada.

—¿Quién anda ahí?

Sin pararme a pensarlo contesté, como desganado.

—¡Ná!, soy yo, que voy a mear.

—Bueno.

Busqué de donde venía la voz, no escuché nada más, me fui acercando despacio, era un hombre muy delgado, estaba sentado en el suelo, tenía recostada la espalda en un árbol gordo, con el Mauser tieso, abrazado entre las piernas de alambre. No tenía ni media hostia. La luz de la luna me permitió distinguir su uniforme, era un fascista. Saqué mi navaja y me acerqué por detrás, dando un rodeo, se había adormilado otra vez. Me aposté detrás del árbol, con una mano tapé su boca y con la otra corté su garganta, fue cosa de un momento, pero pasó una cosa muy rara, el tío llevaba un cordoncillo al cuello que se quedó enganchado entre mis dedos. Mientras se desangraba, yo le tapaba la boca. No sé porqué, me limpié las manos en su ropa pero me guardé aquel cordoncillo. Después busqué alrededor, eran un grupo pequeño, un total de cinco que dormían en corro, tapados por unas mantas. Volví sobre mis pasos, corté la cuerda de las latas y al momento volví con los demás, caímos sobre ellos y los matamos a todos sin dar un solo tiro. Sus armas y la comida nos vinieron muy bien. Pero yo me sentía mal, había matado gente en esta guerra, pero nunca así, nunca tan a sangre fría. Sabía que estaba bien, que ellos hubieran hecho lo mismo, pero algo me remordía por dentro. Miré el cordoncillo: era un escapulario de la Virgen de la Inmaculada, pensé en que alguien se lo había dado, quizá su madre o su novia, pensando que lo protegerían, pero no le valió de nada. ¿Quién le iba a decir que moriría en pleno sueño?, ahogado con un corte al cuello y una mano tapándole la boca. Aquello no era justo, me pasé el resto de la guerra con ese escapulario al cuello, acordándome de aquel hombre tan canijo y reblanquío, y pensando en la angustia de la mujer que se lo regaló.

También me pasó una cosa buena, medio buena porque fue pecado, no contra la iglesia, que me da lo mismo. Fue un pecado contra mi mujer, pero fui débil y no me pude refrenar.

Se llamaba Paquita, ¡qué bonita era!, jovencita y lista, desde que la encontramos a ella y al grupo con el que huía por el monte, no me pude separar de su lado. Que me perdona mi Teresa, pero fue así, tanto tiempo perdido por los montes, tantos tiros y tantos muertos, me habían hecho sentir muerto. Fue ver a aquella muchacha de ojos grandes, con aquella cara tan fina, esa voz tan clara y esos pechitos que parecían cantaritos de agua fresca y algo volvió a vivir dentro de mí. No sé por qué, pero me pegué a ella y empecé a contarle lo de mi amigo, el maestro facha, y ella se reía solo de pensarlo. No se lo podía creer, ¡un maestro fascista!, sonreía y sus ojos me miraban abiertos de par en par.

—Todos los maestros que conozco son republicanos, la ciencia y la razón conducen a serlo.

—Pues este es fascista, tampoco lo entiendo, pero es un hombre de razón y a la vez piadoso... sufrió mucho cuando quemamos los santos.

—Ay, no me hables de eso, ¡si vieras la que se lió en mi poblado!, y en Isla Mayor, y Almonte... ¡la gente se volvió loca a cuenta de los santos y las cruces! —Su rostro se amargó y miró para abajo un momento echándose las manos a la cara—. ¡Dime algo

bonito!

—Bonito... ¡el monte es bonito!, ahora hace frío y nieva, pero cuando pasa el invierno, empiezan a brotar los tallos y todo se pone de color, y crecen las zarzamoras y en el río la menta, me gustaría dar este paseo contigo en primavera.

—¡Eres un poeta del pueblo! —La luz había vuelto a su carita de manzana.

—Tengo pocas letras, pero me fijo en lo bonito. —Me quedé callado, sintiéndome caer en el profundo pozo de sus ojos.

—¡Mira!, ¡van a acampar allí! —señaló hacia un repecho.

—Sí, ese es un buen sitio, además ya se va a poner el sol. ¿Quieres ver una cosa bonita? ¡Vamos hasta aquel pico y podremos ver el sol metiéndose en el mar.

—¿Sí?... —Ella me miró abriendo aún más los ojos—. ¡Vamos!

Apretamos el paso y no apartamos del grupo, yo sentía el corazón dándome fuerte en el pecho, y no era por la subida. La muchacha se paró un momento sin respiración. Yo me acerqué y me la eché al hombro.

—¿Qué haces bruto?

—Acarrearte hasta arriba. —Pesaba poquito, o a mí me lo parecía—. Si sigues a ese paso y parándote tanto no llegaremos a tiempo.

Subí en un santiamén, con aquella muchacha riéndose, doblada sobre mi hombro, yo la agarraba de las piernas y sentía sus pechos en mi espalda. Estaba ardiendo por dentro.

Llegamos justo a tiempo. Desde allí arriba se veía el monte caer, los campos abajo y muy al fondo, el mar con el sol redondo, que parecía un naranja de fuego. Todo el cielo se estaba poniendo del color del hierro en una fragua. Miré a la muchacha y sus ojos se estaban llenando del naranja vivo del sol. La abracé, nos besamos, caímos al suelo y nos revolcamos, desnudándonos el uno al otro, seguimos revolcándonos, la nieve nos quemaba y los palitos del suelo se nos clavaban, pero nos daba igual, éramos como aquel fuego vivo del cielo. Entonces algo me dejó frío, me quedé clavado en ella y quieto. Había agarrado el cordoncillo de mi cuello.

—¿Qué es esto? —Ella se reía, abrazándome con sus piernas, quería que me siguiera moviendo—. ¿Tú también eres piadoso?

Me levanté y recogí mis pantalones, me los puse, luego la camisa, abrochándola hasta el cuello.

—¿Qué pasa? —la muchacha se había levantado y me tocó, yo la aparté.

—Nada, no es nada, volvamos al campamento, esto no está bien.

—Creí que... —Ella recogía su ropa del suelo y la sacudía— ¿Qué te pasa?, ¿ha sido por lo del escapulario?

—No es eso, no es por la religión, son las personas, esto no está bien, volvamos.

Y bajamos, cada uno por sus pies, en silencio y a la oscurecida, le di a la muchacha mi chaqueta para que se cubriera, empezaba a helar. Al día siguiente los guiamos hasta que su grupo siguió camino de Málaga, nunca me despedí de ella en condiciones y nunca la volví a ver, es lo mejor.

Así seguimos por los montes y un día nos encontramos con el Angelillo, de la familia de los Camponegro, un chiquillo que cuidaba cabras y hacía de enlace de los milicianos. Nos dijo que el pueblo estaba fortificado por los fascistas y que había muchas patrullas. A nuestras mujeres las habían pelado y hecho beber aceite de ricino, después les habían dado latigazos en las piernas con ramas de espinos y las tenían limpiando y haciéndoles la comida. Nos ardía la sangre, yo me moría de remordimientos, pero no había nada que hacer, tuvimos que seguir adelante. Al poco tiempo cayó Málaga, aquello sí que fue una matanza, mataron a la gente que escapaba por la carretera bombardeándolos desde aviones y desde el mar. El sur estaba perdido, así que empezamos a movernos hacia el norte, siempre a lo furtivo, por la noche y sin hacer ruido.

Eso fue lo más destacado, la mayor parte del tiempo lo pasamos escondidos de día y caminando de noche. Así hasta que llegamos al frente de Madrid, justo después de la Batalla del Jarama. En Madrid nos integramos en el Batallón de Voluntarios Españoles con las Brigadas Internacionales. Nos recibieron bien, como nos vieron fogueados y muy puestos en la montaña, al Tarugo y a mí nos hicieron cabos. Allí estuvimos codo a codo con aquella gente que habían venido a luchar contra el fascismo, nos llevamos mejor con los argentinos, porque hablaban español y además eran como nosotros, los americanos eran más serios.

A los pocos días de estar allí, nos llamó Gutiérrez, un comisario político. Ya nos habían avisado los demás, el Comisario había estado haciendo preguntas sobre nosotros, por lo visto le gustó mucho la historia que se contaba del Tarugo quemando a los señoritos, y la de la patrulla que matamos mientras dormían.

Acompañamos a Gutiérrez, serpenteando por la línea de trincheras, hasta llegar a un puesto de mando, un agujero muy bien fortificado. Gutiérrez saludó con el puño en alto, allí nos esperaba un Capitán, que nos hizo señal para que entráramos.

Gutiérrez nos miró y rompió el silencio.

—¿Comunismo o República?

—¿Es lo mismo no?... dije yo. —El Capitán y Gutiérrez se miraron.

—¡Comunismo! —gritó el Tarugo.

Gutiérrez asintió y regaló al Tarugo una sonrisa.

—Esa es la actitud: luchamos por la República, pero sin disciplina no habrá victoria. Sabéis que pertenezco al Komintern, por eso os acompaño, vengo a fiar en vosotros. Creo que sois los mejores para esto. —Se levantó y elevó el puño—. Camarada Capitán, les dejo, son todo suyos.

El Capitán hojeaba unos papeles.

—Bien, todo está dicho... por lo visto sois buenos montañeros, ¿es así?

—De la serranía de Ronda, Camarada Capitán —hablé sosegado, el Tarugo había atendido a mi guiño y me dejaba hablar a mí.

—Eso lo sé. ¿Habéis salido de allí alguna vez?

—Bueno, a los Alcornocales, y de trabajar a jornal en muchos sitios, aparte de furtivo, pero todo de Despeñaperros para abajo.

—¿Entendéis los mapas?

—Sí, eso se nos da bien, no tengo muchas letras, pero con los mapas yo me entiendo.

—En eso no hay quien le gane Capitán —intervino el Tarugo, dando golpecitos sobre el mapa con sus dedos porrudos—, es más listo que el hambre: el Chato tiene fama de eso, ve un mapa o un dibujo donde sea y después se acuerda de todo, aunque no lo tenga delante, se orienta mejor que nadie en el monte. Ir con él es un seguro para no perderse. Mira el sol y las estrellas: no se pierde ni de día ni de noche.

—Eso es lo que quería escuchar, esta noche saldréis a una misión, hasta entonces estaréis aquí conmigo, memorizando este mapa y esperando a Kasparov, un camarada ruso. —El Capitán desplegó por completo el mapa—. Seréis sus guías, además de cuidar de él, tendréis que guiarlo por la sierra hasta este punto.

—¿Hasta la noche esperando?, ojú. —El Tarugo golpeó el suelo dando un zapatazo—. ¿Puedo ir a por mis cosas, camarada Capitán?, así me traigo un aguardiente que merqué ayer y nos damos un lingotazo antes de...

—De ningún modo, ¿no has escuchado bien?, ¡se trata de una orden! Estaréis aquí hasta que esta noche salgáis, en secreto, con Kasparov. No os daré más información, él sabe lo que ha de hacer. —Dio dos golpecitos con su dedo índice sobre un punto en el mapa—. ¿Entendéis?

—Sí, camarada Capitán —tercié yo—, y repetí una frase de mi padre que venía muy bien en esta guerra: “la mejor arma es el silencio”.

El rostro del Capitán pareció distenderse. Miró por encima de nuestros hombros, hacia

la claridad que entraba desde la puerta de aquel agujero fortificado.

—¡Gutiérrez!, ¡camarada Gutiérrez!

Gutiérrez entró, separando la manta que tapaba la entrada y, como siempre protocolario, elevó el puño.

—¡Sí, camarada Capitán!

—Haga el favor de ver donde se pueden conseguir unas botellas de aguardiente, ya lo dijo Lenin: “Sin Vodka no hay Revolución”.

El Comisario Político elevó una de sus cejas y nos escudriñó, no encontró mueca alguna de burla en nuestros labios, dio media vuelta y fue a cumplir, con paso firme, su misión.

—¡Qué listo el camarada Lenin! —comentó el Tarugo.

—¡Nahh!... me lo acabo de inventar. —Ahora en la cara del Capitán se dibujaba una sonrisa—. Así Gutiérrez se tomará más en serio el recado, es lo que tiene que hacer un buen mando en esta guerra: ya que no puedo pagar con dinero, le pago a cada uno dándole la importancia que se merece. Vuestra misión será muy importante, ya lo veréis.

A la caída de la tarde nos presentaron a Kasparov, el ruso. Era un tío alto, de pelo rubio casi blanco, y ojos azules muy fríos, como de perro lobo, esos ojos resaltaban en su cara, que antes sería blanca, pero ahora estaba enrojecida por el sol. Por sus hechuras podría haber sido un tío fuerte, pero como se movía tanto, que parecía que tenía azogue, eso le daba aspecto de encanijado, a pesar de ser grande como un trinquete. Traía tres patatas enormes, nos advirtió que nada de fumar ni hacer fuego cerca, porque “volarremoss por los airress”. Así era como hablaba el ruso, a lo mejor estoy exagerando, porque se defendía muy bien en español, mucho mejor que cualquiera de los americanos, pero tenía ese acento raro de decir fuerte las erres y de silbar con las eses. Además, siempre se aseguraba de que lo entendiéramos preguntando “¿sí?, ¿sí?”... estaba obsesionado con el control y con mantener la misión a rajatabla. Nos lo explicó en pocas palabras.

—Tenéis que llevarme a ese sitio ¿sí?, asegurarr que rrecordais el mapa ¿sí? La misión es lo primerro, y nosotros después.

—Sí, claro que sí —le dije yo sonriendo, el Tarugo se echó unas carcajadas.

—Esto es asunto serrio, ya reirremos cuando acabemos la voladura, por el momento no os dirre más, mejor para vosotros: si a mí me atrapan tenéis que matarme, ¿sí?

—¿Cómo?

—Sí, la misión es lo primerro, sé lo que se puede hacer a un hombre para que hable, no quiero que me lo hagan a mí, tampoco quiero hablar. —Su rostro se tornó sombrío, agarró sus patatas y se puso a revisar el contenido, parecían cartuchos de dinamita, detonadores, cables y otros cachivaches.

—¿Pero entonces...? —intenté preguntar, pero el ruso me interrumpió, sin dejar de mirar sus patatas.

—¡No me molestes ahora!, recuerrda el mapa, hablamos luego, ¿sí?

Salimos a la anochecida y no paramos de caminar hasta la mañana. Encontré una covacha en la falda de una quebrada, a la sombra, nos serviría de refugio para esperar otra vez a la noche. El ruso estaba un poco nervioso, pero era buena gente. El Tarugo y él hicieron buenas migas, bebiendo aguardiente y jugando a las cartas, como si nada estuviera pasando en España.

—¡Bajar la voz joder!, ¡que se os escucha a kilómetros!

—¡Anda ya hombre!... en esta sierra estamos solos nosotros, ven y tómate un anís con el Caracol.

—Kasparov, me llamo Kasparov. ¿Entiendes?, ¿sí?

—Eso, Caracol... que es lo mismo... todos tenemos motes en el pueblo: yo me llamo Juan, pero soy el Tarugo desde que nací, lo mismo que él. Se llama Alonso, pero es el

Chato, ¿es o no, compadre?

—Chato de toda la vida, de la familia de los chatos, no hay más que verme. —Me puse de perfil mostrando la enorme y alargada nariz patrimonio de mi familia—. Ya sabes Caracol, la mala leche de los pueblos. ¿Entiendes?... “la mala leche”.

—Sí, hay mucha, mucha mala leche en España, ¡sí! —Había una cosa que no me gustaba, ese acento raro que recordaba al silbido de una serpiente cada vez que decía “sí”... y lo de las erres...era como de mal fario.

—Mucha... —El Tarugo elevó los ojos como recordando algo y empujó la botella, el ruso se la arrebató.

—Nunca dejéis que me cojan vivo, prefiero morir antes, ¿lo haréis?, ¿sí? —Volvió a silbar como una serpiente y dio un trago, sus ojos temblaban—. No quiero tortura, ¡tenéis que matarme antes!

Me senté a su lado y agarré la botella.

—¡Mira, Caracol!, déjate de tonterías, hablar de esas cosas trae mal agüero. ¿Entiendes?... “mal agüero”.

—¿Agüero?, sí, ¿cómo mala suerte?... eso son cosas estúpidas, sí, creencias y religión, un obrero y soldado socialista no cree en esas cosas. Tú eres buen miliciano del pueblo, ¿sí?, no hables de agüero.

—Hablo de lo que me da la gana, si hacemos esta guerra es para hablar lo que nos dé la gana, ¿te enteras Caracol?

—Sí, pero tengo miedo, no de morir, miedo de que me hagan cosas, yo he visto cosas, y he hecho cosas cuando se necesita la información todo es posible, no quiero eso para mí.

—¡No pasa na Caracol! —Intervino el Tarugo, sus ojos reflejaban el fuego inexistente de una hoguera que habíamos evitado encender por no delatar la posición, esos ojos parecían arder—. ¡Ese mismo miedo nos lo tienen los fascistas!, ¡yo también les he hecho “cosas”!, ¡gritaban cagaos de miedo!... ¡y más cosas pienso hacer!, ¿estamos aquí para eso no? —señaló con la mirada los petates que habían dejado contra la pared de roca mientras se reía por lo bajini con una tos ahogada.

—Una cosa es una voladura y otra diferente torturar prisioneros, ¿sí? Si sale algo mal, matadme, solo eso, ¿sí?

—¡Ya está bien leche!, ¡deja de decirlo de una puta vez!

—Bien, descansaremos, hay que dormir, ¿mañana llegaremos sí?

—Eso espero —dije yo—, también es nuestra primera vez por esta sierra, pero todas son iguales, por el mapa que nos enseñaron, yo diría que encontraremos alguna partida mañana. Ya verás, saldrá bien.

—Sí, esperro, ya he hecho golpes así, siempre me preocupó, este puede ser grande, ¡sí!, harremos mucho daño.

El ruso se envolvió en su manta y dio media vuelta, acurrucándose contra la pared de roca, dando así por zanjada la conversación. Yo agarré otra manta y miré al Tarugo con la intención de decirle algo, pero él ya se había incorporado y cargaba con el fusil, dispuesto a relevarme en la guardia, aquel retaco tenía la resistencia de dos hombres, y ni la borrachera más grande parecía afectarle los sentidos.

Ocurrió tal y como dije, esperamos de nuevo a que llegara la noche, en cuanto cayó el sol, comenzamos a caminar. La luna llena ayudaba mucho a orientarnos, así estuvimos caminando monte arriba, con la fresca de la noche y sintiendo los olores del campo, hubiera sido agradable de no ser por el peso de los petates.

Pasaron muchas horas, ya amanecía y tonos malva se dibujaban en el cielo, en torno a los picos de las montañas. El Tarugo iba en punta, parecía que el petate no le pesara, era siempre así, como un don que tenía desde pequeño. Era capaz de llevar un petate de tabaco desde Gibraltar a Ronda, atravesando por los campos y montes como si nada, siempre sacaba más tajada que nadie, porque nadie le ganaba acarreado

carga. Lo mismo a la hora del verdeo, llenaba más macacos de aceitunas que nadie, era fuerte, pero además le movía el orgullo de ser siempre más que nadie. Unos diez metros detrás iba yo y al final, medio ahogado y con paso cada vez más lento, el Caracol, que soltó su petate y comenzó a resoplar agitando los brazos para pedirnos una tregua. Llamé al Tarugo, que se paró un momento y miró hacia abajo. Fue en ese momento en el que unos hombres salieron de la arboleda, encañonando al Tarugo. Mi corazón dio un vuelco, pero al momento respiré tranquilo, El Tarugo había sacado los documentos y el que parecía cabecilla los leía. El resto bajó las armas.

Me aproximé y los miré de arriba a abajo, boinas de campesinos caladas, barbas sin afeitar y abrigos gordos manchados y rasgados por enganchones en ramas.

—Salud. —Levanté el puño y fui correspondido de mala gana por los guerrilleros. Aquellos hombres olían a humo y tierra mojada.

—Salud, —habló el más viejo, sin levantar nada—. Aquí en el monte estorban los modales, vamos al campamento. —Miró hacia atrás—. ¡Pelón!, anda, baja y acarrea el petate del camarada, que no tememos todo el día.

—¡Y que lo diga jefe! —terció el Tarugo—, ¡que el ruso se tiene bien ganado el mote de Caracol!

Lo demás rieron, el Tarugo se rió con esa risa entre dientes tan suya, una risa ahogada, como la tos de un perro que a mí siempre me ponía en guardia. Era bueno en eso de ganarse amistades, tenía ese don, con unas copitas, y unos chascarrillos y se congraciaba con cualquiera, lo malo venía después...

Ya en el campamento, el Tarugo sacó de su petate otra botella de aguardiente. La verdad es que el comisario político Gutiérrez se había tomado muy en serio aquella falsa frase de Lenin y nos había entregado cinco botellas de aguardiente, bien empaquetadas en fundas de munición para que no se rompieran. Ya sólo quedaban tres.

El refugio estaba en una covacha, en lo más hondo de la sierra y para llegar había que subir un buen trecho y doblar un recodo. Era una buena posición, con un solo vigía bastaba para dominar el terreno, eso es lo que ocurrió cuando llegamos nosotros: el Pelón estaba de guardia y nos vio de lejos, para cuando llegamos ya había avisado a los demás y nos tendieron la emboscada.

Ahora había quedado de guardia el Negro, un chaval moreno y de ojos claros, la juventud de su rostro contrastaba con la tristeza de su mirada.

El Tarugo, el Pelón y el Caracol empezaron a beber, compartiendo el aguardiente con el resto de la cuadrilla de guerrilleros, en total eran siete, si contábamos al Negro, que montaba guardia unos doscientos metros más abajo. El refugio estaba tan bien guarnecido que se permitían hacer candela. El ruso habló con el jefe y escondieron bien los petates, lejos del fuego.

Pronto cayó la primera botella y el Tarugo abrió la segunda, bebiendo un primer trago se la pasó al resto. Cuando tocó el turno al ruso, éste se empinó la botella y echó un largo trago. El Tarugo elevó la voz.

—¡Ya está bien Caracol!, ¡eres muy poco comunista!

El ruso hizo un desaire.

—Jódete tú, ¿sí?, ¡yo soy mejor camarada que tú! —Y pasó la botella al siguiente, justo antes de que una guantada del Tarugo lo derribara al suelo, el ruso quedó allí tirado, mientras el resto se dirigió hacia el Tarugo, que había agarrado por las solapas del abrigo al Pelón y lo levantaba en peso. Otros trataron de separarlo, pero el tarugo los derribó de un manotazo.

—Tarugo ¡quieto!, ¡son camaradas! —Yo trataba de que él me mirase, Cuando el Tarugo se encendía, no conocía a nadie, y no había manera de pararle con la fuerza—. ¡Tarugo!, ¡Juan!, ¿me escuchas?

—Sí, ¡pero aquí nadie tiene más cojones que yo!, ¿te enteras? —dijo, con sus ojos

ardientes inyectados en sangre, miró alrededor, buscando la respuesta de los demás—, ¿os enteráis?

Yo le insistí.

—¡Que sí Tarugo!, lo sabemos, ¡tú tienes más cojones que nadie!

Los demás parecían arrugados, intercambiaban miradas el jefe me hizo un guiño y yo le hice un gesto con la mano para que me dejase hacer un poco más.

—¡Venga Tarugo!, vámonos, nuestra misión ha terminado. —Señalé al ruso, que había recuperado la consciencia, aunque parecía algo aturdido—. Dejemos aquí al ruso y sus petates y regresemos a nuestras líneas. —Registré uno de los petates y saqué la última botella de aguardiente—. Esta nos la llevamos de vuelta, para el camino. —Hice un guiño al Tarugo, que respiraba ahora más tranquilo. Bajó la cabeza, recogió su fusil y sus cosas y emprendimos el camino de vuelta, yo me volví hacia el jefe y levante el puño, él me respondió con un burlón “¡Con Dios camaradas!”.

Ya sin carga, y cuesta abajo, el regreso se hizo ligero, el Tarugo solo se me acercó para agarrar la botella, que no soltó en todo el camino. No cruzamos palabras, cuando el Tarugo la liaba era mejor no hablarle. Recuerdo una vez, después de una trifulca, en la que salió volando una mesa entera con sus fichas de dominó, que a un perro le dio por ladrarle y él se fue para el perro, entonces el perro no tuvo otra idea mejor que gruñirle y enseñarle los dientes, fue cosa de nada, escuché el cuello del perro crujiendo como una caña seca. Lo mató con una sola mano, así de bestia era el Tarugo, pero claro, peor fue lo que les hizo a los de Valdemar.

Hubiera estado bien dormir otra vez en el refugio de la noche anterior, pero no podía ser, nosotros nunca tomábamos dos veces el mismo camino. Así no había manera de cogernos, cualquier furtivo sabe eso, los animales toman siempre los mismos caminos para ir beber o a dormir, y ahí es donde los cazamos. Ese día descansamos entre unas peñas, a la sombra de unas encinas, el Tarugo sacó un trozo de panceta y la cortó con la navaja dándome un trozo.

—¡Qué bruto eres Tarugo!, un día te va a matar tu propia gente.

—¡Qué se atrevan si tienen cojones!

—Otra vez con lo mismo.

—¡Sí!, siempre lo mismo, ¡a mí que no me toquen los huevos!, ¿escuchaste al ruso no? Dijo que era mejor que yo, ¡y me lo dijo delante de aquella gente! Que a mí el Caracol me parece un buen zagal, pero me faltó el respeto delante de to la cuadrilla. ¿Qué iba a hacer yo?... ¡zumarle!, me puso en el compromiso.

—No puedes tomarte todo tan a pecho Tarugo.

—Me tomo a pecho las cosas importantes, y el respeto lo es to. Si me lo dicen estando solo me lo tomo a risa, pero si me faltan el respeto delante de la gente, me tengo que defender. ¡Todavía no ha nacido nadie que tenga más cojones que yo!

—Desde luego Tarugo, desde luego, aunque más que cojones, lo que tú tienes son muchos huevos.

El Tarugo se rió, con esa risa ahogada y esa tos de perro tan suya, y siguió así, riendo entre dientes durante todo el camino. En eso tenía razón, era un tío con buen humor y yo me podía meter con él siempre y cuando no hubiera testigos.

Volvimos a nuestras líneas y tanto el Comandante como el comisario político nos felicitaron. Dimos toda la batalla que pudimos. Hicimos dos trabajos más con el Caracol, nosotros éramos las mulas de carga y él era el maestro en el tema de las voladuras. Después de aquel puente que voló en la sierra, lo vimos volar un tren y otro puente mientras pasaba por encima una división motorizada italiana. Lo que se pudo reír el Tarugo con aquello, incluso paseó a hombros al Caracol, fue una pena lo que le pasó después al pobre ruso. Al final, a los españoles, argentinos y otros latinoamericanos nos separaron de los ingleses y americanos, porque no nos entendíamos y el Tarugo repartió más de una hostia. Siempre estaba yo allí para

amansarlo.

Así llegamos el Tarugo y yo, de furtivo, con mucha suerte y cuidándonos el uno al otro hasta el final de la guerra. Cuando nos apresaron, ya cansados, con hambre, y sin más ganas de nada, igual nos daba haber muerto que ser prisioneros. Desde luego que no íbamos a hacer como el Caracol, que de puro nervio se pegó un tiro en la cabeza en plena escaramuza, todo por miedo a que lo cogieran vivo. A nosotros nos llevaron en un camión hasta la cárcel. En la cárcel nos tenían a más de diez en una celda, que ni teníamos sitio para echarnos en el suelo a dormir y nos turnábamos. También turnábamos el cubo de lata donde mear y hacer de vientre, así muchos días, a lo mejor meses, hasta perder la cuenta, dos murieron de fiebre, pero el Tarugo y yo estábamos fuertes.

Entonces, pensando que podían servirse de nuestra fuerza para trabajar, nos trasladaron al castillo de Raimat, en Lérida, donde había no sé qué historia del Abastecimiento de los fascistas y allí estábamos un poco más anchos y podíamos hablar con la gente y ver el cielo, pero había que partirse el lomo trabajando. Yo me hice amigo de un vasco, le decían el Dios, por lo visto era el mote de la familia en su pueblo, un mote bien puesto. Quizás se llamara así, no estoy seguro. Lo cierto es que el chaval era espigado y alto. No era de verdad vasco. Él y su familia eran de León pero se había emigrado a Bilbao y hecho vida allí. Era socialista y había luchado en el frente, en un batallón de la UGT. Hasta en Guernica había estado. Se le daban bien las letras. Era educado y por eso no hacía buenas migas con el Tarugo y sus modales. El Tarugo por su parte lo miraba mal, pensaba que con el mote de Dios, el vasco se creía más que nadie...

Un día estaba yo trajinando sacos de garbanzos mano a mano con aquel vasco de León, cuando en un descanso me habló.

—¡Cago en sos, Chato!, ¡Flojo te veo eh!

—No es del cuerpo, me faltan las fuerzas del alma.

—¿Del alma?, ¿y eso que será?... ¡anda arriba!, que para la semana que viene se hará una Junta de Libertad.

—¿Y eso qué es?

—Pues eso, ¡una junta!, con militares, curas y gente del régimen. Si el director está contento contigo, te puede llamar a la junta.

—¿Y para qué? ¿Acaso me van a soltar?

—Pues de eso se trata. Si consigues un informe en tu pueblo donde se hable bien de ti, a lo mejor te sueltan.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio, ya hay gente que ha salido, yo estoy esperando una carta de mi pueblo.

—Y eso del informe ¿cómo lo pido?

—Eso es cosa de escribir una carta, alguien habrá en tu pueblo que tú creas que pueda hablar en tu favor.

—Eso es difícil, soy de pocas letras, además, ¿quién va a poner la mano en el fuego por mí?

—Piénsalo, alguien habrá. Si las cosas se ponen feas, yo tengo pensado escribir al cura de mi pueblo al que ayudé de monaguillo muchos años.

—De todas maneras, soy de pocas letras, mi nombre y poco más.

—¡Tú piénsalo!, y si hace falta, yo te la escribo que a mí se me da bien la pluma.

Yo entonces pensé en el pueblo, en los santos ardiendo en medio de la plaza, en los putos fascistas que se ensañaron con nuestras mujeres. ¿Habría alguno de entre ellos dispuesto a poner la mano en el fuego por mí?

—¡Ya lo tengo!: el maestro de mi pueblo, era un buen hombre, ¿me ayudarás con lo de la carta?

—¡Claro hombre!, ¡es cosa de nada!, además, ¡yo escribo como Dios!

—¡Venga, holgazanes! —gritó un guardia civil mal encarado—, volver al tajo, que os queda día por delante.

Aquella junta de libertad pasó, pero vendrían otras, el Dios escribió mi carta al maestro y al tiempo, tuve la contestación: el maestro me ponía por las nubes, eso hizo que me llamaran a comparecer ante la junta de libertad.

Yo me esperaba un juzgado o algo así, con un juez y un banquillo de acusados, pero aquello era en una sala rodeada por estanterías llenas de carpetones. En el centro había una mesa larga donde se sentaba el director del campo, flanqueado por dos militares y un cura. En un extremo de la mesa había dos monjas vestidas de blanco y en el otro un funcionario con una máquina de escribir, el mismo que me tomó nota el primer día que llegué al campo de trabajo y el mismo que anotaba los sacos que cargábamos en los camiones. Yo estaba allí, de pie ante la mesa, no me ofrecieron silla ni banquillo alguno.

El director hojeaba mi expediente.

—El reo Alonso Tello... apresado sin oponer resistencia, sin incidentes durante su reclusión, trabajador eficiente... —Levantó las gafas de su nariz—. ¿Alguna cosa que declarar ante esta junta?

—Señor Director, los papeles lo dicen, soy un buen hombre y la guerra ha terminado, creo que ya he pagado bastante. Ustedes han podido leer la carta de don José Antonio, maestro de mi pueblo: hombre piadoso y fiel al movimiento, que pide clemencia para mí. —Bajé la mirada y uní mis manos en señal de oración. El cura me miraba fijamente a la garganta. Yo, como buen furtivo, sabía dónde poner los cebos. Entonces el cura habló con voz aflautada.

—Hijo, ¿y ese escapulario?

—La Virgen de la Inmaculada, padre. Mi madre es muy devota, siempre hacíamos la novena, me lo dio cuando me llamaron a filas los milicianos. Me dijo, “Ella es muy milagrosa hijo, escóndela, qué no te la vean, pero tú tenla cerca, que un día la Virgen te salvará la vida”.

La cara del cura adquirió un tono beatífico, parecía el retrato de un santo, miré a la esquina de la mesa donde estaban las monjas, ellas me miraban afirmando levemente con la cabeza.

—Cuán piadosa es tu madre hijo, pero mucho más lo es la Virgen. —Su voz se iba endulzando por momentos—. Ella que es la madre de todos nosotros. Ten fe, te ayudará. —Terminó de hablar dando golpecitos con la mano sobre la mesa y mirando al director.

—Bueno, Alonso —carraspeó el director—. Como bien dices, tenemos aquí el informe de una persona de orden, ese maestro está bien considerado por el régimen...

—Carraspeó un momento—. Da buenas referencias tuyas, y ruega por tu vida, dice que tú arriesgaste la tuya por él enfrentándote a tus camaradas... —Volvió a carraspear—. ¡Ortiguera!, redacte los permisos oportunos.

Aquel hombre me miró, yo me encogí de hombros.

—¿Entonces?...

—¡Abandone la sala!, le avisaremos cuando esté todo en orden.

Yo me había mareado, no sabía si sentir rabia o alegría y así salí de aquella sala, haciendo muchas reverencias y agradeciendo al cura por su piedad. Ya solo me quedaba esperar. Al Dios, también lo llamaron ante la Junta de Libertad, pero el informe que pudo aportar era más bien malo así que se acojonó y se acordó de sus tiempos de monaguillo. No sé qué fue de él porque pronto lo trasladaron a otra unidad.

Lo mejor es que también llamaron al Tarugo, no es que tuviera muy buena conducta, pero como era un mulo trabajando y hacía más que nadie, se ganaría el favor de alguien y lo llamaron para comparecer. En su comparecencia, también demostró tener

más cojones que nadie. Regresó con una sonrisa en la cara y riendo bajito, con su tosesita ahogada de perro.

—¿Qué Tarugo?, ¿te ha ido bien no?

Él no podía casi hablar, me miraba con sus ojos de fuego, la tristeza de los días de reclusión le había abandonado, ¡sonreía de oreja a oreja!

Cuando sus risas ahogadas se lo permitieron, me clavó el fuego de su mirada y sonrió con tono triunfal:

—Me han preguntado que porqué no escribo a alguien que pueda dar buenas referencias mías, y les he contestado que ni sé escribir, ni tengo amigos que escriban. Entonces, el curita se ha metido de por medio, comprometiendo al de la máquina de escribir para que hiciera la carta por mí... —Volvió a interrumpirse, tosiendo entre risas, sus ojos ardían—. ¡Y les he dado señas para que pidan referencias a la familia de los Valdemar!

EL CAMARERO DEL CAFÉ MODELO

MARÍA RUIZ-PAU

Si algo sé de la vida después de llevar más de treinta años detrás de un mostrador y atendiendo mesas mañanas y tardes seis días a la semana, es que ese hombre estaba acongojado aunque no lo quería aparentar.

Nada revelaba su aspecto, su terno bien cortado, la mano lenta que repasaba la brillantina del pelo, la firmeza con la que alisó el periódico arrugado que había sobre su mesa. Pero treinta años de profesión dan para mucho y ya no sólo soy capaz de adivinar por la mirada, por el gesto, quién va a pedir un té con leche y quién un carajillo de anís, ya distingo casi sin prestar atención, prácticamente con los ojos cerrados, al imbécil del vanidoso, al tacaño y al desesperado, a aquel que bebe por gusto del que lo hace por pura necesidad.

Aunque estaba en la mesa del fondo y a mí esa no me corresponde, le dije a Pepe que a ese caballero que no era cliente habitual del Modelo lo atendía yo.

Un café cortado, pero yo supe que lo que en realidad quería era una respuesta tranquilizadora para esa pregunta que su boca no pronunció. Y que yo le iba a contar hasta donde pudiera, que es bien poco.

Sí, soy yo, don Alfonso, mi nombre es Julio Vélez, para servirle. Soy yo quien tengo la llave del portal de su casa, pero no se inquiete usted por eso, que yo no voy a hacer mal uso de ella. Soy yo quien recibe desde hace cuatro años el paquete de Enrique, yo quien le quita el papel original con los sellos y el remite y lo envuelve de nuevo como mejor puede en un pliego sin marcas.

Soy yo quien sube las escaleras de su casa de madrugada cada ocho de mayo en silencio y deja el paquetito en el suelo, junto a su puerta. Si Dios y usted quieren, lo seguiré haciendo por muchos años.

No. No voy a decirle dónde está su cuñado, no voy a decirle nada de él, discúlpeme usted, le he jurado que no lo diría, no os quiere comprometer ni a usted ni a su mujer. Y aún menos a su niña. La vi cruzar el otro día por aquí enfrente, qué mayor y qué guapa está.

De mi boca no va a salir una palabra que delate a Enrique ante los que aún nos persiguen, una palabra que haga sospechar nada a doña Amparo. Su hermano es también mi hermano, uno de los pocos con los que todavía puedo cumplir nuestro mandato de fraternidad. La mayoría murió en la guerra o emigró, solo hay cruces sobre las cabezas de la última foto que nos hicimos los miembros de la logia Resurrección.

Descuide usted, que yo no usaré esa llave nada más que ese día y que nadie más sabe lo que hago, ni mi mujer.

Era un buen muchacho y hoy es un hombre cabal, no lo dude, la vida le ha dado estatura.

Si no desea usted nada más, sigo atendiendo otras mesas, hoy sábado está la cafetería al completo. No dude en venir cuantas veces quiera, don Alfonso, estoy a su entera disposición. Váyase usted tranquilo que no lo voy a comprometer; yo también cuento con su discreción. Soy un hombre prudente, eso me ha salvado la vida, es mucho lo que he penado sin faltar un día a mi trabajo, pero qué le vamos a hacer. Una guerra no es fácil para nadie, tampoco lo sería para usted.

No os olvida y está lejos, es lo único que le puedo contar. Quede usted con Dios.

Al café le invita la casa.

BUENAVENTURA EL DIOS

SANTIAGO MELCÓN

Salamanca 29 de Abril. 2 de la madrugada. Queremos decirle al mundo, muy alto y muy claro, unas palabras sobre el incendio de Guernica. Guernica está destruida por el fuego y la gasolina. La han incendiado y la han convertido en ruinas las hordas rojas al servicio criminal de Aguirre, presidente de la República de Euzkadi. El incendio se produjo ayer, y Aguirre ha lanzado la mentira infame, porque es un delincuente común, de atribuir a la noble y heroica Aviación de nuestro Ejército nacional ese crimen. Se puede probar en todo momento que la Aviación nacional no voló ayer, a causa de la niebla, ni sobre Guernica ni sobre ningún otro punto del frente de Vizcaya. Hoy sí ha volado la Aviación nacional sobre Guernica. Ha volado y ha tomado fotografías del incendio de Guernica, que aparece casi totalmente destruida. Aguirre se ha sentido diabólico y ha preparado, en un alarde de histrionismo repugnante, la destrucción de Guernica, para endosárselo al adversario y buscar un movimiento de indignación en los vascos, que vencidos y desmoralizados no pueden ya reaccionar todavía, sino merced a una gran convulsión de este género. Si el árbol santo de Guernica ha perecido en la hecatombe, es Aguirre y los suyos quienes lo han hecho perder.

ABC de Sevilla, 29 de Abril de 1937.

En la ambulancia, camino del hospitalillo, recordé algo que madre habría de repetirme una y mil veces: el apellido, que quieras o que no quieras, te lo dio padre, pero el nombre te lo tenía guardado desde que te sentí en el vientre. Él te protegerá siempre. Ni vacas ni tierras habré de dejarte. Sólo el nombre para que te guarde de todo mal.

—Camarada, ¿cómo te llamas? preguntó el camillero.

— *Buenaventura de Dios Bardón* —respondí y al hacerlo sentí que estaba masticando tierra.

—Manda huevos. De Dios. Con ese nombre debiste apuntarte en el batallón Ochandiano. Allí están todos los tragahostias del PNV.

—Soy del Baracaldo, de la UGT.

—Pues hoy os han dado pal pelo. Sin embargo, habéis tomado Peña Lemona. Sois unos campeones.

—Anda, déjate de películas y sácame de aquí.

—Aparte del tiro en el brazo ¿Tienes algo más?

—Creo que no. ¿Te parece poco?

—Me parece suficiente para que te den la blanca y, si tienes enchufe, te manden a casa. Has tenido suerte después de todo. De esta sales bienaventurado.

—Buenaventura —corregí.

—Eso, Buenaventura el bienaventurado.

—Coño, se llama como el Durruti —apostilló el otro camillero

—Es que en León todos nos llamamos igual —respondí, y me animé al escuchar mi propia voz bromeando.

Avilés, 10 de Octubre de 1937.

Queridísima madre:

Espero de todo corazón que al recibo de la presente se encuentre Vd. bien de ánimo y salud que ambas cosas va a necesitar en estos tiempos de incertidumbre y zozobra. Si recibió la carta que le envié desde el hospitalillo de Bilbao, Dios quiera que así haya sido, ya sabrá Vd. que caí herido en el frente, en la toma de un monte que le dicen Peña Lemona. Entonces no pude contarle gran cosa porque teníamos racionado el papel con tanto herido como había y tanta urgencia por escribir a las familias. Qué alegría tan grande poder decirle ahora que salí con fortuna del trance, que la herida curó en pocas semanas y que no hay mal que por bien no venga, porque con el tiro en el brazo, se acabó el frente de batalla para su hijo de Vd. De los quinientos compañeros que participamos en la toma de la Peña, a media mañana más de la mitad habían caído muertos o heridos. Y pesar de las bajas, alcanzamos la posición. Todo en vano porque al día siguiente, los facciosos recuperaron la cima. Esto que le cuento yo no lo pude ver porque yo ya había sido evacuado a Bilbao para ser atendido y curado, pero los compañeros me refirieron la rabia que les entró después de tanto afán. Con esto que le cuento, se figurará Vd. que sentí un gran alivio cuando me acomodaron en la camilla de campaña, una simple lona y dos palos. Recordará Vd. lo que le costaba sacarme de la cama para ir a la escuela, y mucho más si era para la misa del domingo. En eso no he cambiado: nada más tumbarme me quedé dormido y, aunque sentía que el camillero y el conductor no paraban de hablar y reír, no me espabilé del todo hasta llegar a Bilbao. Sus carcajadas eran una buena señal, decía yo, porque nadie bromea en presencia de un moribundo... salvo que ya me diesen por muerto.

En realidad en la ambulancia viajábamos dos heridos. Xosé, un gallego con el que había hecho buenas migas y que sintiendo que la vida se le iba por el tremendo agujero del abdomen, me pedía que le diera la mano. Eu morro Buenaventura, decía una y otra vez. Eu morro. Cuando llegamos a Bilbao Xosé ya no decía nada. El viaje fue muy penoso. A pesar de que dormí durante la mayor parte del trayecto, sentía cómo cada bache replicaba su violencia con una puñalada en la herida. La carretera parecía estar pensada para romper los amortiguadores de la tartana y de paso

hacerme ver las estrellas. Sin embargo dormía y veía a mi padre preparando la parva en la era y a mis hermanos deshaciendo los haces mientras mi madre se aproximaba por el camino con el capazo de la comida y el botijo recién llenado en la fuente. Todos parecían felices. Yo quería llamar su atención y participar de su alegría pero me sentía invisible a sus ojos. El camillero sentado a mi lado en la ambulancia me despertó.

—Te he limpiado la herida y te he hecho un torniquete. Has perdido mucha sangre. El que te ha disparado es un artista. Te ha metido la bala justo entre el cúbito y el radio. Se podría ganar la vida lanzando cuchillos en el circo. Has tenido mucha suerte camarada.

—No serás zurdo por casualidad. Mientras la derecha funcione... —apostilló el conductor soltando el volante y moviendo enérgicamente la diestra con el puño cerrado.

Una broma que mi educación antigua de campo me impedía celebrar, pero que en las condiciones en que me encontraba, y por venir de compañeros con la mejor intención, acepté de buen grado.

Madre, no le puedo repetir las barbaridades que se decían el camillero y el chofer y las carcajadas que echaban. Pero lo que más me tranquilizó fue que dijeran que había tenido buena suerte. A ver si después de tanta desgracia, iba a tener Vd. razón con lo del nombre. La herida no me dolía demasiado, ya le digo que me quedé dormido. Incluso me dio gusto sentir cómo el calor subía por el brazo hasta el hombro y se extendía por todo el costado izquierdo. ¿Se acuerda Vd. cuando padre me mandó a La Velilla con una carga de cebada y el carro volcó en los escobados y me manqué el pié? Eso sí que dolió...en el amor propio. Más que veinte tiros que me hubieran pegado. Era la primera vez que me dejaban conducir una yunta de vacas y ahí estaban las gavillas esparcidas en los escobados, el eje del carro partido por la mitad y las vacas mugiendo patas arriba. ¡Qué desastre tan grande, madre! Y ni Vd. ni padre me regañaron, que eso no se me olvida. Padre dijo que como era la primera vez que tropezaba con una piedra aún no me podía considerar un burro, que esa condición se ganaba tropezando al menos dos veces. Y ahí quedó la cosa.

Tenía Vd. que haber visto el edificio donde quedé ingresado en Bilbao. De postín. Ni más ni menos que la sede de la Sociedad El Sitio de Bilbao, en una calle principal que se llama Bidebarrieta, también de primera. Yo lo conocía por fuera, la fachada y poco más, porque me caía de camino al trabajo. Pero entrar, lo que se dice entrar, ni se me había ocurrido. En cuanto empezó el jaleo habilitaron el palacete, dicen que del siglo pasado, como hospital de retaguardia. Al cruzar el umbral tumbado en la camilla me fijé en el rosetón con vidrios de colores, en las puertas de buena madera labrada y en las enormes lámparas de araña que hay en la gran sala de lectura, las que mi amigo Salcedo tenía que limpiar todos los meses, encaramado a una escalera de treinta peldaños. Se acordará Vd. de Salcedo porque nos visitó en la matanza de hace unos años. Decía Vd. que tenía mucha chispa porque no paraba de decir burradas. Con él y un grupo de amigos quedaba todas las tardes en La Concordia para el café y no vea Vd. del gas que venía el día que le tocaba limpiar las dichas lámparas. No puedo poner aquí los juramentos que echaba pero le aseguro que temblaban las mesas del café.

Disfrutaba acudiendo cada tarde a la Concordia, un establecimiento situado en la calle de La Bolsa. Allí tomábamos café y fumábamos puros habanos un grupo de dependientes de comercio del casco viejo de Bilbao. Hacíamos una tertulia tan animada como la que mantenían los agentes de cambio y bolsa y los miembros de la vecina Sociedad Bilbaína en las otras mesas. Desgraciadamente nosotros éramos empleados por cuenta ajena encadenados a un mostrador a partir de las cinco de la tarde. Cuando yo salía del trabajo, cerca de las nueve de la noche, allí seguían

debatendo la actualidad apasionadamente, ahora sofocados por las copas y el humo de La Concordia. Formar parte de aquel decorado me hacía sentir muy lejos de mis orígenes, del pueblo, de la tierra, de mis hermanos y hasta de la madre a la que no olvidaría ni un solo día durante la guerra.

En general, todos los compañeros de la Concordia comulgábamos con ideas y principios de las izquierdas, y Salcedo era, sin duda, el más exaltado. Se la tenía jurada a las inmensas lámparas de lágrimas del salón principal y por ende a todos los ilustres miembros de la Sociedad el Sitio, o viceversa, como él decía. Una de aquellas tardes, y después de tomarse el café y dos copas de coñac vi su cara enrojecida y su boca exhalando el humo de un cigarro habano mientras juraba: dentro de nada va a acontecer un accidente de suma gravedad y a algún hijo de puta capitalista le va a caer encima una lámpara con sus 800 lagrimitas de cristal y le van a salir una a una por los ojos, que, como todos sabéis, es el conducto natural para la salida de lágrimas. El grave accidente no tuvo lugar y Salcedo murió ante el paredón por hablar más de la cuenta con quien no debía. Otros llegarían después a limpiar las lámparas de la Sociedad El Sitio de Bilbao.

Sin embargo, cuando entré en el salón y vi las famosas lámparas y sus innumerables lágrimas, no me acordé de Salcedo ni de sus maldiciones, sino del día que me despidió Vd. al pié de la tartana de Ulpiano y me puso en la mano las cuarenta y cinco pesetas que le dieron por la vaca y con las que habría de sobrevivir primero en Madrid y más tarde en Bilbao hasta encontrar un medio de vida honrado. Mira que vender a la Lucera con la leche tan buena que daba. Por no hablar de la nata y la mantequilla. Y si la deja Vd. para carne lo mismo le dan los diez duros. Sólo tenía doce años y no se me daba mal ordeñar y esquilar y pensaba que si en el pueblo había ciento cincuenta ovejas, y trescientas vacas mal contadas, en la capital habría más del doble ¿Qué más podía necesitar? Y Vd. decía que estas destrezas del campo de poco me habrían de servir en Madrid y que mejor sería que me aplicase con la caligrafía y las cuatro reglas a ver si entraba de escribiente o de contable en alguna oficina. Y yo le porfiaba a Vd. porque siendo la capital tan grande, habría sitio para ovejas, vacas y oficinas y Vd. se reía con mis ocurrencias y a mí me daba mucha alegría verla reír, sobre todo desde que faltó padre. Por eso yo no paraba de inventar cuentos y embustes. Vd. me hacía callar porque no quería que la vieses riendo estando de luto, pero a mí me daba igual porque yo quería verla contenta. Vd. al final me regañaba de mentiras y terminaba diciéndome que tanto si trataba con ganado como con personas humanas, la honradez y la decencia guiasen siempre mis pasos, que los Dioses llevábamos de apellido a Nuestro Señor con su venia y para su mayor gloria. ¿Se acuerda madre? Pues mire Vd. si salí adelante que acabé alojado en un palacio del centro Bilbao. Al entrar en él, no sé por qué, me acordé de la tartana de Ulpiano y del nombre que Vd. me puso.

Le digo madre lo mismo que decía a los compañeros del hospitalillo. Este desastre de la República estaba cantado desde que cayó Bilbao porque con Bilbao, caería el norte, y con el norte perdido, igualmente habría de estarlo la guerra. Y así ha sido. Creían los camaradas que el cinturón de hierro que hicimos alrededor de la ciudad sería como la cincha del burro, que cuanto más carga se le echa, más se ajusta al costillar del animal. Vosotros sí que sois borricos, les decía yo. ¿Es que se os ha olvidado lo que han hecho en Durango y en Guernica? Un paraguas de hierro es lo que necesitamos para escapar de esta. Con cuatro pasadas de los aviones alemanes y un poco que empujen los requetés de Navarra, se acabó la fiesta. Así les hablaba pero ellos decían que los rusos nos iban a mandar los chatos y no sé qué otras monsergas de unas brigadas internacionales que se estaban formando. El tiempo me dio la razón y no para mi gusto. Si le digo la verdad, casi me alegré cuando cayó Bilbao porque vi cercano el fin de la guerra. Esto no va más allá del verano pensé y ya me veía ayudándole a Vd. y a los chicos en la matanza. Soñaba en ponerle las manos encima al Magdaleno. Cien kilos

debía haber puesto para esa fecha y aún faltaban cinco meses para San Martín. Pero en esto me equivoqué y aquí me tiene usted, en Avilés, esperando que las tropas de Franco tomen la ciudad de un momento a otro y aprovechando el tedio de la espera contándole a Vd. mis peripecias. Ahora la voy a dejar que estará Vd. cansada de leer y a mí ya me duele la mano y la muñeca de tanta escritura. Mañana o pasado me pongo de nuevo a la tarea para que sepa Vd. de buena tinta todo lo que este hijo de Vd. ha pasado por mor de la guerra. Un abrazo muy fuerte de su Buenaventura.

Avilés, 12 de Octubre de 1937.

Querida madre:

Será porque es el Pilar que las tropas facciosas están celebrando esta fiesta tan señalada para ellos y han dejado de bombardear la ciudad de Avilés y a los barcos que zarpan con los milicianos que huyen. Se respira la tranquilidad que anuncia el final y es buen momento para continuar con el relato mientras pueda hacerlo, así que, si está de pié, siéntese y póngase los lentes que le regalamos por su santo porque la historia es larga y no tiene desperdicio.

Como le decía, llegar al hospitalillo fue una bendición. Nos trataron como a reyes. Apenas me dejó la ambulancia en la puerta, deshicieron el torniquete que me habían hecho en el frente y se dispusieron a limpiar la herida. Buenaventura, esto va a doler, me dijeron. Aquí la anestesia es de la marca El Mono. Y se echaron a reír. Vd. sabe que nunca fui bebedor, pero no pude rechazar el gran trago de anís que me ofrecieron. El médico confirmó el diagnóstico del camillero de la ambulancia. Un agujero limpio entre cúbito y radio. Sí señor. Un artista el que me había disparado.

Hasta que nos evacuaron del hospitalillo de Bidebarrieta, nos trataron como si estuviéramos de hotel. Bien comidos y bebidos. Ni le cuento el lujo que nos rodeaba: cuadros que parecían de museo, escayolas con formas y colores que yo no había visto antes. La carpintería, toda noble. La escalera daba respeto de pisar, con un pasamanos grueso como el yugo que le ponemos al tiro de bueyes y los suelos de madera mejores que los de la iglesia. Y con todas estas finezas, pienso en padre que en paz descanse. Desde que regresó de Filipinas contagiado de aquel mal que ningún médico había visto antes ni supo curar después, nunca dejó de repetir que la guerra es mala componedora y que sólo trae calamidades. A que se acuerda Vd. de esa letanía. Pues lamento tener que discrepar de la sentencia de padre. Porque ¿quién habría de decir a un proletario como su hijo de usted que algún día se alojaría de pensión completa en la catedral de los ricos? No digo burgueses ni capitalistas porque estas palabras y otras que usan los republicanos a Vd. le causan temor. En fin que dijera lo que dijera padre, las guerras, a veces sirven y de ello doy fe.

Todo esto que le cuento de Bilbao y el hospitalillo pasó en Junio del 37 cuando aún no se había cumplido el año desde que, por los altavoces, mandaron parar el baile en la plaza. Vd. sabe que no soy muy bailón, aunque las chicas me gustan como al que más, no vaya Vd. a pensar.... Como era sábado me acerqué a Santurce por si encontraba plan. Era la romería del Carmen que aquí la tienen mucha devoción, como nosotros a Nuestra Señora de Pandorado, para que se haga Vd. una idea. La plaza estaba engalanada de fiesta con banderitas y farolillos. Ya era casi de noche. Apenas llegué, la orquestina dejó de tocar y una voz dio la orden por los altavoces convocando a todos los jóvenes socialistas para que nos reuniéramos en la Casa del Pueblo con urgencia. No mencionaron el motivo.... ni falta que hacía. Todos sabíamos que el pronunciamiento militar podía producirse en cualquier momento.

Una guerra no era algo que yo quisiera. Me sentía escarmentado en cabeza ajena con las historias que mi padre nos contó de sus andanzas en Filipinas, andanzas que terminarían a medio plazo con su vida, aunque no fuera por heridas de guerra. También conocía las historias de los desgraciados que habían sido movilizados al Protectorado

de Marruecos sólo unos años antes. ¿Quién no estaba al tanto del desastre de Annual? Hasta los ecos de la lejana tercera carlistada llegaron a mis odios cuando no sé qué pariente del abuelo partió al frente con una tranca de roble por todo armamento. Por eso me sorprendió descubrir en el baile de Santurce a tanta gente alborozada por el anuncio de la movilización. No faltaban los que se las prometían felices en el fragor de los disparos y los cañonazos.

— *Anda jaleo, jaleo, Ya se acabó el alboroto, ahora empieza el tiroteo* —canturreó un desconocido a mi espalda.

— *¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro?*

— *Estaba cantado, o ¿es que no oyes la radio?* —respondió sin dudar.

Aunque estaba de acuerdo con muchas de las ideas nuevas que trajo la República, me fui para casa después de rechazar la invitación de algunos compañeros para subirme con ellos a los camiones y partir de forma inmediata para Villareal, una población cercana a Vitoria donde se habían sublevado algunas guarniciones. No sé de donde sacarían las armas, pero lo cierto es que a ninguno le faltaba su fusil y una buena cantidad de munición. Poco amigo soy de armas y jaleos, Vd. bien lo sabe, así que rechacé la invitación, pero las circunstancias de aquellos primeros días le obligaban a uno a tomar partido y yo siempre pensé que la República es más favorecedora para el obrero y el labrador que la monarquía y según siempre me contó Vd., en nuestra casa no hubo otra forma de ganar el pan que la siembra y la trilla, de modo que fui a alistarme en un batallón de milicianos que se formaba y que se llamaba Baracaldo. Conocía a muchos de los compañeros porque todos pertenecían a la UGT. Madre tiene Vd. que perdonarme si nunca le conté que me apunté al sindicato al poco de llegar a Bilbao, y no se lo dije porque bien conozco el miedo que le dan estas cosas de la política, pero le puedo asegurar que todo lo que hicimos fue por ayudar a los compañeros que lo necesitaban, justo lo mismo que Don Modesto predicaba cada domingo en el sermón, sólo que él, por ser más fino, llamaba prójimo a los compañeros, pero lo mismo es compañero que prójimo que camarada.

En el batallón lo primero fue la instrucción militar y tan bien la hacía que a los pocos días era yo el que enseñaba a los que se incorporaban. ¿Se acuerda Vd. de que en el servicio militar fuí gastador? Pues también en la guerra me tocó ser el primero de la fila. El comandante pronto se percató de que los números, y sobre todo las letras, no se me daban mal del todo, y esto que le cuento ahora dirá Vd. que es inventado. Me mandó a llamar el comandante a la oficina y ¿qué cree que me dijo? Pues me ofreció ser teniente y ponerme al mando de toda una sección de milicianos. Más de veinte compañeros tendría a mi cargo. Tuve que apartarme de él porque ya lo tenía encima clavándome dos estrellas de seis puntas en la guerrera. Rechacé el puesto agradecido porque pensé que era muy bonito ser el jefe para desfilar en el patio de la escuela donde hacíamos la instrucción y donde las vecinas se asomaban a echarnos piropos, pero en el frente no habríamos de hacer desfiles ni ver chicas guapas de modo que, como le digo, preferí seguir como uno más, de lo cual, y a la vista de cómo se están poniendo las cosas, me alegro.

No fue el frente de batalla mi primer destino. Eso vendría mucho más tarde. A primeros de septiembre llegó a Bilbao una delegación diplomática de la Unión Soviética, un grupo de rusos importantes, para que Vd. me entienda, que se alojaban en un chalet de categoría. Allí mandaron a su hijo de Vd. y a unos cuantos más en misión de vigilancia. ¿Se acuerda Vd. cuando don Modesto nos enseñó una foto recortada de un periódico donde salía un ruso con barba y dijo que así se las pinta Satanás cuando sale del infierno para tentar a los cristianos? Menudo susto se llevó Vd. que no paraba de santiguarse. Pues la realidad es otra. Los rusos de verdad tienen mucha mejor facha. Tenía Vd. que haber conocido al jefe que venía con ellos. Todos le llamábamos Caracol porque nadie sabía decir su nombre que era Kasparol o algo así. Bien plantado,

maqueado y simpático como el que más. El buen hombre se lo tomaba todo con humor, incluso cuando tenía que aplicarse con rudeza en los interrogatorios de sospechosos. Le gustaba mucho hablar con los milicianos que guardábamos el chalet. Tenía una curiosa forma de ratificar sus propias opiniones y comentarios añadiendo un sonoro sí al final de cada frase.

—*Quiero practicar el español, sí* —repetía una y otra vez. Pero yo tengo para mí que estaba más interesado en conocer nuestras opiniones y averiguar si éramos afectos a la República o si había alguno de la guardia que estuviera pasando información al enemigo. Y por muy majo que fuese, no se andaba con chiquitas. Corrían historias de cómo se las gastaba en los interrogatorios con los sospechosos. Un pájaro duro de pelar. Ya tendré tiempo de contarle un suceso que presencié con un compañero del servicio de vigilancia que se llamaba Víctor pero al que todos decían *Viqui* porque hacía gestos afeminados al hablar.

Un mal día Caracol llamó al tal Víctor a su presencia en el despacho que ocupaba en la segunda planta del chalet. Yo cuidaba la puerta trasera. Llevarían reunidos poco más de diez minutos cuando escuché un disparo dentro de la casa. Monté el arma y subí tan aprisa que el corazón me salía por la boca. Cuando llego al segundo piso veo al ruso plantado en la puerta de su despacho con la pistola aún humeante en la mano y me dice:

—*Tranquilo Dios, que este ya no hace más, ¿cómo se dice? ¿Mariconear?*

Caracol no me dio tiempo a responder. Él mismo lo hizo demostrando con ello su solvencia en la lengua española:

—*Mariconear, eso es. Este ya no mariconear más, sí* —repitió.

Como la puerta quedó abierta, pude ver a Viqui tirado en el suelo y la elegante alfombra como una esponja absorbiendo la sangre que salía de su cabeza. Yo no sabía muy bien qué hacer. En eso Caracol me dice:

—*Dios, llama a los de intendencia siii y dices que retiren alfombra. Sangre seca mala para limpiar. Luego retirar esto* —apuntó al cadáver—. *Siii.*

Me atreví a preguntar qué había pasado. El ruso me dice:

—*Ordené seguir a este y el informe dice que hablaba mucho con sacristán de San Nicolás sí. Entonces detengo sacristán esa noche para preguntar y saber de qué hablaba con Viqui. No jode que el mucho cabrón quiere engañar y dice que relación con el Víctor es de maricón y nada más. Sííí, eso dijo el hijo de la puta grande, a mí, defensor de amor libre. Para mí igual es macho que hembra que asno para amor, sííí igual una cosa que otra. Tú la metes donde quieres o puedes y viva el comunismo. Pero engañar a Kasparov no es revolucionario. No tuve que apretar mucho tuercas porque estos que andar entre sotanas son blandos como pera pocho.*

—*Pocha* —corregí a Caracol— *pera pocha. Cuestión de género* —me atreví a puntualizar.

—*Sííí pocha, pera mucho pocha. ¿Tú creer que Viqui hablaba con sacristán asuntos de inteligencia? Sííí, de inteligencia... el mucho cabrón maricón hablaba de inteligencia con sacristán. ¡Cago en Dios!*

Entonces se da cuenta de que estoy presente y me dice:

—*Perdona Dios, no me refería a ti.*

—*No te preocupes Caracol, estoy acostumbrado.*

Y ya no me atreví a preguntar qué era eso de la inteligencia porque en ese momento me pareció más inteligente mantener la boca cerrada. Un gran tipo el ruso Caracol. Sé que poco antes de la caída de Bilbao partió hacia Madrid e intervino en muchas operaciones de sabotaje contra las líneas rebeldes, incluso en la lejana Andalucía. ¡Un gran tipo, sííí...!

Como le iba diciendo, no se puede hacer Vd. idea de lo bien que hablaba el español a

pesar de su fuerte pronunciación, mucho mejor que la gente de la ribera que son todos unos mastuerzos y que, como decía padre, se asombran de que los portugueses sepan hablar portugués desde que son unos rapaces. El Caracol aprendió el español en la escuela soviética que, en esto de las lenguas, está muy adelantada respecto de lo que hay en España puesto que allí han despreciado las lenguas muertas en favor de las modernas. Caracol dice que el español es una lengua muy moderna por muy vieja que sea.

¡Ay madre, qué pronto se iba a acabar la buena vida en el chalet y las conversaciones con el ruso ¡ La guerra de verdad me esperaba a pocos kilómetros, en el primer pueblo que hay en la provincia de Guipúzcoa entrando por Vizcaya y que se llama Eibar. El frente se había estabilizado allí. Nos llevaron en tren desde la estación de Achuri. Durante el viaje todo era alegría y cánticos. Partíamos bien pertrechados, lo cual nos daba confianza y más ganas de cantar. Cada miliciano tenía su fusil y una pistola ametralladora de dieciséis tiros. Alguno había que quería al armamento más que a su novia y no paraba de abrazarlo y besarlo. Yo llevaba el mío con el seguro echado que me acuerdo de lo que decía padre de las armas, que las carga el diablo y se disparan solas.

Esta mezcla de guerra y canciones me daba muy mala espina. En los años previos al alzamiento se habían puesto de moda las bilbaínadas: que si el parque con sus pavos reales, que si los barcos mercantes pasando por debajo del puente colgante, que si las mozas de buen ver y mejor comer, en fin ya se hace Vd. una idea: lo mismo que cantan todos los pueblos de lo suyo: canciones inocentes y fanfarronas que entonábamos con entusiasmo después de tomar un par de chiquitos. Pero allí metidos, en la caja de aquel Studebaker militarizado, me parecía que cantar era de mal agüero, por más que lo hiciéramos a voz en grito. Muchos de los compañeros lo harían para espantar el miedo, otros por escapar de la realidad. Yo nunca supe entonar bien, y en este viaje había perdido las ganas de cantar por completo.

Un inglés vino a Bilbao, por ver la ría y mar, pero al ver las bilbainitas, ya no se quiso marchar. Tra, la, la, la.

Pero yo creo, madre, que la alegría que reinaba en el camión se debía también a la convicción de que con la razón que nos asistía y el armamento que nos habían dado, en dos o tres semanas terminaríamos con el alzamiento. Por respeto a Vd. no le pongo en esta carta las barbaridades que decían los compañeros, pero descuide que, tal como me enseñó padre, hasta en los momentos de más entusiasmo, me cuidé yo muy mucho de significarme más de la cuenta, ni hablando ni cantando, que uno nunca sabe de qué pata va a cojear la mula que tropezó cuando termine de revolcarse y se levante, que dijimos que si sería de la pata derecha y ahora que está en pié renquea de la izquierda.

Durante todo el camino, los milicianos, todos novatos en cuestiones de guerra, casi niños, no paraban de decir bravuconadas, quién sabe si para darse valor: Al Franquito lo colgamos de los huevos, decía uno. A septiembre no llega, respondía otro. Y entre chanzas y bravatas continuaron con las canciones de moda: Vale más una bilbainita, con su cara bonita, con su gracia y su sal, que todas las americanas, con su inmenso caudal.

Tra, la, la la

Desde Eibar fuimos caminando de noche por la orilla del río Deba hasta la estación de Málzaga. Allí quedamos alojados treinta hombres al mando de un teniente. Al estar los facciosos apostados en los montes que nos rodeaban, nos ametrallaban a placer. Nos

podían haber echado de la estación a pedradas si hubieran querido, pero prefirieron usar munición de verdad que para eso la tenían. Aun así, y mientras no hubo bajas, mantuvimos el ánimo suficiente para seguir cantando en la creencia de que aquello no habría de durar.

Pero al fin cayó un compañero, el primero, y con su muerte terminaron los cánticos y las bromas. Los muertos ponen las cosas en su sitio. Ya tendré tiempo de contarle cómo ocurrió el suceso, pero le adelanto que saqué de aquello la misma moraleja que padre siempre me enseñó: que las fanfarronadas se pagan más pronto que tarde y que por la boca muere el pez.

Llevábamos poco más de un mes parapetados en la estación y los fachas no paraban de dispararnos desde la cima del monte. La casa tenía dos plantas pero ni siquiera podíamos subir o bajar porque la escalera era exterior y ofrecíamos un blanco muy fácil de abatir. De la estación partía un puente sobre el río Deba. Por algún motivo que sólo él conocía, un miliciano, como haciendo una apuesta consigo mismo, se empeñó en cruzarlo a la luz del día y en plena línea de fuego del enemigo. "Yo paso por cojones" repetía a pesar de nuestras advertencias. "Por cojones" gritaba una y otra vez. De pronto salió corriendo de la casa. No había alcanzado la mitad del puente cuando cayó fulminado por un disparo solitario y certero. Yo le regalé el epitafio: "Murió por hacer el mono", pensé. El suceso nos afectó mucho a todos. Hasta ese momento habíamos jugado al gato y al ratón con el enemigo, nosotros en el papel de ratón mientras el gato nos lanzaba zarpazos desde las alturas. El cadáver, abandonado en medio del puente hasta que pudimos recogerlo al anochecer, nos decía con su muda presencia que el juego había terminado.

Cuando por fin nos relevaron, nos movilizaron a un nuevo destino en el monte Illordo y allí pasamos las fiestas de Navidad de 1936. Hubo en esos días bastante calma en el frente y con la tranquilidad llegamos a entrar en conversaciones con los requetés estacionados en un monte frente por frente del que nosotros ocupábamos, y como tanto ellos como nosotros disponíamos de megáfonos, pasábamos las horas echándonos en cara las fechorías que unos y otros habíamos cometido en la retaguardia. En más de una ocasión quedamos de acuerdo para encontrarnos en el valle e intercambiar nuestros escasos bienes, normalmente tabaco por papel de fumar o chocolate por latas de conservas. Bajábamos al encuentro portando bandera blanca. Casi todos éramos soldados rasos, unos chavales, y entre nosotros no había odio ni inquina personal. Nos saludábamos, charlábamos un rato, nos deseábamos buena suerte y nos despedíamos con un apretón de manos. Eso era todo madre. Eso era la guerra hasta que llegó la primavera y el enemigo lanzó un ataque imparable desde los montes de Elgueta. La escabechina fue grande entre los nuestros y empezamos a retroceder. Y en este punto dejo el relato por hoy porque lo que me queda en el tintero es largo de contar y ya anochece en Avilés. Como siempre, le envía un beso y todo su cariño, su hijo afectísimo que no olvida. Buenaventura.

Avilés, 14 de Octubre de 1937.

Y ahora madre le cuento el desastre de Guernica porque, a pesar de haber visto muchas desgracias en la guerra, ninguna fue tan grande como esta. Como la radio dio la información de que mi batallón, el Baracaldo, había quedado diezmado, y temiendo que Vd. hubiese escuchado la noticia, puse el mayor interés en que supiera que yo fui uno de los que escapó sin daño alguno y que me libré de las bombas que caían como pedrisco. Por eso le hice llegar el recado con aquel paisano que logró cruzar las líneas y ya con eso me quedé tranquilo. Avistamos la ciudad cuando los alemanes ya habían terminado de vaciar las bombas incendiarias que llevaban en las tripas de unos aviones que llaman los Junkers 52. Era el 26 de Abril. Lunes de feria, madre. Le digo a Vd. que aquí hablan en vascuence y no les entiendo casi nada, pero las ferias y las cosas del

campo, como las nuestras. Para comprar o vender una vaca y un gocho, o lo que cada uno saca de la huerta no hacen falta ni vascuence ni latín, que habiendo voluntad de entenderse, nos entendemos. Cuando la lluvia cala la tierra me llega el olor lejano del prado después de pasarle el dalle, y me creo que estoy con Vd., con padre y con los chicos acarreado yerba. Como le decía, un desastre lo de Guernica. Seríamos unos cien y llevábamos dos días sin rumbo por los montes y recibiendo órdenes y contraórdenes. Después de la ofensiva que los facciosos hicieron en Elgueta, nos dijeron que teníamos que retirarnos y tomar posiciones en un monte que se llama Urco. Cuando estábamos arriba y pensamos que podríamos dormir un rato, llega un enlace con la instrucción de ponernos en marcha hacia Marquina. Echamos a andar y a medio camino, nueva orden: a Guernica.

Sabíamos que nos esperaba un espectáculo de horror porque, mientras caminábamos, no dejaban de pasar los aviones alemanes — cargan en Vitoria y sueltan en Guernica, dijo un compañero bien informado — y no paramos de oír el tronar de las bombas. Pero al distinguir el pueblo iluminado por las llamas me di cuenta de que el desastre era aún mayor de lo esperado ¡Dios mío! Y me acordé del infierno del que hablaba el cura en la escuela para meternos miedo. Nos daba tanto susto imaginar a los pecadores sumergidos en el caldero de agua hirviendo que, para espantarlo, hacíamos bromas diciendo que al cocido le faltaba la morcilla, el chorizo y el tocino. Pero la verdad es que nos cagábamos, y dispense madre la marranada de la expresión. Pues mucho peor fue lo que vi en Guernica: hombres y mujeres buscando a los suyos en la oscuridad, en silencio, removiendo los escombros y quemándose las manos porque las piedras de las casas aún estaban al rojo vivo. Le digo madre que los paisanos, que aquí les dicen caseros o aldeanos, son gente como nosotros, de campo, de buena traza y cumplidores y no se merecían un castigo tan severo, por mucho que Don Modesto diga que todos somos pecadores y debemos purgar por nuestras culpas. Y ¿sabe Vd. lo peor? Pues que dijeron los facciosos que Guernica la había destruido una partida de mineros rojos llegados de Asturias con un arsenal de dinamita, y luego que lo habíamos hecho nosotros por orden del Presidente Aguirre. Mentiras tan grandes sí que no tiene perdón de Dios.

Estaba sólo y tan agotado que caí rendido en un hato de leña. Ya no había ni batallón, ni compañeros ni nada. No sé las horas que pude dormir pero cuando desperté el sol estaba alto. Entonces quise volver a Bilbao por atender las nuevas órdenes que hubiera dictado el mando. Me planté en mitad de la carretera y paré un camión que salió de las ruinas humeantes. Iba repleto de milicianos derrotados, como yo mismo. Algunos eran compañeros que yo conocía del Baracaldo. Me dio mucha alegría encontrarme entre ellos. Nadie dijo una palabra durante el viaje. Nada que ver con los cánticos de los primeros días de la guerra, cuando partimos para el frente en la linde Vizcaya con Guipúzcoa.

Como le decía, después de subirme al camión que me sacó de Guernica, pude llegar a Bilbao ya de noche. A la mañana siguiente, en Bilbao me presenté en las Escuelas de Abásolo en Portugalete donde el Baracaldo se estaba reagrupando con los veteranos supervivientes que íbamos apareciendo y con la incorporación de nuevos reclutas, cada vez más jóvenes. Algunos de ellos no se habían afeitado por primera vez. Unos rapaces, madre. Eso eran los nuevos compañeros. A más de uno dije: anda chaval vete para casa que esto no es para ti. Perdóneme si no le escribí entonces pero es que no hubo tiempo ni medios para hacerlo; ni para mí ni para nadie porque de inmediato partimos de nuevo al frente en Amorebieta. El empuje de los requetés era imparable. En el camión tuve un mal presentimiento al comprobar la ineptitud de los mandos que nos habían asignado.

La preparación militar de los voluntarios era ninguna. Si acaso lo que recordábamos del

servicio militar cuando pasábamos las horas y los días haciendo instrucción en el patio del cuartel, sobre todo desfilando. No había que ser muy listo para darse cuenta de que saber llevar el paso no nos iba a servir de mucho. Poco más formada que la tropa estaba la plana mayor.

—Buenaventura —me dijo un compañero veterano—, ¿te has dado cuenta de que el comandante está intentando leer el mapa del revés? Este tío no tiene ni puta idea de estrategia ni de planos ni de guerras —me advirtió según nos apeamos del camión.

—Pues tú calladito. Como se lo recuerdes lo mismo te mete un tiro por sedicioso que te hace entrega del mando sobre la marcha. Yo no me arriesgaría a comprobarlo.

Salvo contadas excepciones, como el taxista de Irún Manuel Errandonea, convertido en comandante del Batallón Rosa Luxemburgo, en general los mandos eran elegidos por su fidelidad ideológica a la República más que por su preparación militar. Y esta carencia se cobraría un alto precio en vidas humanas.

A partir de mi regreso al frente los combates en los que participé fueron muchos y muy sangrientos para ambas partes. Los requetés estaban empeñados en tomar Bilbao. Entre las tropas que luchábamos en los montes cercanos y las que habían construido y ahora guardaban una defensas que dieron en llamar el cinturón de hierro, pensamos que resistiríamos el empuje de Franco, pero nuestras posiciones fueron cayendo una por una.

Si le digo la verdad, y a la vista de cómo se desarrollaron los acontecimientos, fue una suerte caer herido en Lemona. Déjeme que le cuente cómo ocurrió. La noche del 2 de Junio nos concentraron en una zona boscosa. Allí reunieron a los batallones Baracaldo, Amátegui, Rosa Luxemburgo y Rebelión de la Sal. Éramos la IV Brigada del Ejército del Norte. Nos indicaron la misión: tomar la Peña Lemona y para que cogiéramos fuerzas nos sirvieron un rancho frío con jamón, pan y chocolate. Algunos compañeros tenían tanto miedo que no pudieron probar bocado, pero ya sabe Vd. madre que yo no pierdo ni el temple ni el apetito con facilidad así que aquel día me tomé más de dos desayunos. Los camaradas me preguntaban cómo podía comer nada en esos momentos y yo respondía que si hay morir es mejor hacerlo con el estómago lleno, no sea que el viaje fuera largo y no haya parada y fonda por el camino.

Con las primeras luces dieron la orden de ataque. Apenas comenzamos la ascensión sentí un fuerte impacto en el brazo y pensé que me lo habían arrancado. No llegué a perder el sentido y quedé tumbado mucho tiempo hasta que llegaron los camilleros. Esa parte ya se la he contado. Nunca olvidaré la boca llena de tierra.

Pués sí madre, el caudillo rompió el cinturón de hierro de Bilbao y nos barrió como barre Vd. la cocina en verano después de echar el flit. A paletadas caímos. Eso fue el 19 de Junio. Sin aviación que nos apoyase, Bilbao estaba sentenciado y de los chatos rusos que iban a llegar, nada de nada. Para entonces ya me habían evacuado del hospitalillo como le contaré y gracias a ello sigo vivo porque de los compañeros que quedaron en Bilbao confiados en que habría piedad con ellos, no he vuelto a saber.

El 15 de junio un tipo con pinta de miliciano oficinista —a nadie nos gustan los enchufados de oficinas por muy milicianos que sean— entró en el hospital gritando que las brigadas de Navarra estaban a punto de romper las defensas y que venían con ganas de cepillarse todo lo que oliera a rojo. Perdone Vd. el vocabulario, pero así fue como lo dijo. Nos tendríamos que preparar porque la evacuación de los heridos era inminente.

En el ejército popular del norte no faltaban los arribistas ni los que buscaban la oportunidad de hacer carrera o fortuna. Como en el ejército del sur o en cualquier otro ejército. Normalmente no arriesgaban el pellejo y sólo eran buenos en el combate verbal, en el manejo de las consigas y en el dogmatismo dialéctico. Los que nos jugábamos la vida cada día en las trincheras y en cada acción de guerra, los teníamos

en el último lugar de la escala de valores, o mejor en singular: en la escala del valor. Al miliciano-ordenanza que entró en el Sitio de Bilbao no le faltaba un perejil: barba y desaliño bien trabajados, chaquetón de cuero con correa de reglamento y pistola al cinto. Una estrella roja de 5 puntas bordada en la chapela y botas de cuero recién lustradas con betún. Ante los ojos de más de 80 veteranos heridos, calzados con alpargatas en el mejor de los casos, compareció este figurín anunciando la retirada. El recibimiento fue hostil, pero la despedida resultó apoteósica. Cobarde, gallina, capitán de las sardinas fue lo más suave que tuvo que escuchar mientras corría escaleras abajo. En la calle le esperaba un motorista que habría de devolverlo a las alfombras del Hotel Carlton donde el Gobierno Vasco había instalado su cuartel general y el lehendakari Aguirre dirigía la guerra frente a un mapa de Euskadi desplegado sobre una gran mesa de caoba. Cago en sos.

Madre, debo dejarla ahora. Se va la luz del sol y tenemos prohibido encender luces por la noche para evitar que el enemigo pueda orientar su artillería. Si la lectura le fatiga, llame a Aurora la vecina. Ella es joven y muy leída y estoy seguro que tendrá la mejor disposición para sentarse a su lado y darle cuenta de todo lo que escribo. Sin más, le envío un fuerte abrazo y todo mi cariño. Buenaventura.

Avilés, 20 de Octubre de 1937.

Queridísima madre:

De nuevo encuentro un rato para escribir desde este hospital que antes fue cuadra o depósito de estiércol, no lo sé con seguridad. Por el olor, cualquiera de las dos cosas pudo haber sido. No dejo de pensar en Vd. con la urgencia de saber cómo se las estará apañando allí en el pueblo sin un hombre que le eche una mano. Por la fecha en que andamos me la imagino recogiendo los frutos de la higuera del patio de atrás. Yo sé que Vd. alcanza las ramas que dan más higos porque padre siempre la podó para que estuviesen a la altura de sus brazos. Por si él faltaba, decía. Lo malo fue que faltó padre muy pronto y luego fuimos faltando los chicos. ¿Cómo se las arregló con la siega? este verano fue seco así que supongo que la trilla se daría bien. Seguro que los vecinos le habrán echado una mano, aunque sólo hayan quedado los viejos en el pueblo. Mira que tener a los dos hijos en el frente y en bandos distintos. Ha tenido que sufrir Vd. lo indecible pensando que podríamos estar disparándonos entre hermanos. En el frente conocí a un miliciano que saltó de la trinchera y se dio la vuelta con los brazos en alto pidiendo a los compañeros que no disparasen a uno con gafas que corría hacia ellos, que era su hermano. Pero madre, en ese momento cayó el de las gafas y cayó también su hermano por el fuego enemigo. Las balas no tienen parientes y matan por igual a todos los que se ponen a tiros, sean buenos, malos o regulares. Gracias a Dios no me encontré con José Antonio en el frente, el rapaz, como le llama Vd. siempre. Anda que estuvo acertada al ponerle el nombre. Como anillo al dedo le cae. Parece que presentía Vd. lo que le iban a gustar al niño las camisas azules, los correaes y los luceros. Lo último que supe de él es que andaba en el frente de Aragón. Me imagino que le habrá ido bien ahora que están ganado los suyos.

Y además, está tan reciente lo de Ramirín. Cuatro años se cumplen ahora. ¿Quién escribirá su historia? ¿Se acuerda Vd. lo que nos alegramos cuando al terminar la mili lo cogieron para la Guardia de Asalto? Estoy viendo su retrato en traje de gala que Vd. enmarcó y colgó en la pared del comedor. Aunque Vd. nos quiso a todos por igual, yo sé que Ramirín fue el niño de sus ojos, y no se lo reprocho. Se parecía demasiado a padre como para no ser el favorito. Como padre, repetía Vd., pero en más guapo. Y tenía razón. Si no, que se lo pregunten a las mozas. Apenas llevaba 6 meses en el cuerpo y la mala suerte de que lo mandaran a sofocar la revuelta minera en la cuenca del Nalón. Mira que nos movimos con D. Manuel el médico, que tenía un conocido en el ministerio para que lo dejaran de retén en Oviedo. La de veces que he imaginado a Ramirín alcanzado por la bala que lo mató, allí parapetado en la ventana del cuartelillo

de Sama. Mala suerte, me dijeron también los compañeros cuando fui a Asturias a enterrarlo. Decían que despuntaba en disciplina y dotes de mando. habría hecho carrera. Y valiente y cumplidor como el primero, para que Vd. lo sepa. Todos le querían como a un hermano.

Serían los últimos días de Octubre de 1934 cuando me mandaron recado de que mi hermano Ramiro había caído malherido en Sama de Langreo, y de inmediato comprendí que había muerto. No dije nada a mi madre porque no tuve el valor de hacerlo. Partí para Asturias, reconocí el cadáver y asistí a su entierro en un panteón común que habilitaron para los muertos de las fuerzas del orden. Los compañeros quisieron consolarme con argumentos que no me proporcionaban consuelo y que, desde luego, no sacarían a mi madre del pozo de tristeza en el que cayó y del que nunca saldría.

Menudos cojones tenía tu hermano, me repetían los compañeros del cuerpo y los guardias civiles junto a los que combatió en la revolución de Asturias. Estaba hecho del mismo metal que los mineros que nos disparaban. Igual podía haber estado a un lado que al otro de las barricadas. Lo suyo era la lucha y medirse con cualquiera para demostrar su valor. Pero en Asturias los mineros jugaban a la grande con dinamita y armamento y en habiendo fuego de por medio, lo que cuenta es la suerte. El valor, lo cojones y todo eso, retórica.

Retórica también hubo, y mucha, en los discursos y en los responsos del Gobernador Civil, del Capitán General y del mismísimo obispo de Oviedo que presidieron el funeral, todo ello dicho en un idioma que ni yo, ni muchísimo menos mi madre, en el caso de haber estado presente en las exequias, podríamos haber entendido. Un idioma que yo no fui capaz de traducir para ella cuando me presenté en el pueblo con la gorra de plato y la guerrera de gala Ramirín, la del retrato del comedor, envueltas en el mismo papel de estraza en que me las entregaron. Abrí el paquete en presencia de ella y no tuve que pronunciar una sola palabra. El viento frío de Asturias recorrió la casa y la mujer se desplomó en el escaño de la cocina.

No se apure Vd. madre que en cuanto salga de esta y me haga con unos ahorrillos me traigo el cuerpo para el pueblo, que pueda Vd. llevarle flores o pedirle a Don Modesto que le eche un responso si quiere. Después de aquello, y por muchas bromas que yo le diera, no se reía Vd. como antes; y ahora esto, con los dos que le quedan pendientes del destino. Si las cosas mejoran, este mismo año nos reunimos todos para preparar la sementera y si aún quedó algo de la matanza del año pasado, no se olvide Vd. de dejarme un par de chorizos. ¡Ah! y me guarda un trozo de cecina de la vaca Jacinta, si es que queda. Qué razón tenía padre cuando decía que en tiempo revueltos más vale en el arca chacina que en el corral la gallina. Le confieso que yo mismo he tenido que entrar en algún caserío y pedir que nos dieran un par de pollos para seguir la marcha. No era robar propiamente, pero como Vd. se imaginará cuando los caseros nos veían sin afeitar y con el armamento al hombro, se sentían obligados a darnos un par de cebollas o un trozo de pan.

Pero déjeme que vuelva al relato que dejé en Bilbao. Después de la visita del miliciano enchufado comenzó la evacuación. Nos acomodaron como buenamente se pudo en varios coches de línea requisados y en un par de horas estábamos en el balneario de Carranza, en la linde con Santander. No estaba nada mal el nuevo alojamiento, sin duda a la altura del edificio que acabábamos de dejar en Bilbao. Pasamos la noche entre sábanas limpias y apenas despunta el sol nos llevaron – ¡agárrese Vd! – al palacio de la Magdalena en Santander. Si no estuviéramos en guerra, diría que soñaba. Allí nos llegó la noticia de la caída de Bilbao. Pasamos veinte días de tranquilidad bien atendidos, comidos y bebidos. Hasta me permití el lujo de bañarme en el mar y de pasear por la playa. Me sentó de perillas. Pero los facciosos estaban empeñados en amargarnos las vacaciones y continuaban estrechando el cerco sobre el

norte. Aquello pintaba peor que mal. A mediados de julio nos trasladaron, esta vez en camiones, a la vieja azucarera de Villaviciosa, ya en Asturias. Debo decirle que aunque el alojamiento era muy inferior a los lujosos edificios en los que me iba recuperando de la herida, por contra la gente nos atendió de maravilla, y cuando salíamos por ahí de paseo, nos dejaban coger de los árboles toda la fruta que queríamos siempre que respetásemos el árbol. ¿Se acuerda Vd. que eso mismo hacíamos nosotros con los gitanos que pasaban por el pueblo y con los titiriteros y con los pastores trashumantes de Extremadura? Coger todas las manzanas que queráis pero respetar las ramas. Además tengo que confesarle que estuve acompañando a una moza muy guapetona de Villaviciosa. Me parece que no le caí del todo mal. Pero lo mejor del caso, madre, y ahora se va a llevar las manos a la cabeza, es que ella y toda su familia son de la Falange. A pesar de ello, a mí me pareció muy maja así que para no discutir discutimos de no hablar de política y con eso y las manzanas que nos merendábamos, pasé las tardes de paseo con Celia, que así se llama la muchacha a la que me vengo a referir. Eso de pasear es un hábito que siempre me pareció cosa de veraneantes, una forma de perder el tiempo que nunca practiqué y de la que, después de los paseos con Celia por Villaviciosa, me hice seguidor. Y de nuevo, como me pasó en Santander cuando me bañaba en la playa, con todas estas alegrías casi me olvidé de la guerra. Lo bueno dura poco y los aviones de reconocimiento de los facciosos estaban empeñados en sacarme del sueño y recordarme que en cualquier momento el veraneo se habría de acabar.

Como campanas tocando a muerto. Así sonaba cada cañonazo en el valle lejano. El verano asturiano y el veranillo de las manzanas que le siguió tocaron a su fin. Las tropas rebeldes nos acechaban. Seguramente también ellos habían disfrutado la tregua de unos pocos días de verano y es posible que también algunos de sus soldados pasearan con las muchachas del pueblo donde hubieran estado estacionados y que robaran manzanas y que hicieran planes para volver a encontrarse cuando todo esto hubiera terminado, y aunque yo seguía fiel a mis ideales socialistas, me hice muchas preguntas. ¿Por qué mierda luchábamos? ¿Por qué no habría de querer a una muchacha aunque fuera de Falange si era decente y tenía buen corazón? Y de nuevo me encontré en la caja de un camión esta vez con destino a Avilés. La mañana había salido triste y fría. No me dio tiempo de decir adiós a Celia y seguramente quedaría con mala impresión por esta despedida a la francesa aunque quizás se hiciera cargo de que tuvimos que partir de urgencia para poder salvar la vida. Tampoco en este nuevo trayecto hubo canciones ni arengas. El silencio de los hombres derrotados, apilados en la caja del viejo Studebaker, sólo quedó roto por el traqueteo producido por los baches.

Madre: Avilés es el caos. Cientos de milicianos, tal vez miles, deambulando por los muelles de San Juan de Nieva buscado pasaje en los pesqueros y los mercantes que zarpan para Francia. Malvivimos sin orden ni concierto. Ya no hay mandos. Todos los oficiales se han arrancado las estrellas y los galones para no quedar significados cuando entren las tropas de Franco. Es cuestión de días, quizás de horas. Desde aquí le escribo y ya no sé cuando volveré a hacerlo. No se alarme si no recibe noticias en una temporada. El nombre que me dió me protege. Le cuento lo que me he encontrado en Avilés y lo que tengo decidido. Me quedaré aquí a esperar a que entren los facciosos y me entregaré. En el puerto veo cómo salen los barcos abarrotados de milicianos y cómo les tiran con artillería pesada desde los montes frente al mar. Embarcarme para huir lo tengo descartado, que la peor muerte es la del ahogado, que lo sé bien por aquel seminarista que trajo D. Modesto a pasar el verano en el pueblo y que se ahogó bajo el puente de Castro tratando de cruzar el río a nado. Aún recuerdo lo que dijo Don Modesto en la misma de funeral: murió en gracia de Dios y ahora

contempla al Padre y al mismo tiempo nos contempla a nosotros feliz desde el cielo. Y yo le tiré a Vd. de la falda y le dije al odio que eso era una tontada del cura porque no es posible tanta contemplación, que uno no puede mirar dos cosas al mismo tiempo salvo que tenga los ojos a la virulé y cada uno de ellos mire para un lado y, en fin, que yo me acordaba bien de la cara del seminarista y recordaba perfectamente que tenía cada ojo en su sitio. Vd. no pudo contener la carcajada en medio de la iglesia y al llegar a casa me riñó. Y la riña de Vd. no era de verdad porque mientras me regañaba se le escapaba la risa por la ocurrencia. Reír y reñir a un tiempo es tan difícil como mirar a dos sitios a la vez, como hacía el seminarista desde el cielo, y con esta respuesta mía Vd. se acabó de desarmar y soltó una risotada que se oyó en toda la casa, y me dio un gran abrazo, y yo salí contento del trance por haberla ayudado a olvidar tantas penas como Vd. tenía.

Del percance del seminarista veraneante y de su desgraciado final bajo el puente me acordaba cuando contemplaba los barcos saliendo del puerto y el resplandor de los cañonazos en la costa y por eso no me moví del puerto. Y fue entonces, estando sentado en una gran pieza de metal que llaman noray y que sirve para amarrar los barcos, que se acercó un grupo de milicianos de Asturias haciendo ostentación de armas y munición y animándome a tirarme al monte con ellos y resistir hasta la llegada de refuerzos de Europa y de Rusia. Madre, Vd. recordará que desde que aprendí a leer y escribir, me acercaba todas las tardes al café—bar de Tino para leer la prensa de la capital y no se me escapaba ni un anuncio ni una esquela y así he seguido con mi afición a la lectura y sabía de buena tinta que nadie nos habría de socorrer, que en Europa mandaban y siguen mandando los que son como Franco, y los demás están achantados y no quieren meterse en líos con los fascistas. Y también sabía, porque la geografía siempre se me dio bien, que Rusia está muy lejos y tenía otras preocupaciones de las que ocuparse en sus propias fronteras. Aquí llegaron cuatro aviones y un montón de comisarios políticos de la URSS como aquel Caracol del que le hablé, pero se acabó lo que se daba. A la vista de lo cual, y de que yo estoy de guerra hasta donde los gochos más disfrutan cuando se tiran al fango, Vd. ya me entiende, he decidido terminar la guerra en lo que a mí concierne y quedar a la espera de lo que me depare el destino. Aquí, en el propio hospitalillo, hay un médico adepto al alzamiento y que parece buena persona. Nos ha dicho que él responde de la seguridad de la entrega, y que luego, cada uno sabrá lo que ha hecho y responderá de sus actos, y cómo le decía, como yo no hice nunca mal a nadie aunque mis ideas estuvieran con el Frente Popular, y como Vd. me puso Buenaventura con mucha intención, estoy seguro que también de esta saldré. Con esto y con la esperanza de poder enviarle nuevas cuanto antes, se despide de Vd. su hijo afectísimo que no la olvida. Buenaventura.

Reimat, Lérida, 10 de Noviembre de 1938.

Queridísima madre:

Al recibo de la presente espero se encuentre bien de salud. En lo que a su hijo respecta, y a pesar de las circunstancias que afronto, me encuentro bien de ánimo y mejor de salud. Le escribo desde Raimat, en la provincia de Lérida donde los vientos de la guerra me han traído sin yo haber solicitado este destino. No se preocupe Vd. que estoy alojado en un castillo muy hermoso esperando que me suelten en cuanto se aclaren las dudas que sobre mi comportamiento antes de la guerra y en el frente, tienen los mandos que aquí nos instruyen. De modo y manera que todo es cuestión de papeles. Por suerte, uno de los soldados que nos custodian resultó ser paisano de Juaco, el primo de Piornos y por su mediación, y esperando que por este favor tan grande que me hace no quede comprometido, le hago llegar estas líneas, para que tenga Vd. la misma tranquilidad que yo tengo pues, como le dije, ninguna fechoría cometí antes de ser apresado. Quiera Dios que llegue yo al pueblo antes que esta carta para que le cuente en persona lo que ahora le escribo y no tenga Vd. que leer tantas

letras.

Como no tengo certeza de que recibiera las cartas que le escribí desde los campos de trabajo de Miranda de Ebro y Aranda de Duero, y aún a riesgo de repetirme, le cuento todas las calamidades que pasé desde que pude enviarle noticias estando en Asturias. Tenía Vd. que haber visto cómo entraron los nacionales en Avilés: uniformados, desfilando en formación, con sus mandos al frente y sus banderas al viento. Yo los vi llegar desde la azotea del hospital. Me recordaron a los romanos con los cascos emplumados de aquella película que echaron en el cine que pusieron en las eras por la patrona. Cuidado que le hicieron a Vd. gracias las plumas de los romanos. Padre, que en paz descansa, tan serio para todo, decía que aquellos no eran soldados ni nada parecido y que con esas hechuras no se puede hacer la guerra ni en Filipinas ni en Roma. Esa misma imagen de orden y concierto fue la que me dio el ejército rebelde. Tan distintos de nosotros, picados de sarna y llenos de mataduras.

El médico cumplió su palabra. Vestido con su bata blanca esperó erguido la llegada de la fuerza militar. Al verlos acercarse ondeó un trapo blanco atado al palo de una escoba y anunció en voz alta que tenía un grupo de milicianos para entregar. Un teniente de requetés al cargo de una sección mandó parar a los hombres y les ordenó que cargasen las armas. Luego se aproximó en solitario pistola en mano. El médico se identificó mostrando al teniente su carnet de Falange que le acreditaba como camisa vieja. El militar enfundó el arma y saludó marcialmente. Nos mandaron formar en la gran sala de la planta baja. Seríamos poco más de treinta hombre, la mayoría heridos. Habíamos apilado los fusiles y las pistolas en un rincón de la estancia. Nos ordenaron desnudarnos para comprobar que no escondíamos ningún arma. Y entonces ocurrió lo más sorprendente de toda la ceremonia de entrega. El teniente se volvió hacia nosotros y, sin más preámbulo soltó el discurso más extraño que yo haya escuchado jamás:

“Soldados rojos, sois unos afortunados y deberíais dar gracias a la Virgen de Covadonga, patrona de estas tierras y al doctor Serrano porque entre ambos os acaban de salvar la vida... de momento. Pero como los comunistas bolcheviques y las hordas masónicas del Frente Popular os han lavado el cerebro y os habéis olvidado de rezar, ahora mismo os vais a postrar de rodillas para repetir conmigo: Querida Santina: como madre de Dios y madrina de Don Pelayo que eres y serás, te damos gracias por haber rescatado a Asturias de las garras de la chusma atea de la que formamos parte hasta el día de la fecha y confirmamos, por tu hijo y ahijado respectivamente, nuestra renuncia a las artes del maléfico de las que estamos imbuidos. Amén Jesús. Viva Franco y Arriba España”

Cumplimos la orden. Arrodillados, desnudos, humillados, repetimos frase a frase la extraña oración y dimos los gritos de rigor. Por fin nos levantamos y salimos en fila india a través de un pasillo que hicieron los soldados armados. Tenían orden de permanecer callados mientras hacíamos aquel paseillo hacia los dos camiones que ya habían preparado para trasladarnos a la vieja vidriera de Avilés. Enseguida comprobamos que no habíamos sido los primeros en llegar. Más de 300 milicianos desarmados había en el patio central. En los próximos días llegarían mucho más procedentes de los pueblos cercanos. Todos tenían un aspecto calamitoso.

Dormíamos en el suelo como sardinas en lata, sin mantas ni colchones. La primera noche pudimos descansar y no hubo ninguna saca, lo que nos hizo albergar la esperanza de que todo iba a quedar en unos días de encierro, a lo sumo unas semanas, hasta que cada cual pudiera justificar su pasado y marchar a su casa. Qué equivocado estuve. A partir del segundo día, cada amanecer el terror se apoderaba de nosotros: una escuadra llegaba y escogía al azar a media docena de prisioneros para ser inmediatamente fusilados, sin mediar una palabra. No podíamos dormir en toda la noche esperando escuchar por los pasillos el paso acompasado de los soldados

anunciando nuevos fusilamientos. Y a pesar de ello, me sorprendió la entereza de muchos que sabiendo que estaban señalados para morir de madrugada, iban hacia la tapia de la vidriera con la cabeza alta y dando vivas a la República. También vi a más de uno con los pantalones mojados y llenos de mierda.

Llevaríamos encerrados poco más de una semana cuando un zagal, no tendría 20 años, fue incluido en la saca por revoltoso. No olvidaré jamás como, camino del paredón, gritaba: os vais a joder que yo con uno pago y me cargué a dieciocho de los vuestros, cabrones.

Llevaríamos diez días en la vidriera cuando nos metieron en un carguero y nos llevaron hasta Santoña, más allá de Santander. Nada más embarcar, y a poco que afrontamos las primeras olas, vomité el chusco de pan negro que nos habían dado poco antes de zarpar. A pan y agua. Así nos mantenían vivos, como las cuerdas de presos que conducían los guardias civiles por la carretera del pueblo. Fue entonces cuando me pregunté, por una sola vez, qué había hecho de mal en la vida para verme en tan lamentable trance. Pronto acepté mi situación como una condena caprichosa del destino y en esta resignación ante lo inevitable encontré consuelo y algún rayo de esperanza. En Santoña nos esperaba el recibimiento más hostil que pueda Vd. imaginar. Allí deben ser afectos a los nuevos mandos porque todo el pueblo formó un pasillo a través del cual desfilamos entre insultos camino de una vieja escuela. Los centinelas de la puerta nos quitaron los relojes y cualquier objeto de valor que aún lleváramos encima. A estas alturas de la historia poco pudieron sacar de nosotros, poseídos, como ya estábamos, por la inmundicia y la suciedad. Allí pasamos más de un mes sin nada que hacer mientras nos clasificaban en tres grupos: adictos, dudosos o rojos. Como no tenían informes míos, ni a favor ni en contra, me pusieron en el grupo de los dudosos y por ello me enviaron el campo de concentración de Miranda de Ebro. Este invierno de 1938 ha sido tan malo como aquel de la heladas cuando se echó a perder toda la cosecha de los frutales y padre tuvo que bajar a la ribera a comprar manzanas por primera vez en su vida. Aquella fue la peor humillación de su existencia en la tierra, como a él le gustaba pomposamente decir. Yo recuerdo que cuando Vd. se enfadaba con él y para chincharle Vd. le recordaba: cállate gañán que has tenido que ir a comprar manzanas a los mastuerzos. Y padre se callaba y salía a la calle dando un portazo por no echar una blasfemia. Vd. sabía dónde le dolía porque aquella puya hería como ninguna otra cosa su orgullo de labrador criado en la montaña. Al rato volvía, ya tranquilo y decía con mucho empaque que las manzanas de la ribera eran sin duda mejores que las nuestras, pero no por la destreza de los riberanos en su cultivo, sino porque la conjunción de condiciones ajenas a aquellos: la calidad del riego puesto que el agua procedía de nuestras montañas, la mayor exposición solar y la piedad que Dios nuestro Señor sentía desde tiempo inmemorial hacia aquella pobre gente. Y soltaba este parlamento que parecía que estaba haciendo teatro y Vd. se tenía que tapar la boca con el pañuelo, y hacía cómo que le venía un gran estornudo porque no estallara la risotada que tenía dentro. Y eran estos recuerdos los que aliviaban el frío y las vejaciones que sufrimos en Miranda de Ebro y más tarde en el Batallón de Trabajadores número 110 de Aranda de Duero. El frío calaba hasta la médula, y de calentarnos se encargaban los militares de Franco que nos custodiaban, y Vd. ya me entiende, así que procurábamos no hacer méritos para estar cerca de la candela. Más de uno murió de frío en posición de firmes mirando el palo de bandera. Así eran los castigos. Allí quedaban los cadáveres tirados y expuestos a nuestras miradas durante un par de días, rígidos por la congelación para escarmiento y ejemplo de la escoria bolchevique como les gustaba llamarnos. De vez en cuando nos sacaban a la ciudad para limpiar las pintadas y los rótulos que quedaban del Frente Popular tanto en Miranda como en Aranda. Sin embargo salir a la calle en Miranda siempre traía alguna

alegría en forma de comida. Hay allí mucha población ferroviaria de ideas republicanas y cuando nos veían en la calle, tan desastrados, siempre nos daban a escondidas un trozo de chocolate o un par de manzanas.

Y así, entre ambas localidades, pasaría un tiempo que no puedo precisar, pero en la primavera, me trasladaron junto con muchos otros camaradas del Batallón 110 al castillo en que actualmente me encuentro. Y estará Vd. de acuerdo conmigo en que esta guerra me sigue proporcionado alojamientos de postín sin yo haber hecho mérito ninguno. Bien es verdad que no duermo en las habitaciones principales, allí pernoctan los oficiales al mando, sino en unas literas que han instalado en los establos y aunque el olor y las moscas son malos compañeros de dormitorio, esto es un palacio comparado con las condiciones tan penosas de los campos de concentración. Aquí está instalado el Depósito de Abastecimiento del Ejército del Norte y nuestro trabajo consiste en cargar y descargar sacos de legumbres y cereales, habitualmente garbanzos y trigo. Cien kilos por lo menos pesa cada uno. Menos mal que tengo práctica de tirar de sacos aún más pesados en la era. Recuerdo haber visto como un compañero de ciudad caía aplastado por el peso de un saco de harina que le echaron encima desde la caja de un camión. Aunque sea una maldad el decirlo, la gente de campo que estamos aquí, y que somos mayoría, nos empezamos a reír y a gastar bromas. A la semana ese mismo chico levantaba los cien kilos como cualquiera de nosotros.

Los oficiales que nos mandan preguntaron al poco de estar en Raymat quien tenía buena mano para los números, yo levanté el brazo sin pensar y dije: para los números y las letras. Padre no habría aprobado esta respuesta mía. Él siempre decía que en el ejército no hay que apuntarse voluntario ni para tocar la corneta, que el que pregunta se queda de cuadra y cosas por el estilo, pero yo pensé que hacer cuentas con los sacos siempre sería mejor que cargar con ellos, y así fue porque, aun permaneciendo vigilado, me pusieron en una garita a llevar la contabilidad de la mercancía que entraba y salía del Depósito. Pero además, y aunque esto no fuera oficial, me fui haciendo con una tarea adicional que me ayudó a matar el aburrimiento de las horas muertas en que permanecíamos encerrados en el establo. Me puse a escribir la correspondencia de que quienes no supieran o no pudieran hacerlo. Y así fue como conocí las peripecias de muchos compañeros que habían luchado en otros frentes. Con algunos de ellos llegué incluso a intimar. Me acuerdo especialmente de un andaluz al que decían El Chato al que ayudé a redactar una carta dirigida al maestro de su pueblo pidiendo informes de conducta para presentar ante la Junta de Libertad. Pude ver con satisfacción cómo entre la respuesta del maestro y la labia que se gastaba, quedó en libertad a pesar de las barbaridades que me confesó haber cometido durante la guerra. Siempre andaba con un colega al que decían El Tarugo, bruto como él solo que, por algún motivo, no acaba de mirarme bien. Fíjese Vd. si sería bestia que, cuando le tocó comparecer ante la Junta de Libertad y le preguntaron si tenía alguien que pudiera avalar su conducta antes de 18 de Julio, no se le ocurrió otra cosa que proponer a los supervivientes de la familia a la que había encerrado en una choza antes de pegarle fuego. Nunca sabré si lo hizo por despecho o por imbecilidad, aunque conociendo de qué pié cojeaba, seguramente lo hizo, y perdone Vd. la expresión, por cojones. De esto, él tenía más que nadie, repetía el desgraciado una y otra vez.

Madre, debo dejar de escribirla en este momento porque este soldado paisano de Juaco que le comentaba y que me hace el gran favor de hacerle llegar esta carta, me urge para que termine pues está a punto de finalizar el servicio y salir del cuerpo de guardia donde me encuentro en este momento. Dondequiera que la suerte me lleve haré lo imposible por tenerla al tanto de mis andanzas. Entretanto reciba Vd. un beso y el abrazo más fuerte de su hijo de Vd. que la tiene siempre presente. Buenaventura.

Manresa, 12 de Octubre de 1939. Año de la Victoria.

Queridísima madre:

Espero calmar con la presente la inquietud que sin duda le habrá causado la ausencia de noticias de más de un año. Esto se ha debido a que fuimos mudando el Depósito de Abastecimiento del Ejército del Norte al que he sido asignado como prisionero según nuestro glorioso Ejército Nacional avanzaba triunfal por tierras de Aragón y Cataluña. La victoria alcanzada esta pasada primavera me encontró aquí en Manresa, pero previamente nos establecimos en varias localidades de la provincia de Lérida como Cervera o Castellón de Farfaña. Lamentablemente mi condición empeoró a raíz de los informes de conducta recibidos de la Guardia Civil de Bilbao y pasé, de tener cierta libertad de movimientos dentro del Depósito, a estar encerrado en calidad de prisionero desafecto pendiente de resolver su destino final a la espera de nuevos informes que, con suerte, certifiquen mi buena conducta cívica en los años de la República. Los primeros que envió la Guardia Civil no fueron buenos, no la voy a engañar, pues me retrataban como un individuo asqueado de la religión católica y que siguió con entusiasmo las consignas del Frente Popular participando en actividades de agitación de las masas, lo cual que no responde a la realidad como Vd. bien sabe por mi comportamiento en el pueblo siempre respetuoso y dispuesto a ayudar en las tareas de la Santa Madre Iglesia. Aún me parece estar oliendo el aroma del incienso durante la Exposición del Santísimo. Mientras Don Modesto mostraba la sagrada forma encerrada en su custodia, yo agitaba con fuerza, y esto sí lo hacía con entusiasmo, el incensario, hincado de rodillas a los pies del altar. Como bien recordará Vd., fui monaguillo durante más de 10 años y acudí en ayuda del señor cura de forma voluntaria en multitud de ocasiones mientras otros que hoy se dicen afectos al movimiento lo hacían arrastrados por sus padres.

Por este motivo, y con el fin de que estos antecedentes de servicios prestados a la S. M. Iglesia sirvieran para desmentir la información tan perjudicial a mis intereses del informe recibido, escribí recientemente a Don Modesto con el ruego que de certificara y enviara al comandante de puesto de la benemérita referencia de cuanto más arriba refiero. La buena memoria del señor cura y el afecto que siempre me mostró servirán para acreditar que, aunque durante algún tiempo me alejé de la S.M. Iglesia, nunca dejé por ello de considerarla como mi casa. Por todo esto, le ruego, madre, que al recibo de la presente acuda Vd. de inmediato a la sacristía en la que, con seguridad, encontrará al señor cura y, después de presentarle mis respetos y profundo afecto, le urja para que cumplimente con verdad y claridad mi requerimiento de información, y que lo haga a la mayor brevedad porque en ello me va la vida. Como tantas veces he expuesto a las autoridades que ahora nos custodian, si nada malo hice, nada malo ha de pasarme, pero no siendo mi palabra suficiente para convencer al tribunal que haya de juzgarme, es preciso que personas de orden y acreditada fidelidad al movimiento nacional así lo hagan constar. La intervención en mi favor de quien bien me conoce y la protección que Vd. me dispensó al cristianizarme como Buenaventura, sin duda permitirán que nos encontremos muy pronto y que yo la abrace como cuando era un zagal, que lo hacía tan fuerte que Vd. hacía como que protestaba pero luego me pedía otro abrazo de oso.

Por lo demás, la vida en este destino que me tocó en suerte fue buena hasta que me encerraron con los presos de peor pronóstico. No se preocupe en cuanto a alimentación y atenciones que, sin ser esto una fonda, el rancho que nos dan es el mismo que reciben los centinelas y para dormir disponemos de un jergón bien mullido. Por ser el tiempo y los medios limitados, dejo en este punto mi relato con la insistencia de que acuda al señor cura cuyo testimonio será determinante en mi causa. Con todo el cariño de su hijo de Vd. Buenaventura.

Ciriello, León. 15 de Noviembre de 1939. Año de la Victoria.

De Comandante de Puesto de la Guardia Civil a Comandante Jefe del Depósito de

Abastecimiento del Ejército del Norte.

Muy Señor Mío:

Para su conocimiento y efectos oportunos comunico que con motivo de las diligencias practicadas en la Iglesia Parroquial de esta localidad ocasionadas estas por el vil asesinato del señor cura párroco de la misma D. Modesto Álvarez Quintana a manos de una partida de insurgentes integrados en las hordas marxistas que antes de la gloriosa victoria apoyaron como milicianos al Frente Popular, hallamos una carta remitida desde ese Depósito de Abastecimiento por el preso Buenaventura de Dios Bardón al fallecido, en petición de informes de conducta. A este respecto resulta oportuno consignar a esa autoridad que tales informes no podrán ser emitidos por razón del deceso del citado señor cura párroco con anterioridad al recibo de la mencionada carta.

En otro orden de cosas, y por si considera oportuno así notificarlo al preso Buenaventura de Dios Bardón, debo comunicar a Vd. que a la vista del contenido de dicha carta, acudimos al domicilio de la madre del preso, D^a Herminia Bardón Diez, porque esta tuviera noticia de la solicitud de informes por parte de su hijo y, en vista del fallecimiento del señor cura, decidiera procurárselos de otras instancias. Al no dar señales de vida la citada señora pese a repetir la visita a su domicilio en tres ocasiones, conocimos por la vecina Aurora Álvarez Rabanal de su fallecimiento de muerte natural en los primeros días del glorioso Alzamiento Nacional, razón por la cual, y ante la imposibilidad de dar curso a dicha carta, se devuelve la misma al remitente junto con otras remitidas desde Bilbao, Aranda de Duero, Miranda de Ebro, Avilés, Reimat y Manresa que encontramos sin abrir al acceder al domicilio de la citada señora y que presumiblemente fueron introducidas por debajo de la puerta por el servicio de correos o por mano de persona cercana puesto que algunas carecían de franqueo. Todo lo cual comunico a Vd. por si dicha documentación pudiera surtir efectos en la causa del preso o bien considera Vd. oportuno ponerlo en conocimiento del mismo Buenaventura de Dios a los efectos oportunos.

Es cuanto tengo el honor de informar a Vd. cuya vida guarde Dios muchos años. Fdo. Segismundo Lamela Benítez. Comandante del Puesto.

Manresa, Barcelona. 26 de Diciembre de 1939 Año de la Victoria.

De Comandante Depósito de Abastecimiento del Ejército del Norte a Comandante de Puesto de la Guardia Civil de Ciriello. León

Muy Sr. Mío:

Acuso recibo de su atto. escrito del 1 de Marzo pasado y paso comunicar a Vd. que el citado individuo Buenaventura De Dios Bardón faltó al recuento de la noche del día 24 de Diciembre de 1939 y no ha vuelto a comparecer en estas dependencias por lo que ha pasado a ser considerado como prófugo o desertor a la luz de las leyes civiles o castrenses que resultaren de aplicación al citado individuo.

Lo que comunico para su conocimiento y a efectos de que, en caso de ser localizado por esa fuerza, sea inmediatamente entregado a este Depósito. Dios guarde a Vd. muchos años. Telesforo Madrigal Losada. Comandante del Depósito.

Aunque el Comandante Madrigal no me lo había comunicado personalmente – para eso disponía de una recua de sargentos chusqueros deseosos de dar las malas noticias – enseguida tuve noticia del oficio de la Guardia Civil de Ciriello. Con D. Modesto muerto y la imposibilidad de acreditar la ayuda que tantas veces le presté como monaguillo, mis posibilidades de sobrevivir eran escasas. La desaparición de mi querida madre, último clavo al que agarrarme, me hundió en la desesperación.

Las autoridades del campo, con la ayuda de un cura animoso de Manresa, quisieron celebrar cristianamente la Navidad. Después del rancho de Nochebuena consistente en un chusco de pan con un huevo duro incrustado en su interior, organizaron la misa del Gallo a la que debíamos asistir todos los internos, incluidos los que permanecíamos

encerrados por razón de nuestros antecedentes. Pidieron voluntarios para ayudar al cura, y de nuevo, contraviniendo el consejo de mi padre, manifesté que yo era capaz de hacerlo. Y es que quería estar cerca del altar y más que por razón de fe, por intuir que alguna ventaja podría sacar de ello. Así que quedé comprometido junto con otro compañero en atender al cura para la misa del Gallo.

Poco después de cenar los manjares que antes mencioné, vi cómo el cura, que se llamaba Igartua, y un paisano de Manresa, accedían al patio central del Depósito conduciendo un carro sin teleras ni costillas laterales tirado por dos bueyes; lo que en el pueblo conocíamos como un carro chillón que no era otra cosa que un tablero sobre dos ruedas sobre el que habían desplegado un mantel blanco cuyos faldones caían por los cuatro lados y cubrían las ruedas del carro. Era un altar móvil lo que habían acondicionado el cura y el paisano. Y a partir de ese momento sólo tuve un pensamiento: escapar del Depósito escondido debajo del carro después de la misa.

Los internos fueron apareciendo y haciendo corrillos en el patio mientras los dos monaguillos corrimos a ponernos a disposición del cura. Al vernos llegar nos tendió las manos, una a cada uno, con la pretensión de que se las besáramos. Comprobé que el oficial de guardia contemplaba la escena y cubrí el expediente con un leve roce de mi cara con la mano blanda del cura. Entonces nos entregó los aperos de liturgia que debíamos colocar sobre el carro—altar: un copón, dos candelabros y un reposa libros al que él llamó “mi pequeño facistol”. La misa comenzó ante una parroquia puesta en pié y en formación, desastrada y descreída. No pude prestar al sermón la atención que se merecía porque nada más pensaba en la huida, pero sí recuerdo que todos los presos debíamos estar contentos, tanto los que iban a ser liberados por su buena conducta como los morituri. Utilizó muchos latinajos durante el sermón, pero la palabra morituri se me quedó grabada. Tampoco recuerdo qué motivos dió a este segundo grupo para regocijarse por su triste destino, pero el cura mencionó unos cuantos. Los feligreses seguían la plática del páter con rostros sombríos.

Como digo, yo continuaba discurrendo la forma de escapar. El carro, idéntico al que yo volqué de chiquillo en el camino de la Velilla, se me presentaba como un regalo enviado por mi madre desde el cielo, más efectivo para el trance en que me hallaba que el nombre que me puso al nacer. Yo conocía a la perfección como era el carro por debajo: el eje, los clavos, los resaltes y remaches a los que podría agarrarme. Todo era cuestión de aprovechar un despiste para deslizarme bajo el mantel, sujetarme de pies y manos, y aguantar a pulso el tiempo que tardase el carro en salir al exterior. Lo fundamental sería encajar los pies entre el eje y el tablero y sujetarme con las manos a las traviesas de la parte posterior. Me acordé de la herida de bala en el brazo izquierdo y me pregunté si tendría la fuerza suficiente para resistir. Aunque estaba curada y cicatrizada, creí notar una cierta debilidad respecto del brazo derecho. Mientras la ceremonia continuaba, empecé a apretar y aflojar el puño para calcular la fuerza de cada mano y me tranquilicé al no apreciar gran diferencia entre una y otra. Ya estaba mentalmente preparado para la huida. Sólo faltaba que el cura diese por finalizada la ceremonia del Gallo.

Las cosas ocurrieron de la siguiente manera a partir de que pronunciase las palabras que anuncian el fin de la liturgia: *ite missa est*. En lugar de llamar a los internos a formar, y seguramente como consideración a lo señalado de la fecha, les dejaron permanecer un rato en el patio charlado. Enseguida se formaron corrillos. Mientras tanto, los monaguillos retiramos los utensilios del altar y se los entregamos al cura. Y entonces me decidí. Ahora o nunca pensé. Dejé caer al suelo un pañuelo que llevaba en el bolsillo, me agaché a recogerlo, y desde la posición de cuclillas barrí con la mirada el patio, las galerías que lo rodeaban y las garitas de vigilancia. En menos de un segundo me había hecho la composición de lugar: nadie me estaba mirando. El siguiente segundo me sirvió para colarme debajo de los faldones del carro y al tercero

ya estaba en la posición prevista: las manos en las traviesas y los pies, calzados con alpargatas, encajados entre el eje y el piso. Así permanecí en silencio un buen rato. Pronto empezaron a dolerme las manos y como el carro permanecía parado, me solté de una de ellas y la apoyé en el suelo, luego cambiaba de mano y así sucesivamente. Temía que alguien viera mi brazo que parecía soportar, como si fuera un tentemozo, el peso de aquel extraño altar. Afortunadamente la luz de los focos que iluminaban el patio era muy tenue, y la oscuridad reinaba en la sombra que proyectaba el propio carro. Yo escuchaba el murmullo de las conversaciones de los presos y me preguntaba cuándo sonaría el silbato que los convocaría a filas. Por fin, y elevándose por encima del murmullo, escuché al cura Igartua decir las palabras mágicas: chaval —se estaba dirigiendo al otro monaguillo—llama al paisano y que traiga los bueyes que nos vamos. El cura se despidió del oficial de guardia y ambos se felicitaron por la brillantez de la ceremonia. La próxima el 1 de Abril, para celebrar el primer aniversario propuso Igartua. Buena idea, respondió el militar, pero me temo que para entonces tengamos menos público con tanto morituri como hay en el Depósito. Ambos celebraron la ocurrencia con una carcajada. Los abrazos de despedida que intercambiaron produjeron un fuerte plamoteo sobre sus espaldas. Enseguida escuché el tolón-tolón aún lejano y celestial de los cencerros al cuello de los bueyes. Cuando vi las abarcas del paisano y las ocho pezuñas del tiro acercarse y colocarse delante del carro para su unción, empecé a repetir mi nombre: Buenaventura, te llamas Buenaventura y madre te puso el nombre desde que te sintió en el vientre y vas a salir de esta, y con suerte vas a visitar pronto a Celia en Villaviciosa y vais a volver a pasear entre los manzanos y..... y el carro empezó a moverse en dirección a la puerta del Depósito, despacio, muy despacio. Me dolían terriblemente las manos, empezaba a sudar a mares y un martillo dentro de la cabeza me golpeaba la frente, la nuca y las sienes, pero no estaba dispuesto a soltarme. Abre al padre, dijo un centinela y yo grité para mis adentros: ¡abre de una puta vez! Entonces sonó el silbato para formar y escuché muchos pies arrastrándose mientras las puertas se abrían y el carro seguía su camino hacia la libertad conmigo pegado como una lapa a la roca. Cruzamos el umbral del Depósito y pude distinguir cuatro o cinco pares de botas flanqueando nuestro paso y enseguida dar media vuelta y entrar en el Depósito para cerrar de nuevo las puertas. Era libre. Así de fácil, pero aún debía aguantar un poco más antes de soltarme. Ya casi no sentía las manos y la espalda empezó a dolerme terriblemente en las lumbares. Además no podía dejarme caer a plomo para no llamar la atención del cura o del paisano. La oscuridad jugaba a mi favor.... y ya no pude resistir más: primero me solté de los pies, luego una mano y luego la otra. Quedé tendido en el camino mientras el carro chillón se alejaba lento e indiferente. Estaba tan agotado que permanecí tumbado e inmóvil un buen rato. Sabía que una vez terminada la formación dentro del Depósito, pasarían lista para el recuento nocturno, que pronunciarían mi nombre dos veces y si nadie respondía "presente" sonaría la alarma y empezaría la búsqueda..., o tal vez no. ¿Para qué necesitaban un preso más o menos cuando tenían miles en toda España? Me levanté, miré por última vez los muros del Depósito y corrí hacia la oscuridad.

MATILDE LA PELIRROJA
MARÍA RUIZ PAU

Este niño llora por vicio, está limpio y ha mamado hasta hincharse, qué mas querrá el puñetero. Qué bien se me está criando aunque sea un chinche, no como el hermano, pobrecito mi Carmelo, lo delgadito que está con lo bueno que es.

Mi Carmelo morenito y esmirriao como un gato, y mi chico, gordo y con los rizos coloraos, como un querubín.

Mi marido no duerme hoy en casa, ni ayer tampoco, pero para el caso que hace de noche a los niños cuando berrean, ya me apaño sola mejor, que oyéndolo roncar a pierna suelta todavía me pongo de más mala leche.

El pobre, cuando pilla cama no tarda ni medio minuto en quedarse dormido, que hasta coraje me da porque ni me mira, pero ya le toca bastantes noches dormir al raso a la criatura. Y eso cuando hay suerte y duerme, que la mayoría de las noches las pasan en vela, sin encender ni una fogata sea verano o invierno, no los vayan a pillar los guardias. Pero este tiene más monte encima que las liebres, que echó los dientes de furtivo. A este no le va a pasar nada malo, ya lo sé yo, a este no.

Esta vez son dos serones de tabaco de picadura bien cargados. Con lo que traiga, tenemos de sobra hasta fin de mes y puede que hasta para el mes que viene. Que a mis hijos no les falte de comer, que más me da a mí lo que diga la gente, bastante hambre y fatigas pasamos nosotros en la guerra.

Hambre y lo que es todavía peor que el hambre. El miedo y la humillación. El aceite de ricino, los tirones del pelo, los gritos, los guantazos. Mis rizos colorados rodando por el suelo sucio de colillas y gargajos, ocultando las botas militares del guarro ese con pinta de cura.

Lo que me pegaron esos mierdas fascistas, madre, lo que me sobaron. Las palabras verdes y los insultos que tuvieron que escuchar mis oídos mañana tarde y noche durante tantos días... No, no lo quiero recordar, por mis niños chicos, no lo debo recordar. Y después, más de tres años limpiando pescado en la plaza con la cabeza agachada, escamando y quitando tripas y espinas hasta que me sangraban los dedos por las uñas; las yemas de los dedos se me han quedado blancas ya para siempre.

Y agradecida todavía de que no me hubieran matado como mataron a mis padres delante de mis ojos, con ese recochineo, que hasta acribillaron el cartel de la panadería, riéndose a carcajadas. La harina colorada, empapada de sangre; mi madre con la cabeza vuelta hacia mí, mirándome sin verme, como rota.

Y Enrique... mi Enrique. A día de hoy no sé si está vivo o muerto, mucho me temo que no consiguiera escapar, fusilaron a tres o cuatro de los que estaban en su logia delante de la tapia del cementerio. Pero él se tuvo que escapar, seguro, él en la tapia no murió, y tampoco se fue al frente. Pero de verdad qué sé yo...

A su hermana Amparo no le pregunto, y al mierda de su marido menos, quién se habrá creído que es el cojo, la manía que me tenía sin que yo le hubiera dicho ni buenos días ni buenas noches, que no me podía ni ver.

Aunque la verdad es que yo no bajo de la sierra a La Línea desde hace más de tres años, bien podría enterarme de lo que le pasó por cualquiera de los que van allí a vender la chacina. A mi marido no se lo quiero yo encargar, que todavía es capaz de encelarse de un muerto.

A estas alturas, hace ya más de tres años que acabó la guerra, no creo que a nadie le doliera preguntar de mi parte con discreción. Pero no, yo no pregunto, no quiero enterarme si le pasó algo malo, mejor así. Cada día celebro que no me viera pelada y maltratada, como un trapo viejo cuando no era más que una chiquilla. Su chiquilla.

Enrique... Su nombre aún me ayuda a dormir cada noche y el aliento a caramelo de anís de su boca aún me consuela cuando me desvelo.

Cuando el olor de las tripas de pescado en mis dedos me despierta en la madrugada y solo quiero llorar y llorar.

ÁNGEL

JULIO ANTONIO GARCÍA LÓPEZ

Daniel 6:22

Mi Dios envió su Ángel, que cerró la boca de los leones, y no me han hecho daño alguno porque fui hallado inocente ante Él; y tampoco ante ti, oh Rey, he cometido crimen alguno.

La realidad os alcanzará inexorable en este amanecer, vuestro sueño está a punto de acabar. Abandonad cualquier ilusión vespertina y rezad para redimiros. Con la revolución ha comenzado un nuevo día en nuestra Nación. La verdad está aquí, una realidad que descompondrá vuestros sueños y hará de España: Una, Grande y Libre. Amenazar y torturar a veces es efectivo, pero el dato se extrae mejor con un soborno, o la simple promesa de este. Luego solo queda deshacerse del individuo y recuperar el "oro". Ese oro huérfano lo depositas en la Banca Commerciale Italiana de Nueva York en Gibraltar a la espera de que acabe el conflicto. Son retribuciones que más tarde utilizaré para continuar con el mandato de Dios.

Es como un cuervo. Un cuervo alto, potente y sabio. Arrebatador. Lo conocí un largo día en el desierto y me infundió el respeto que no creí profesar jamás por un ateo. El traductor de la Gestapo que traía con él me hizo preguntas extrañas tales como si mi padre me abrazaba cuando era niño. Yo no tengo padre, le contesté, me abrazaban los curas y ellos me hablaron de él. Al final dijo algo en alemán que no fue traducido y sentí como si hubiera suspendido un examen. Después puso su mano en mi hombro y todo pesar huyó de mi cuerpo. Él fue quien organizó el equipo de purificadores que conformábamos. No lo volví a ver.

Después de eso viajamos a la Madre Patria y nos dividieron en parejas sin que tuviéramos contacto con el resto de compañeros. Bien financiados, se nos indicaba la fuente en la cual excavar para que brotara la información necesaria y de esta manera poder terminar, cuando recuperáramos el poder, con la gentuza que habitaba en esa costa. Acabar con el prójimo no parece mandato divino, pero ¿quién detiene entonces la plaga del comunismo? Ellos no se paran en disquisiciones éticas cuando torturan a los cristianos en la checa de turno, ¿debemos entonces poner la otra mejilla y permitirles apoderarse de lo que tanto trabajo costó construir a nuestros ancestros? Ya habrá tiempo de poner la otra mejilla, ya habrá tiempo para la piedad y la misericordia cuando venzamos. La vista en el cielo y los pies bien plantados en la tierra. Si permitimos que esta enfermedad prospere, la palabra de Dios será aplastada así como sus seguidores. Nosotros no lo vamos a permitir, aunque para ello tengamos que utilizar también los viles medios de los que se sirve el enemigo: mentiras, dobleces y asesinato. Así vivimos la guerra nuestra.

A un lado y a otro de la verja, buscar y recabar información antes del alzamiento. Lo que hacemos es acaparar nombres para la inevitable purga. Vamos Gerardo Lamadrid y yo. Él equilibra el conjunto de nuestro aspecto con su cuerpo rechoncho y peludo. Hoy toca la pesquisa fina del menudeo.

Uno se acuesta con ilusiones pero se levanta con realidades, eso me aseguraron que decía mi santo padre. Yo digo que por mucho que uno se acueste con ilusiones y sueños no cambia la realidad de la mañana. Hoy en día, en nuestra tierra, judíos y masones conspiran inseminando los espíritus de nuestros jóvenes con propaganda comunista, y apostatan con promesas de igualdades utópicas y futuros imposibles. Las ensoñaciones infantiles de esos ignorantes, que se hacen llamar intelectuales de izquierda, llenan las mentes vacías del lumpen con ilusiones vanas.

Algunos de los que habitamos en un nivel superior de la existencia luchamos por nuestra Patria, por nuestras madres y nuestra estirpe, para que no se contamine la sangre que corre por las venas de los españoles de alcornia. Los elegidos sacrificamos con gusto la pureza de nuestra alma para que los hijos de los hombres de bien puedan crecer en libertad, con la gracia de Dios y lejos de la chusma roja. Ilustrar con la verdad a los infieles, utilizando los modos y maneras a los que nos obligan el enemigo, puede quebrar el espíritu del soldado más curtido, pero aun así me encargaré de notificar esta verdad a quien corresponda.

Calles atestadas y calor sofocante aunque el mar lo suaviza. Prefiero el desierto donde se puede comulgar con la bella obra del Señor y contemplar en silencio las estrellas en su máximo esplendor. Gibraltar es todo lo contrario, mejorará cuando la Roca vuelva a ser española. Prefiero el café, pero un té es suficiente en este bar cargado de olores contradictorios, mezcla de lenguas y extraños acentos que resuenan en mis oídos siempre nostálgicos del silencioso claustro. Ahí llega mi cita, rubio, los ojos hambrientos y la sonrisa burlona. Aquí no, dice. Le sigo por las callejuelas. Atravesamos por fin un solitario zaguán y subimos las empinadas escaleras hasta el cuarto lleno de libros. Se disfruta el mar por la ventana y el olor a salitre me encarna el alma. Dámelo, le digo. El sobre es grueso, hojas, listados de nombres, logias de La Línea de La Concepción, futuros cadáveres sin nombre en una fosa fuera del camposanto. Mi partenaire se ha quitado la camisa, el calor es sofocante. Una gota de sudor resbala por su torso lampiño. Reclutarle ha sido difícil y divertido. Permito que se acerque. Es él quien clava mi navaja en su corazón cuando se abalanza sobre mí para abrazarme con vehemencia. Le tapo la boca y noto cómo la vida abandona sus pupilas. Su sangre ha empapado mi camisa y me pongo la suya, me gusta como huele. Robo un libro prohibido antes de abandonarle. Vuelvo la cabeza antes de salir, es hermoso en su muerte.

Rezo y leo la novela escrita por un judío para intentar comprender la mente del inferior, pero no encuentro nada.

Gerardo se ha encaprichado de una pelirroja y he visto que ha puesto el nombre del novio en la remesa de fichas que acumulamos para el primer envío. A mí eso no me parece bien, pero me callo. Salgo a pasear y acabo en la playa. El sol calienta pero ya no quema. Me avergüenzo de la voluptuosidad que me embarga caminando descalzo por la arena y me vuelvo a enfundar calcetines y zapatos. Busco a esa mujer que ha embrujado a mi compañero.

Sigo al novio. Está lleno de vida y su mirada verde atraviesa el tiempo y el espacio. Su andar desenfadado me lleva hasta una casa cuya dirección conozco. Nadie que cruza sus puertas es inocente.

Es necesario que el flamenco y el vino ablanden mi espíritu, me digo en el interior de este antro, y me obligo a ser como ellos. El Bello, le dicen todas y todos, de apellido Bello, de apodo el Bello, acertado pleonismo; después danzan a su son en este sumidero en el que escupen sus vanas consignas, este lugar donde la exánime enjundia de sus pensamientos se soporta con alcohol y lujuria. Mirándolos me parecen monos en una jaula moneando monadas, las mujeres sudorosas, los hombres con aires de torero. Ríe porque me dan pena y ordeno que llenen mi vaso.

El acuse de recibo de mi sonrisa atañe a otras partes de mí, unas que no son otras que aquellas ocultas detrás del día en el que me entregaron a los monjes, sombras antes de las cuales no puedo recordar nada. De manera que él, el Bello, me acaba de sonreír y yo, es de bien nacidos, le correspondo. Y me percató que lo hago con el gozo de un amante, pero decido que lo he hecho con la naturalidad de un profesional. Estoy preparado para lo que venga, todo sea por la Gloria del Señor. Pido una botella y la comparto. Sus ojos verdes me recuerdan a los de mi madre, pero yo, me lo aseguraron, jamás conocí a mi madre.

Gibraltar, ya habrá tiempo de recuperar lo que es nuestro por la ley de Dios. Mi superior llegó a la sombra del general Alfredo Kindelán, que fue enviado directamente por el mismo Francisco Franco tras la advertencia del Foreign Office por la incursión de nuestros cazas sobre una flota, más soviético que republicana, que esperaba combustible junto al Peñón; escaramuza que se saldó con proyectiles perdidos, que a punto

estuvieron de defenestrar buques con bandera inglesa, y explosiones dentro de la fortaleza.

Estamos en guerra y en guerra se establecen relaciones forzadas esgrimiendo sonrisas planas de salón. Con la disculpa como excusa, el Imperio Británico acepta gustoso el descargo y permite al general utilizar su moderna central telefónica. Las comunicaciones con Lisboa, Berlín y Roma resultan satisfactorias y cumplen su cometido. Mi superior se pone en contacto con el Cónsul de Alemania, comerciante de primer orden y muy cercano a la Inteligencia Naval de su Majestad. Comienza el juego. Pienso en la primera zanja, en la oscuridad de la fosa que todo lo devorará, hambrienta de almas que no creen existir, llenas de cuerpos purgados por valientes. Su boca engullirá enemigos que habrán dejado de ser personas mucho antes de la procesión que los acarreará hasta allí.

Cuando me levanté por la mañana, recé durante una hora y Dios extirpó de mí todo dolor y remordimiento con su misericordia. Las náuseas por los excesos de la noche anterior fueron conmutadas por un nuevo vigor y una visión preclara de la Creación. Desayuné en el bar Modelo, que sé que frecuenta el que llaman el Bello. El camarero me olió y percibí el desasosiego en su rostro. Mejor así. Pedí una copa de aguardiente y luego otra, y otra. Casi tembló cuando le comenté, como si nada, que en las próximas noches los alzados que están a punto de llegar escarmentarán sin duda a decenas de traidores, entre ellos a algunos parroquianos asiduos al bar, como ese que le dicen el Bello y otros de su calaña. El camarero, taciturno, desapareció en la trastienda.

La frustración del hombre pasa factura cuando el niño que fue no aprendió que todo pasa, que el ser humano es un pecador diminuto, que solo existe un Todopoderoso y que es de cobardes no aceptar la vida tal y como viene. Gerardo se encolerizó cuando el día del alzamiento no encontramos al novio de esa bruja pelirroja. Perdió el respeto que se debe a él, que me debe a mí y, lo que es peor, el que debe a su Fe. Tras escuchar sus blasfemias, salí del auto junto a la casa donde vivía, aproveché que la calle estaba desierta, me di la vuelta junto al portal y le pedí que esperara. Me acerqué introduciendo mi brazo armado por su ventanilla. Un movimiento rápido sobre su garganta. Su cabeza inerte se dobló hacia atrás. Empujé su cuerpo, me senté en el sitio que ocupaba escuchando cómo burbujeaba su cuello sobre el asiento del copiloto y abandoné el vehículo junto a la casa donde se reunían los masones.

A la semana siguiente, tras una considerable cantidad de trabajo fino, lo vengué acabando con la vida de la familia de aquella mujer delante de sus propios ojos. Después ordené que la raparan.

Ese día paseé descalzo por la playa sin vergüenza y redimido, experimentando la voluntad inquebrantable que promueve el credo verdadero.

Poco recuerdo de la explosión: el deje cantarín de los italianos bromeando instantes antes, la belleza del tajo que cruzaba el puente y, luego, la nada. Bien sabía yo que en esa serranía conspiraba un hereje ruso apodado el Caracol, enviado por los siervos de Stalin para ayudar a aquellos analfabetos a sabotear nuestra reconquista. Me lo confesó un apestoso guerrillero a cambio de un paquete de picadura y dos onzas de chocolate. La baja catadura moral y debilidad mental son inherentes al arquetipo del republicano medio. Se le llena la boca con esa infamia de la lucha de clases, repudia a la burguesía y después vende a su madre por una botella de aguardiente. Pero eso es bueno, eso significa que su derrota está próxima. Aquel mismo Judas desdentado, mientras se liaba un cigarro y mamaba chocolate, dio la pauta para elaborar la emboscada donde el dinamitero rojo se pegó un tiro antes de que lo atraparan. Hubiera dado gran parte de mi patrimonio por haber podido “confesar” a aquel saboteador, pero resultó más cobarde de lo usual. De cualquier forma, doy gracias porque el Señor se

fijó en mí y permitió que depurara algunos de mis pecados en vida.

El apego al cuerpo distrae de ejercitar el músculo del alma, ahora sé que la húmeda voluptuosidad del joven pesa menos que el aplomo encallecido del viejo. Pero hay destinos en los cuales te apoyas en tu físico y, tras el atentado, no tuve más remedio que servir en retaguardia. Quedé cojo, tuerto y con dolores de por vida. Sin la capacidad de rezar de rodillas, dejé atrás mi juventud entre los hierros retorcidos de aquel camión. Vivo pegado a un bastón que me recuerda lo aburrido de contemplarse en el espejo y que lo importante es intangible. Así, cada paso que doy conmemora mi lucha, cada punzada de dolor pule mi alma y la prepara para la tarea que me han encomendado y, por todo ello, comprendo que hoy seré mejor de lo que fui ayer.

Alcanzado un punto determinado, es curioso cómo la lengua se suelta en ese devenir de las vicisitudes patrias que yo gestiono. Llega un momento en el cual el confesado logra estructurar ideas que nunca creyó poder volcar en las palabras. Y me gusta. De todo se aprende. El individuo me explicaba excitado por la cafeína que algunos, o sea, el resto de la humanidad en contraposición a él y para soportar la existencia, necesitábamos reunir una serie de ideas redentoras; decía también que la vida es un conjunto de horrores y que hay quien necesita un dios para darle un sentido y no volverse loco, pero que estábamos equivocados, que en realidad el sentido de la vida está alejado de mensuras y que el solo hecho de creer que seres como nosotros son importantes en el conjunto del cosmos, es como creer que la felicidad es algo más que un caprichoso intervalo de luz que se disipa al instante en la espantosa oscuridad del universo. En esto último casi le tuve que dar la razón. Que lo que pasa es que uno nace, continuó, sobrevive como puede, si tiene suerte se reproduce y que lo único seguro es la muerte. Y que tras la muerte, nada. El mal no existe como tal y la justicia es un artificio, un mecanismo de control. Mátame si quieres porque anhelo esa nada, decía. Qué falsa coherencia bajo la bombilla amarillenta, cómo silbaban aquellas sencillas apostasías entre sus doloridos dientes. La sonrisa egocéntrica había sustituido a los suplicatorios de piedad que escuché tras los muros, pocos minutos antes, mientras el café caliente entonaba su organismo descalabrado. ¿Matarte? Tengo otros planes, matarte no es lo que tengo planeado para ti, antes necesitas conocer la Verdad, le dije. Noté su alivio involuntario. Abrió la puerta a la esperanza sin quererlo y por ahí mismo iba yo a penetrar en su débil consciencia.

El maloliente barracón lo construyeron ellos mismos con madera podrida. El frío entraba por cada poro y la muchedumbre de huesos que la construcción ahora contenía, la mayoría parásitos de la breve vida que les restaba, existía aterida en cuerpo y alma. Marionetas ensambladas por francmasones extranjeros, autoproclamadas portadoras de la verdad y que pronto declamarían sus tormentos en el infierno ante su público natural. Arrastrando la pestilencia, aún atenuada por las bajas temperaturas hasta el despacho de los interrogatorios, visitaban primero la celda en la que el suplicio terreno avanzaba la inexorable purificación de sus pecados. Más tarde ya se me presentaban blandos, expectantes, impostores quebrados y aprovechables, quizá futuros lacayos. Objetos de usar y tirar. Engendros antitéticos que servirían a la Causa. Animales con los cuales experimentar, con los que jugar al gran juego. Mentes que doblegar y convencer, que hacer tuyas. Corazones que cautivar y en los cuales excavar hasta alcanzar su naturaleza traidora y devolverlos domesticados en contra de su propia jauría. Órdenes son órdenes y, a la altura de esta guerra en la que ya atisbamos la victoria, unimos la misericordia con el interés y los canjeamos por conocimiento.

Sujetos interesantes hay en toda especie del reino animal. Todos inferiores aunque, de alguna manera, unos pocos resultan admirables. Aquel bruto había quemado vivos, bajo el amparo de la guerra, a unos terratenientes que no le pagaron unos trabajos antes de la contienda. Aquellas gentes adineradas no sabían tratar a la chusma.

Robaban y calumniaban para enriquecerse y después no faltaban a misa de once; yo me había informado de aquellos hechos. Aun siendo consciente de la superioridad, no es de cristianos robar y mentir en tiempos de paz si no tienes un designio más elevado, designios de los cuales carecían aquellos señoritos de postín cuyas actuaciones hicieron flaco favor a los de nuestra clase. Aquel espécimen no solo prendió fuego, sino que más tarde tuvo la desfachatez de solicitar a la familia de los finados informes favorables a su nombre para salir de presidio. Esa provocación denotaba una clara inmadurez, y ese arrojo suicida que él confundía con la valentía no era otra cosa que un profundo sentimiento de inferioridad y autodestrucción. Pero pese a todo, su acto me conmovió de algún modo, resultaba tangencialmente poético, masculino y vigoroso; de manera que solicité el aplazamiento de su ejecución para poder moldearlo en mi secreto y pequeño campo de concentración en las montañas. Llegó frustrado por continuar todavía vivo e hicieron falta tres de los más experimentados de mis hombres para someterlo y aplicarle la primera purga. Más que nadie, gritaba, más que nadie, antes de que le sumergieran la cabeza en el agua helada. Tres días después le ofrecí el primer café. Altivo, escupió en la lata. Le prescribí dos días de estancia continuada en la celda de tortura, en turnos de seis horas con dos de descanso, a cargo de dos parejas de los profesionales más constantes con los que contaba y un experto boticario. Mientras tanto, continué manteniendo aquellas charlas con el otro individuo que encontraron perdido en un bosque cerca de Manresa: el filósofo de pacotilla al que llamaban el Dios debido a su patronímico. A veces parecía carecer del ímpetu suficiente, pero yo pensaba que podría ser aprovechable. Me preguntaba si el designio nominal de los fieles interactuaba con su carácter final, sentado en la recia silla de caoba, frente a la mesa desvencijada pero sólida y construida con traviesas. Con el olor a café de calidad sobre el hornillo. Saboreando el calor que bruñía el constante dolor de mi cuerpo tullido. La penumbra, las paredes de madera y la nieve del Pirineo al otro lado de la ventana. Mi bastón de cabeza nacarada y un corazón roto abierto delante. Y yo pudiendo observarlo, paladearlo. Chupar su sangre y renovarla y purificar su cuerpo. Saqué al Dios de su celda cuidando de que no se cruzara con el bruto y volvimos a su problema con la existencia. Hablamos de los horrores de la vida, de nosotros los benditos y de ellos los culpables. Ese día le expliqué la dificultad y la dicha de atisbar el conocimiento verdadero susurrándole al oído. El negaba en voz baja, luego pedí que frotaran su cuerpo con agua caliente y jabón y nos dejaran solos.

Acabar con el enemigo, pese a ser el primer impulso, no siempre es lo más adecuado. Recordaba aquel chico que disparó sobre la fachada de la escuela en las marismas del Guadalquivir, fusilando una bandera republicana; cómo disfrutó y cómo lo convertimos en un peón válido para nuestra causa. En aquel momento, mi juventud y la contemplación del efebo iracundo aplicando la Justicia Divina, enardecieron mis sentidos y decidí reclutarlo para que me acompañara a exterminar delicadamente a quienes se nos ordenara. Todo ello ocurrió muy rápido. Una noche, después de que se dejara querer por un alcalde comunista para envenenarlo después de algo más que de amor, me dijo que aquel hombre era bueno y maleable y que quizá yo le habría encontrado, en mi mayor sabiduría, un lugar en nuestro designio divino donde sería aprovechable para la obra de Dios; que algunos servirían mejor vivos que muertos. Aquel razonamiento me hizo pensar. Que el joven fuera más compasivo de la cuenta, cosa que al final causó su caída en desgracia, no significaba, pese a la cobardía que generó su elucubración, que esta careciera de sentido. Abrió mi mente y pensé en doblegar algunos cuerpos y almas librándolos así de las garras del diablo para conducirlos hacia el camino del Señor, o al menos para que le sirvieran antes de purgar sus pecados en el infierno. Otros muchos estaban mejor muertos que vivos, pero de la misma manera, su muerte podía tener un doble sentido: poseían joyas y dinero que dejaban atrás y que alguien devoto como yo podría aprovechar para mayor gloria del

Todopoderoso. Por supuesto sin dejarme llevar por el pecado capital de la avaricia y pagando el justo tributo a mis superiores, ya que ellos conocían quiénes eran los objetivos adecuados. Si uno es previsor, pocos años de cosecha sirven para llenar el silo y yo era muy previsor, quizá demasiado para algunos de mis superiores en los cuales cada vez veía más arraigada la codicia y el recelo que ella conlleva. Aprendí que todo hombre puede cambiar en las dos direcciones y que nadie está libre de pecado.

Uno domesticado, me dije viendo al hombre plantado delante de mí, ocultando sus partes pudendas con sus largas manos y con cara de no saber qué le iba a caer encima. Abrí la caja bajo aquella luz tenue. Zapatos ingleses, bajo un abrigo de tweed sobre el que descansaba un sobrio traje gris de buena lana y una camisa blanca de algodón. Encima de todo ello, una muda blanca y dos sobres. Hubiera sido un desperdicio deshacerse de un hombre inteligente como aquel y sin ningún patrimonio ni información relevante que brindar. Olió la camisa antes de ponérsela y quise saber a qué le recordaba tras adoptar aquel gesto de dolorosa nostalgia. A mi madre, me contestó. Estupendo, pensé, la familia puebla su memoria, esto va como la seda. Le dije que abriera el sobre de la derecha y que leyera la carta. No puedo, está en inglés, creo, me dijo todavía temblando. Abre el otro sobre. Vio la fotografía reciente que yo había ordenado tomar a su hermano, sonriente, mano en ristre con su camisa azul, y su rostro demudó al terror. Le aseguré que podía estar tranquilo, que su salud era envidiable y que sería una pena que la llamada del Creador le alcanzara antes de lo que debiera, cosa que ocurriría si no seguía mis designios al pie de la letra, puesto que yo mismo me iba a ocupar de enviar a su hermano a una misión de la que jamás regresaría.

Sabía que el otro no era suave como la seda, sino todo lo contrario, justo lo que buscaba. Nada sospechoso de seguir a cualquier curia. Ese espécimen cincelado en granito puro volvió a escupir en el café caliente. Casi me emocionó presenciar su brutal orgullo inquebrantable. ¿Y si no le obligo a nada y le trato como a un igual? Ordené que nos dejaran solos. Saqué la botella de aguardiente y la descorché. Vi cómo sus ojos hacían chiribitas por un momento hasta que su férrea voluntad pudo con la pulsión alcohólica que me constaba poseía. Increíble, le dije, eres increíble. De verdad que nunca me he encontrado a nadie como tú, qué digo, a nadie que se acerque lo más mínimo a la altura del dobladillo de tu pantalón. Si todos mis compañeros fueran como tú, continué, hace tiempo que esta guerra habría acabado. Es un honor compartir esta botella contigo, por favor bebe. No se movió y yo le di un largo trago. Exquisito, de la serranía de Ronda, allí sí que saben lo que hacer con los licores. Adelantó las manos esposadas y agarró la botella. Se bebió media. Noté cómo el alcohol hacía mella en él, incluso un hombre así se tambalea si bebe de golpe lo aquel bebió con el estómago vacío y el cuerpo martirizado. No quiero que esto acabe mal para ti, sería un desperdicio que alguien tan valiente como tú desapareciera en la nada. Estás destinado a hacer grandes cosas, estamos destinados a hacer grandes cosas "juntos". Terminó con el resto del licor de una tacada. Cuando cogió la otra botella que saqué, ya casi no me miraba de soslayo. La tercera la acabamos entre los dos. Estaba canturreando cuando le metieron en la bañera y, de vuelta en la habitación, esta vez sí se tomó el café.

Cumplieron mis indicaciones de forma cabal. Coloqué al bruto al mando, con el Dios bajo sus órdenes, no podía ser de otra manera. Les regalé, como si de un acto de contrición mío fuera, el sacrificio de sus dos torturadores. El antiguo collado que cruzaba a Francia, era un camino que yo utilizaba a menudo para enviar mis recolectas a un banco inglés en Marsella. De los dos últimos hombres de mi confianza que envié al otro lado de los Pirineos, jamás se supo. Tampoco de los cuartos de mi propiedad que portaban, aun sabiendo lo que les esperaba a sus familias. Ahí supe que esa vía

estaba agotada y había llegado el momento de la retirada. Así que envié a esta pareja de la que jamás nadie sospecharía, custodiados por sus dos torturadores para que fueran escoltados como detenidos hasta una villa del otro lado, lugar donde supuestamente deberían ser entregados a dos espías alemanes. Supuse que, llegado el momento, el Tarugo se habría encargado de los dos con la navaja que llevaba oculta entre sus pertenencias como habíamos convenido, ya que me consta que llegaron a su destino y entregaron tranquilamente y sin llamar la atención la carta al director del banco, aquella que yo le había dado al Dios.

Yo deserté en la otra dirección sabiendo que mis superiores, que esperaban que me dirigiera en persona a Marsella a requerir mi patrimonio en el banco inglés donde ellos también guardaban sus mordidas, no prestarían atención a los dos elegantes visitantes que habían sido recibidos en el palacete del banquero, ya que los agentes enviados para detenerme solo esperaban la llegada de un tullido. Alcancé al puerto de Lisboa donde embarqué rumbo a Inglaterra sin el más mínimo problema. En Londres comprobé que se habían transferido los fondos correctamente según mis instrucciones y liberé el dinero prometido a los dos republicanos que habían ejecutado la operación con tanto rigor, claro que fue necesario que esta fuera diseñada por un justo siervo de Dios como yo. Recordé la sonrisa de aquel animal de bellota cuando abrió el sobre con las escrituras de la finca de la familia Valdemar a su nombre y cómo me alegró contemplarla y saber que ya era mío.

Un hombre tiene que ser consciente de lo limitado que es por el mero hecho de serlo y de que solo podrá alcanzar a ser, durante su menesterosa vida, un pecador con pretensiones. Navegando hacia Nueva York, ciudad donde me esperaba la parte de mi patrimonio acaparada cuando actuaba en el sur, me congracié conmigo mismo prometiéndole al Señor que utilizaría todos mis recursos para esparcir su Obra Verdadera por aquella joven patria de pragmáticos pecadores. Pero esa es otra historia.

LA OTRA SAGRARITO GÓMEZ
MARÍA RUIZ-PAU

Ya me encuentro mucho mejor, pero al principio andaba siempre inquieta, como si hubiera perdido algo importante y fuera incapaz de recordar qué era.

Si hubo luz yo no me di ni cuenta cegada con mis preocupaciones. Con el llanto de mi madre tan metido en mí, tan agudo, que no podía oír ni ver nada más. Ese llanto lo ocupaba todo.

Ha pasado el tiempo, no sabría decirte cuánto, pero por fin siento el sosiego del que tanto oía hablar. La quietud me envuelve y mi sudario me calienta y me protege como el capullo de seda a la mariposa. Ya no temo a nada ni nada me perturba. Puedo decirte que casi me siento feliz de estar muerta.

He madurado, me ha hecho falta morir para madurar. Viví veinticinco años, frágil e ignorante como una niña pequeña.

Viéndolo desde mi perspectiva de ahora, yo fui con firmeza en busca de la enfermedad, no fue ella quien me encontró, no fue azaroso que muriera de un cáncer de páncreas.

Siempre fui apocada, tristonera, tuve pocos bríos y no supe esforzarme por las cosas, todo se me ponía en bandeja. Mi madre, la pobre, me mimó y protegió más allá de toda medida. Su hembra después de dos varones, tantos años después que ni ella se lo esperaba.

El primer contratiempo serio que tuve en mi vida pudo conmigo, tragué bilis, empujé a mi páncreas a trabajar de un modo erróneo, no quise seguir viviendo desde el día en que me enteré que Federico había muerto en una emboscada.

Qué orgullosa me sentí el día en que mi novio se marchó con las tropas de los nacionales: los falangistas eran los elegidos, la élite: Dios caminaba con paso marcial a su lado. Su uniforme nuevo que tan buena planta le daba, su mirada altiva: el corazón se me salía del pecho.

Le colgué el escapulario de la Virgen Inmaculada del cuello después de besar la tela, de ese mismo cuello que tres meses después un malnacido o un desgraciado rebanó de un tajo. Nos miramos a los ojos y se fue...

Orgullosa de Federico, orgullosa de mí. Pero el brillo duró poco: la guerra lo subió a un pedestal y esa misma guerra me lo arrebató sin piedad.

No lloré demasiado, por mamá, por no hacerla sufrir más de lo que ya sufría, pero la nube negra que siempre me había rodeado se espesó a mi alrededor. Después sí que lloramos las dos juntas, lloramos mañana, tarde y noche muchos meses, cuando un tal de Dios, un hombre marcado por su apellido cuyo hermano luchaba en el bando contrario, nos escribió para decirnos que mi hermano Antonio había muerto en la batalla del Ebro.

Con la enfermedad mis ojos se pusieron amarillos y con ese velo amarillo veía todas las cosas. Mi piel cerúlea me picaba más allá de lo soportable e intentaba no rascarme. Me aferré aún más a mi rosario y a las novenas, siempre con mi madre a mi lado, consumiéndonos las dos sin prisa pero sin pausa, gota a gota, como la cera amarillenta de los cirios.

Después empezaron las toses violentas y la dificultad al respirar, el dolor profundo en ese pecho que nunca quise demasiado. Mis pequeños pechos que solo quería ocultar.

Me encerré en un sagrario dolorido y feroz con mamá, y allí me dejé morir.

Sí. Me morí pero no descansé, ha tenido que pasar algún tiempo para que el silencio se hiciera conmigo. Al final fui más dura de lo que creía.

Qué pena que ciertas cosas las sepa uno solo cuando se muere, qué cegados estáis la mayoría de las veces los vivos.

Hoy por fin tengo sosiego. Y desde esa calma miro con pena y con distancia ese afán loco y tan humano que tantas veces lleva a la desdicha más que al bienestar. Ese afán y esa ceguera que en algún momento infausto nos lanza como caballos sin freno a la más atroz de las desgracias, al fatídico extremo de una violenta e incivilizada guerra entre hermanos.

Desde mi nicho, a veces, escucho el oleaje del mar. La ola rompe en la orilla con un ritmo cardíaco y yo, en mi calma de mariposa en capullo, la confundo con el latido de mi polvoriento corazón.

Yo fui Sagrarito Gómez, la otra Sagrarito Gómez. Hoy ya nadie me recuerda. De mí ya no queda nada, si acaso un hilo de paz.

SOBRE LOS AUTORES

Reyes García-Doncel:

<https://universointroito.wordpress.com/>

María Ruiz-Pau:

<http://mialmacanina.blogspot.com.es/>

Rafael Téllez:

<http://www.rafaeltellez.com/>

Santiago Melcón:

<http://keymono.blogspot.com.es/>

Julio Antonio García López:

<http://elchino.es/>

<http://guadaltintero.es/>